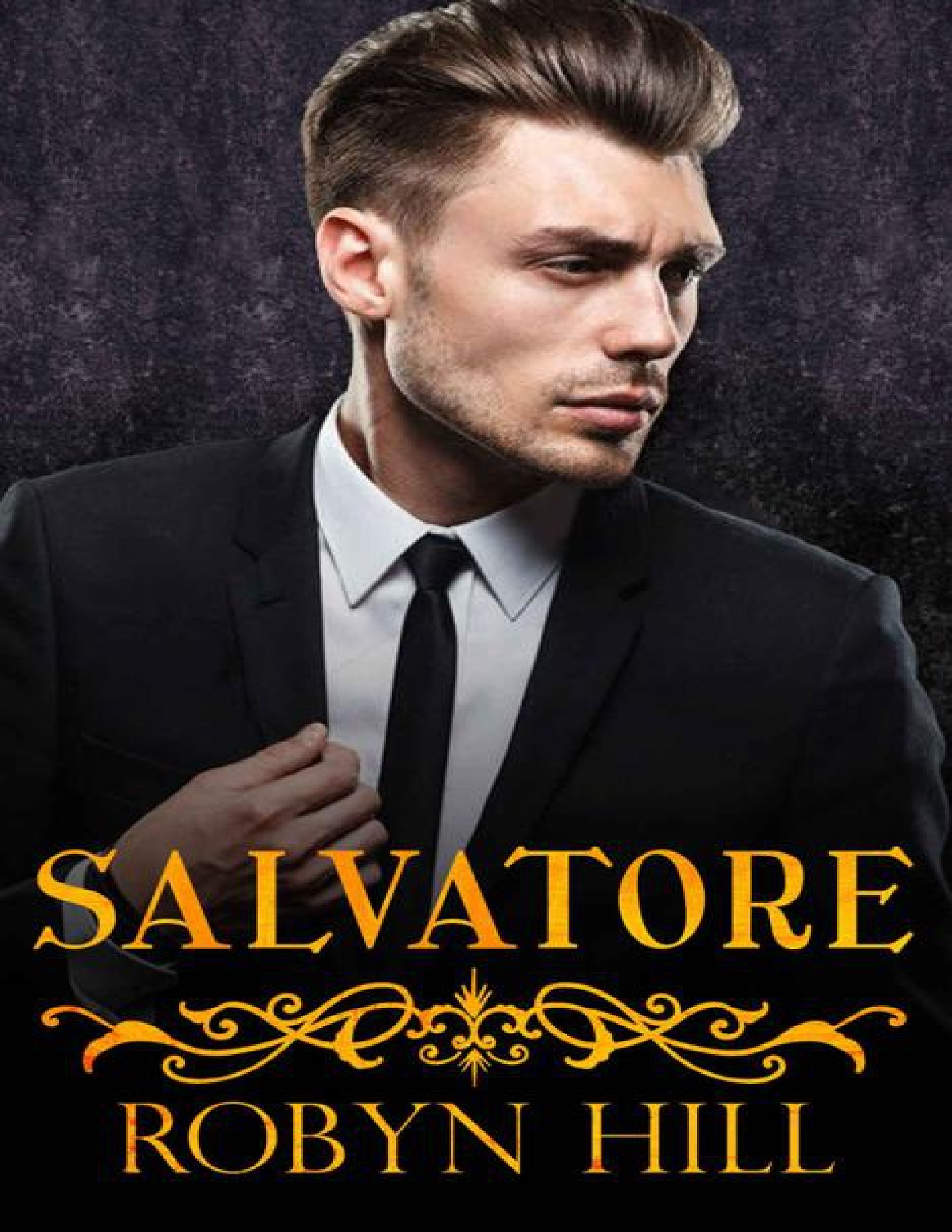
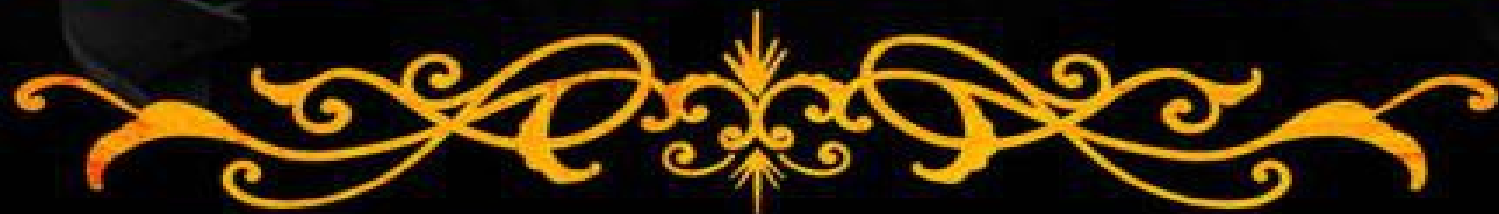




SALVATORE



ROBYN HILL

SALVATORE

LOS BARONE

LIBRO DOS

ROBYN HILL

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Epílogo 1](#)

[Epílogo 2](#)

CAPÍTULO I

BEATRICE

Con mis manos agarrando el volante del coche, miro a Jan sintiendo un ataque de pánico. Está de pie justo delante del capó, impidiendo que me marche para siempre. Tiene un cabreo enorme y una pistola.

—¿Adónde crees que vas, puta? —grita Jan, mi marido, resonando por todo el aparcamiento subterráneo.

—¡Apártate, Jan! —grito muy nerviosa.

—¡No vas a ir a ninguna parte! ¡Te vas a quedar en casa! ¡Ese es tu sitio!

Si me quedo, me espera lo de siempre. No, no puedo aguantar más su adicción a la cocaína. Si deajo que abra la puerta, estoy perdida. Con su fuerza bruta, me sacará del coche. Me subirá a rastras de vuelta al piso.

—¡Ya verás cuando te pille! —grita Jan con su acento holandés.

No lo pienso demasiado, la verdad. En una décima de segundo, siguiendo un impulso, suelto el embrague mientras piso a fondo el acelerador. El coche sale disparado a toda velocidad hacia él. Aunque intenta reaccionar, es demasiado tarde. El parachoques golpea su cuerpo con violencia y lo lanza contra el parabrisas.

Freno al momento. Por efecto de la inercia, el cuerpo rueda por el capó y cae al suelo. Temblando de arriba abajo, abro la puerta y salgo del coche. Con las manos en la boca, me acerco.

No se mueve. La pistola ha caído lejos. Sangre saliendo de su cabeza. Dios mío, ¿está muerto? No, no puede ser. ¿Qué he hecho?

Miro a mi alrededor. No hay nadie más en el aparcamiento, está vacío. Será por la hora que es, tarde. El corazón se me va a salir del pecho. Piensa, Beatrice, piensa. Ahora es tarde para pensar, ¿no te parece?

Tengo que salir de aquí. Como recupere la consciencia, me matará. Sí, me matará, acabará conmigo.

Regreso al coche. Cada vez me cuesta más respirar. Me va a dar algo. Lo he matado, lo he matado. Vuelvo a arrancar, doy marcha atrás y, rodeando a Jan, enfilo hacia la rampa de salida.

Salgo a la urbanización. Es de noche. Hay luz en otros pisos. Por favor, que los vecinos no estén en la terraza. Si alguien me ve llamará a la policía. Espera, ¿por qué van a llamar a la policía? Solo estoy conduciendo.

Ya lo veo en la prensa de mañana. «Hombre muerto en Sotogrande, la urbanización de lujo de Cádiz». Lo que no dirán es que era un mafioso y adicto a las drogas.

Sigo conduciendo. Voy como en un sueño, sin saber qué es real y qué no. En la autovía, tomo la dirección hacia el aeropuerto de Gibraltar. Suena el pitido que avisa de que queda poca gasolina.

—Lo que faltaba...

Mi plan era escapar de casa porque no soportaba más a Jan, pero se ha puesto en medio. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Dejar que me arrastrara de vuelta a casa?

Ni siquiera llevo puesto el cinturón de seguridad. ¡Si es que no me puedo concentrar!

En el siguiente desvío, me detengo en una gasolinera. Me bajo, selecciono el tipo de combustible y la cantidad. Lleno. Sí, nunca se sabe. Aún me queda un trecho hasta Gibraltar. Espero que el avión a Ginebra salga puntual.

Miro hacia el asiento de atrás. Sí, ahí está mi maleta. La hice pensando que me daría tiempo antes de que Jan regresara. Guardé lo esencial. Ropa, mucha ropa, cosas de aseo, zapatos, mis joyas... Me puse el vestido, cogí el bolso con el pasaporte falso y el bueno, y salí con prisa.

Bajé al aparcamiento y en cuanto saqué el coche de la plaza, apareció él de repente. Sentí un escalofrío. Me miró de esa manera que conozco tan bien. Seguramente acababa de esnifar cocaína.

Después de llenar el depósito, voy a pagar. Cuidado, tengo que aparentar normalidad. Nada de nervios, o llamaré la atención del empleado.

Entro en la tienda y recorro todo el pasillo hacia el mostrador. Detrás, un hombre uniformado y de mediana edad me mira con curiosidad. Carraspeo antes de hablar.

—El cuatro, por favor.

Asiente y lo comprueba en el ordenador. Qué silencio. No se oye ni el vuelo de una mosca. Por la noche no tiene que venir mucha gente. ¿Habrán ya encontrado a Jan? A lo mejor, un vecino. Eva, del primero, ha bajado por el motivo que sea a su trastero y lo ha visto tirado.

Ahora mismo la policía quizá esté de camino. Tiene que darme tiempo a cruzar la frontera.

—¿En efectivo o tarjeta? —me pregunta.

—¿Eh? —digo ensimismada.

—Le preguntaba si en efectivo o tarjeta —repite el empleado.

—En efectivo.

Meto la mano en el bolso, abro el monedero y saco un billete de cien, que dejo sobre el mostrador.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, ¿por?

—No sé, la veo...

—¿Cómo?

El empleado me da la vuelta, un par de monedas. Las guardo en el monedero intentando que no se note el temblor.

—¿Desorientada?

—Estoy bien, gracias —respondo con una sonrisa forzada.

Meto el ticket en el bolso y salgo de la tienda con ansia. Noto la mirada del empleado en la distancia, pero subo al coche igualmente. Unos segundos después, me incorporo a la autovía. Dejo escapar un suspiro lleno de tensión.

¿Cómo se ha complicado todo tanto? Solo quería dejar a Jan. Sabía que era una locura, que siendo un mafioso holandés me perseguiría hasta el fin del mundo, pero no podía más. Vivir con un drogadicto es un infierno.

Y no iba a permitir que mis hijas respiraran ese siniestro ambiente.

Si todo va bien, las veré mañana por la mañana en Ginebra. Como me presento sin avisar, me pedirán un montón de explicaciones. Con doce años, no es tan fácil engañarlas. Les diré una mezcla de verdad y mentira. Con el tiempo, lo sabrán todo.

Justo ahora me doy cuenta de que hay una grieta en el parabrisas. Debió de ocurrir cuando Jan impactó. Me estremezco solo de recordarlo.

Por fin veo la frontera con Gibraltar. Cruzo los dedos para que no haya ningún problema con el pasaporte. Solo hay dos coches antes de que la policía me pida la documentación. Perfecto, me da tiempo a revisarlo.

Enciendo la luz del techo y abro el pasaporte falso. Vaya, se me cae al suelo. Si es que me tiembla todo.

A ver, cómo se supone que me llamo ahora. Mira que lo he mirado cientos de veces, pero se me olvida. Claudia Vialli. Bien, memoriza fecha de nacimiento. Vale, ya está. Qué ganas de ir al baño. Serán los nervios, claro. El pasaporte me costó una fortuna, pero me parece que da el pego.

Creo que me va a dar un ataque al corazón de un momento a otro. Ya me toca. Una mujer de la policía británica hace una seña para que avance. Arranco, avanzo unos metros y paro.

—Documentación —exige en inglés asomando por la ventanilla.

Le entrego el pasaporte. Ella lo abre y busca la página con mi foto y la información personal. Es joven, alta y delgada. Nerviosa, no paro de dar golpecitos al volante. Me llamo Claudia, repito en mi mente más de una vez.

La mujer lo abre, después lo cierra y lo vuelve abrir. ¿Por qué lo examinará tanto? Delante de mí, a lo lejos, un avión aterriza en el aeropuerto. Al mío aún le queda un rato para salir. Voy bien.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —me pregunta.

—Voy a tomar un avión con destino a Ginebra. Si quiere, le puedo enseñar el billete. Lo tengo en el bolso.

Me mira con desconfianza. ¿Me va a dejar pasar?

CAPÍTULO 2

SALVATORE

En nuestro restaurante de Puerto Banús, Carlos me sirve mi bebida de siempre, ron Zacapa con cola y mucho hielo. Mi hermano Vincenzo está a mi lado, también bebiendo su habitual copa de whisky. Lleva un buen rato hablando de Chiara, Daniele y Elena. La vida de familia le sienta bien. A veces hasta le veo sonreír. Los cuatro viven felices en su casa, y yo brindo por ello.

—Pero no te he citado aquí conmigo para hablar de mi vida —dice moviendo suavemente su copa.

Suelto un suspiro de alivio.

—Ah, menos mal, ya me estaba quedando dormido.

—No seas capullo, esto que te voy a contar te interesa, bueno, nos interesa a todos.

Curvo en mis labios una sonrisa pícaro.

—Bien, por fin vamos a hablar de un tema que me interesa: mujeres. Mi pregunta es ¿española o italiana?

—Italiana, pero no van por ahí los tiros —dice—. ¿Quieres dejar de pensar con la bragueta de una puta vez?

Bebo un trago de mi copa y la termino. Guiño un ojo a Carlos, y enseguida se acerca con la botella para servirme otra. El restaurante tiene las mesas llenas y los camareros de sala van y vienen cargados con bandejas de comida. De la cocina, me llega el olor de la pasta recién hecha. El manjar más sabroso del mundo.

—A ver, ¿qué quieres? —le pregunto a mi hermano—. ¿Algún problema con algún empleado?

—¿Recuerdas de que me pediste más responsabilidad en la familia? Me dijiste que estabas aburrido, que querías más acción.

—Sí, hace como un siglo.

—Ha llegado el momento —dice ignorando mi puya—. Más vale tarde que nunca.

Inclino la cabeza de repente, interesado. La mirada de Vin me dice que no es una broma lo que va a decirme a continuación.

—Soy todo oídos —digo en modo socarrón.

—Te vamos a encargar la tarea más decisiva que se ha encargado a un Barone hasta el día de hoy —dice dándole bombo y platillo.

—¿Te importa ir al grano? No tengo toda la noche. Una bella dama me espera para conocer la experiencia Salvatore. Ya sabes, una cena romántica y un polvo antológico —digo sonriendo.

—Déjate de rollos —dice haciendo un gesto con la mano—. Esto va sobre nuestros padres.

Me pongo rígido de repente. No me lo esperaba. Pensaba que mi hermano hablaría de un tema de negocios, pero esto es personal, muy personal. Nuestros padres murieron asesinados en Catanzaro, y aún no hemos podido vengarnos.

—Hemos localizado a una hija de Spinazzo.

Casi se me atraganta el ron. Siento como si me hubieran dado un puñetazo en la mandíbula.

—¿Nino Spinazzo? —repito incrédulo.

Vincenzo mira a un lado y a otro por si hay cerca oídos indiscretos.

—Sí, el mismo que ordenó asesinar a nuestros padres en Catanzaro.

Bebo otro sorbo de ron. El alcohol me viene bien para asimilar la noticia. Son muchos años de espera para tener una noticia de ese cabrón.

—¿Y esa hija sabe dónde se esconde su padre?

—No lo sabemos con seguridad, pero quizá mantengan el contacto. Por lo que me ha contado el padrino, Spinazzo es muy familiar.

Asiento lentamente con la cabeza asimilando la información. Carlos va a rellenar la copa de Vin, pero con un gesto de la mano pide que no.

—Tu misión es recabar toda la información posible sobre ella. Amistades, rutinas, aficiones... Tenemos que saberlo todo sobre ella —dice y hace una pausa—. ¿Es lo que querías, no? Más responsabilidad, más acción. Dijiste que estabas aburrido.

—Vale, vale. Acepto el reto —digo y tomo otro sorbo de ron.

—He convencido al padrino para que seas tú quien lidere esta operación. Sé que lo harás de puta madre.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo se llama la hija?

—Beatrice Van Peters.

Repito el nombre en voz baja para memorizarlo.

—Bonito nombre. Pero ¿se ha casado con un holandés?

—Con Jan Van Peters, de la mafia holandesa. Habrá que ir con cuidado. Si saben que vamos detrás de su esposa, se volverán contra nosotros. Ya sabes que no nos interesa una guerra entre mafias en la Costa del Sol.

—Descuida, iré con pies de plomo. ¿Dónde viven?

—En Sotogrande, en un ático de puta madre.

—No está nada mal, ¿eh? Además, a una hora de aquí. Qué casualidad más increíble. ¿Cómo llegó el soplo?

—A través de la madrina, en una de las visitas que hace a la cárcel para ver qué tal están los nuestros.

—Qué bueno. La madrina vale su peso en oro —digo y tiendo la copa para un brindis—. El día en que consigamos cargarnos a Spinazzo será uno de los días más felices de nuestra vida.

Bebemos hasta la última gota y dejamos las copas sobre la barra. Siento que ha llegado el momento de demostrar a la familia quién es Salvatore. No puedo fallar.

—Spinazzo es un tipo muy escurridizo y obsesionado con la seguridad —dice Vin—. Todo el mundo le persigue. La policía, la Cosa Nostra, narcotraficantes. Tiene enemigos por todas partes. Ten mucho cuidado, Salvatore.

—No te preocupes por mí. Mañana mismo salgo para Sotogrande. Primero, tantearé el terreno y después pasaré a la acción.

—Con lo que sea, mantennos informados. Todos los recursos de la familia están a tu disposición. Conseguir esa información es la prioridad número uno.

—Por supuesto.

—Llámame si necesitas algo. Ah, por cierto, te voy a enviar al móvil la dirección y fotos de su ático. También una foto de Beatrice.

—Vale. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

Me despido de mi hermano, y salgo del restaurante. Llego un poco tarde a mi cita con... Un momento, ¿cómo se llama esta chica? ¿Laura, Isabel, Patri? Ni me acuerdo. Me subo al descapotable, y me aseguro que estoy bien peinado mirándome al retrovisor.

Después arranco y me pongo en marcha. A un lado, los yates amarrados bajo la noche, incluido el nuestro, el Calabria. Los turistas se apartan y miran alucinados mi cochazo. Es lo que tiene Puerto Banús: lujo, turismo y fiestas. Qué bien me lo paso aquí.

Pero parece que ahora tengo que olvidarme de eso y centrarme en Spinazzo. He oído hablar tanto de él. La persona más odiada de la familia. Y yo tengo la responsabilidad de averiguarlo todo sobre su hija.

Echo de menos a mis padres. ¿Cuánto hace que murieron? Hace ya unos veinte años. Yo tenía diecinueve. Vaya manera de morir. El coche explotó y no quedaron ni sus huesos. De la mano de mis padrinos, tuvimos que huir de Italia, y venir a España porque si no hubiera matado a todos los Barone.

Lo que daría porque mis padres estuviesen vivos...

CAPÍTULO 3

SALVATORE

Patri es insaciable. Me está dejando seco en la cama. Llevamos ya dos horas y su cuerpo me tiene fascinado. Esta pelirroja tiene los pechos más grandes que he visto en mi vida.

Me levanto para ir al baño y tirar los condones a la papelera.

—¿Adónde vas? —me pregunta con un tono de pena.

—Vuelvo enseguida, no sufras —digo y le guiño un ojo.

Doy un paso amplio para esquivar una botella vacía de champaña sobre la alfombra. La suite huele a una mezcla de alcohol y sexo.

—Aún estoy muy cachonda, Salvatore —dice echándose sobre la cama.

—Vamos a empezar la siguiente ronda en cuestión de segundos.

En el baño, huele de maravilla. Este hotel es magnífico. En el jacuzzi por lo menos caben tres o cuatro. Supongo que en algún momento habrá que probarlo con Patri.

—Las vistas son espectaculares —dice ella desde el dormitorio.

—¿Has estado alguna vez en Sotogrande?

—Es la primera vez. ¿Por qué me has traído aquí?

Lo último que se me ocurriría responderle es que es por motivos de trabajo. Ella no sabe la verdad sobre mi familia. Solo piensa que soy un italiano guapo, rico, de vida alegre. Bueno, en cierta forma, es verdad.

—¿No te gusta? Anoche cenamos en Marbella y hoy despertamos en Sotogrande. Me gusta improvisar —digo mirando mi reloj de muñeca aún en el baño—. Joder, es casi la hora de comer.

—Preferiría París, la verdad —dice como si fuera la decepción de su vida.

—Bueno, todo a su tiempo —digo pero me doy cuenta de que no lo digo en serio. Patri, como muchas otras, será historia en breve.

Vuelvo al dormitorio y la veo de espaldas, desnuda, mirando por la ventana y con las manos apoyadas sobre el cristal. Clavo la mirada en su enorme trasero y noto la erección más fuerte que nunca.

—Aquí estoy para otra ronda de sexo —digo acoplándome por atrás.

Delante de nosotros, se extiende el Mediterráneo. Hoy el mar está un poco embravecido. Llega un mensaje al móvil. Lo ignoro, ahora el cuerpo de modelo de lencería de esta mujer capta toda mi atención.

Pasamos un buen y largo rato revolcándonos en las sábanas. Al acabar, intento recuperar el aliento. Mientras ella toma un sorbo de agua mineral Perrier, consulto el móvil. Me humedezco los labios, me he dejado toda mi saliva en sus pezones, vientre y coño. Mensaje de Vincenzo.

¿Cómo va la vigilancia?

Si supiera que aún no he empezado... No sé a qué viene tanta prisa. Calma, Vincenzo.

Bien, tanteando el terreno. Ya te informaré si hay novedades.

Dejo el móvil sobre la mesita de noche. Le digo a Patri que voy a ducharme. Ella de espaldas dice que vale. Me ducho y pienso en lo que haré esta tarde. Me acercaré al ático para investigar. Creo que conocer sus rutinas me llevará unos días. No sería una mala idea alquilar un piso cerca, en frente. Así puedo saber qué está haciendo y si está en casa.

En cuanto salgo de la ducha, ella se mete. Al pasar a mi lado, le doy una palmada en el culo. A regañadientes, me visto con la misma ropa que ayer. De hecho, ahora que caigo no me he traído nada de recambio. Tendré que pasarme por alguna tienda y comprar algo para salir del paso.

Abro la puerta del baño y sale una inmensa cortina de vaho.

—Tengo que salir. Quédate el tiempo que necesites, ¿vale? —digo en voz alta para que me escuche por encima del ruido del agua—. Después podemos cenar por ahí.

—¡Vale!

Salgo del dormitorio y recorro el pasillo hacia el ascensor. Si voy a pasar unos días en Sotogrande, mejor hacerlo con compañía. Si no, será muy aburrido. Si hay algo que odio es el aburrimiento.

En el ascensor, cojo el móvil y reviso la foto de Beatrice que me envió anoche mi hermano. Sí, es vital que sepa cómo es su aspecto. Santa Madonna, si es una auténtica diosa. Cabello moreno, rizado, ojos almendrados y unos labios carnosos. La imagen es tomada en la calle, pero no se ve nada más, ni tampoco cuando se tomó.

Creo que este trabajo va a ser pan comido.

Diez minutos después, estoy ya a las puertas de la urbanización donde ella vive. Al ver mi coche de lujo, el de seguridad pide que me detenga.

—Buenos días, ¿cuál es el motivo de la visita?

—He quedado con mi agente inmobiliario para comprar un piso —le digo—. Será rápido.

Toma nota de mi matrícula y me deja pasar con un gesto de la mano. La barrera se abre. Ya está anocheciendo. Son casi las ocho. La oscuridad me vendrá bien para pasar desapercibido entre el vecindario. ¿Cuánto deben valer los pisos aquí? Hay atraque, jardines, piscinas y los pisos tienen solarium y terrazas kilométricas. Por lo menos un millón de euros.

Eso de ahí debe de ser el aparcamiento. Bien, lo primero es localizar el ático de los Van Peters. Reviso las fotos que me envió Vincenzo. Como son varios bloques, tengo que observarlos todos. Me vendrá bien un plano general. Eso lo puedo descargar de internet.

La puerta del garaje se abre. Me aparto para que nadie me vea. Sale un coche conducido por un hombre mayor con pinta de árabe. No creo que sea Jan Van Peters. Antes de que se cierre la puerta, acelero el paso y me cuelo.

¿Podré desde aquí subir al ático? Habrá que averiguarlo. El aparcamiento es gigantesco y está lleno de coches de lujo. Un Porsche, Jaguar, Rolls Royce... Me recuerda al garaje de mi casa.

Oigo ruido de pasos acelerados. Rápido, escóndete detrás de una columna. Si me ven, avisarán a seguridad.

Se abre una puerta metálica y entra una mujer. Joven, morena, espectacular. ¡Beatrice Spinazzo! Sí, es ella. La mujer que ando buscando. La cosa se pone interesante.

Lleva una maleta, parece que tiene prisa. Su expresión es de estar agobiada. La guarda en el

asiento de atrás y sube al coche, un Audi último modelo. Me gusta, esa mujer tiene clase. ¿Adónde irá?

Le hago una foto a la matrícula. Viene alguien más. Alto, fuerte, canoso, ¿cincuenta y tantos? Debe de ser Jan, su marido. Tiene cara de pocos amigos y, joder, lleva una pistola. ¿Qué va a hacer? Se planta justo delante del coche.

—¿Adónde crees que vas, puta? —grita.

—¡Apártate, Jan! —exclama Beatrice.

Vale, sí, es el marido.

—¡No vas a ir a ninguna parte! ¡Te vas a quedar en casa! ¡Ese es tu sitio!

Ella grita algo, pero no le entiendo. La tensión entre ellos es muy fuerte. Si él tiene la intención de dispararle, voy a tener que intervenir. De momento, por si acaso, lo voy a grabar todo con mi móvil.

El coche atropella al marido, que cae al suelo. ¿Lo ha matado? Beatrice baja y se acerca. Mira hacia todos los lados. Qué nerviosa está. Sube otra vez al coche y se marcha. ¿Lo va a dejar así? Parece que sí.

Vamos a comprobar cómo está el marido. Joder, hay una mancha de sangre. Me agacho y pongo las yemas de dos dedos en el cuello, en la vena carótida. No tiene pulso, está muerto. Beatrice lo ha matado.

Esto lo cambia todo. Hay que actuar y rápido.

Salgo corriendo del aparcamiento y subo a mi coche. Beatrice no puede haber ido muy lejos, y además tengo la matrícula de su Audi. Imagino que irá a esconderse a algún sitio. Mierda, eso va a complicar mi plan.

Cruzo la barrera de seguridad y me dirijo a la autovía a toda velocidad. Tengo que encontrarla.

CAPÍTULO 4

BEATRICE

Dejo el coche en el aparcamiento del aeropuerto de Gibraltar. Saco la maleta del maletero y empiezo a caminar hacia la terminal. Respiro con dificultad, pesadamente. ¿Voy bien de tiempo? Sí, aún queda para que salga el avión.

No sé cuándo vendré a recoger el coche. Quizá nunca. Después de aterrizar en Ginebra, iré con las niñas a Palermo, y allí esperaré a que pase el temporal que acabo de desatar. Supongo que tendré que contratar a un abogado.

Sin poder quitarme los nervios de encima, me acerco al mostrador de la compañía aérea. Dejo la maleta sobre la cinta transportadora.

—Buenas noches —dice la empleada cuando es mi turno—. ¿Me deja ver su billete?

Inclino un poco la cabeza para responder a su saludo. No puedo hablar. Tengo un nudo en la garganta.

Muestro el QR en mi móvil, que ella escanea con su tablet. Teclea en el ordenador. Tiene cara de estar concentrada. En el aeropuerto no hay muchos viajeros. Un aeropuerto pequeño. Hay calma. Pero ¿cuánto tiempo necesita la chica para hacer el *check-in*? Siento una gota de sudor saliendo de la raíz del pelo.

—Déjeme su pasaporte.

Le entrego el falso. Recuerda que te llamas Claudia Vialli, que no se te olvide. La empleada mira y remira el pasaporte. Nunca pensé que sería todo esto tan difícil. Creo que me va a dar un ataque al corazón.

Por fin, termina y me tiende el pasaporte y el billete. La maleta se desplaza sobre la cinta transportada hasta que la pierdo de vista.

—La puerta de embarque es B2 —dice señalando hacia la derecha—. Que tenga un buen vuelo.

Sonrío forzosamente y me alejo del mostrador. No puedo evitar soltar un largo suspiro. Bueno, otro obstáculo menos. Recorro el largo y ancho pasillo de tiendas y servicios. Que si una perfumería, un quiosco, una ropa de marca, alquiler de coches...

Lo único que quiero es sentarme ya en el avión. No veo la hora de despegar y estar surcando el cielo hacia Ginebra. ¿Habrán encontrado el cuerpo ya? Si tengo un poco de suerte, lo encuentran mañana a primera hora.

Esos dos de seguridad me están escaneando con los ojos de arriba abajo. Por detrás también. Noto su vista clavada en mi culo. ¿Sospechan algo o es que solo me miran? Ya sabes, aparenta naturalidad. Vas a coger un avión. Lo más normal del mundo.

Cruzo el detector de metales sin problema. Camino un poco más y me siento en la sala de embarque. Delante de mí hay un matrimonio mayor. Me sonríen. Lo siento, pero no estoy para hablar con extraños. En el monitor aparece la información mi vuelo. En hora.

¿Móvil? Hace minutos que no lo miro. Lo saco del bolso. Ninguna llamada o mensaje. Ahora me sudan las manos. Quizá me levante y vaya al baño, pero cuanto menos llame la atención, mucho mejor.

En Palermo le diré a mi madre que me busque un buen abogado. Sí, es lo mejor. Allí mis hijas y yo estaremos a salvo. Me desharé del pasaporte falso para que la policía no me pille con él. Las niñas me preguntarán que por qué las saco del internado en mitad del curso. Ya veré que les digo. Ahora no puedo pensar en eso.

Hace siglos que no tengo contacto con la familia de Palermo. ¿Cómo nos van a acoger? No será fácil, pero es el único lugar del mundo donde pensé que estaría protegida de Jan.

Una azafata me mira desde lejos. ¿Camina hacia mí? Sí, parece que sí. No me quita ojo de encima. Va a hablarme. Tengo que escapar, me han pillado seguro. Cojo el bolso y me levanto.

—Disculpe, vamos a proceder al embarque —dice sonriendo—. ¿Quiere seguirme?

—¿Cómo? —digo con el corazón a mil por hora.

—¿Va a Ginebra en primera clase, verdad?

—Sí.

—Los de primera clase tienen preferencia, van a salir ya. ¿Me acompaña?

—Ah, sí-sí —digo balbuceando.

Entre las miradas de los que tengo cerca, vamos hacia una puerta lateral. Paso al lado de un par de empleados, que me sonríen. Supongo que será la amabilidad por tener un billete de primera.

Bajamos por las escaleras y pisamos la pista de aterrizaje. A un lado está el imponente Peñón de Gibraltar recortado sobre el cielo nocturno. Se oyen las turbinas de los aviones, huele un poco a gasolina y veo un carrito cargado de equipaje. Llevo el bolso agarrado como si me lo fueran a robar. Relájate, Beatrice.

—El vuelo será en un avión ejecutivo —dice la azafata.

—Vale —digo un poco indiferente—. Mientras vayamos a Ginebra...

—¿Cómo dice?

—Nada, que me parece bien —digo levantando la voz por encima del ruido.

El avión es más pequeño de lo que pensaba. Subo por la escalerilla detrás de la azafata. Aún noto las rodillas muy flojas y tengo la espalda rígida. Oigo voces en la cabina. De refilón veo a los pilotos que están haciendo sus comprobaciones.

La azafata me indica el camino con la mano. Al entrar en el pasillo, me quedo de piedra. No hay nadie.

—¿Soy la única pasajera? —pregunto extrañada girándome hacia ella.

—Sí, por motivos técnicos se ha cambiado de avión, y no está habilitado para primera clase. Como es la única, se le ha dispuesto este avión solo para usted.

Algo no me cuadra, pero tengo que reaccionar como lo haría cualquier otra persona.

—Pero no hacía falta, yo...

—Este avión tiene que salir de todas formas con destino a Ginebra —dice encogiéndose de hombros—. Así que, ¿por qué no disfrutarlo? ¿O prefiere esperar al siguiente vuelo? Sale en cuatro horas.

—¿Cuatro horas? Eso es mucho tiempo.

Me señala el asiento con una sonrisa cómplice.

—¿Quiere que le ponga el bolso en el compartimento?

—No, gracias —respondo sentándome en un asiento de cuero muy amplio.

—Abróchese el cinturón, despegamos enseguida —dice y se marcha.

Sin salir de mi asombro, dejo el bolso en el asiento de al lado y echo una ojeada por la ventanilla. Qué raro. Jamás pensé que ocurriría algo así. Un avión para mí sola.

No quiero montar un escándalo. Eso atraería la atención, retrasaría el vuelo y a lo mejor me quedo en tierra. Paso. Aunque, por otro lado, tiene sentido que, estando en primera, me traten así. Si de todas formas el avión va a salir hacia Ginebra...

Unos minutos después, el avión vibra, empieza a moverse. Afuera, hay muchas luces y operarios moviéndose de un sitio a otro. En la pista, poco a poco vamos ganando velocidad. El rótulo de atarse el cinturón se enciende. Con los nervios, lo había olvidado.

El ruido de las turbinas se va haciendo mayor. El avión acelera. Por las ventanillas veo el aeropuerto iluminado que pasa a toda velocidad. De repente, noto el cosquilleo en el estómago. Flotamos. Sí, ya estamos en el aire.

Noto un alivio inmenso, aunque no completo. Aún tengo que aterrizar en Ginebra y salir del aeropuerto. Solo entonces me sentiré a salvo. Qué ganas de ver a mis hijas y darles un abrazo. No lo espero, pero igual preguntan por su padre. Dios mío, ¿qué les diré?

El letrero del cinturón se apaga. Casi enseguida aparece la azafata.

—¿Le apetece una copa de champaña?

—Bueno, vale —respondo sin mucha convicción. Lo que quiero es no llamar la atención.

Desaparece por el pasillo. Miro por la ventanilla. Qué preciosidad, la Costa del Sol refulgiendo al borde del mar. Te echaré de menos. Se vive muy bien, aunque no creo que pueda volver.

La copa de champaña aparece en mi campo de visión. Ni siquiera he oído que la azafata regresara. Debo de haber estado muy ensimismada. Cojo la copa y cuando lo hago alguien me habla.

—Hola, Beatrice —dice una voz masculina.

CAPÍTULO 5

BEATRICE

Me quedo congelada. No muevo ni una pestaña. ¿Quién es este hombre tan atractivo? No lo he visto en mi vida. ¿Y por qué me llama por mi verdadero nombre? Empiezo a estar aterrada.

—Vaya cara que has puesto —dice sonriendo y sentándose a mi lado, junto a mi bolso—. Me llamo Salvatore Barone.

¿Barone? Me suena. Sí, creo que son mafiosos, como Jan. Me doy cuenta de que estoy sosteniendo la copa de champaña. Él también sostiene una.

—¿Qué es lo quieres? —pregunto apartándome un poco.

Bebe un sorbo con calma, y después deja la copa sobre una mesita de madera noble. Parece un modelo de Armani.

—Tranquila, llegaremos a eso —dice sin dejar de sonreír mostrando una dentadura blanca y radiante.

Dios, es increíblemente guapo. Sus ojos son de un intenso gris plateado, y me miran como si quisiera desabotonarme la blusa y verme desnuda.

—¿Cómo estás? —me pregunta inclinándose un poco, como si quisiera envolverme con su aroma fresco y viril—. Te he visto muy tensa.

—¿Cómo sabes mi verdadero nombre?

—Sé muchas cosas sobre ti. Eso sí, nadie me dijo que eres un bellezón.

—Esto no es normal y estoy asustada —digo y trago saliva—. Voy a llamar a la azafata. Quiero que me cambie de asiento.

Abre los brazos como diciendo «como quieras», y apoya la espalda en el asiento. Cruza las piernas con elegancia. Viste un caro traje azul marino por encima de una camisa blanca. Le sienta como un guante. Aprieto el botón que hay en el reposabrazos.

¿De dónde ha salido? Creí que no había nadie. La azafata aparece y me mira, interrogante.

—Este hombre se ha sentado a mi lado y me está diciendo no sé qué cosas —le digo agarrando mi bolso.

La azafata inclina la cabeza, como si no entendiera lo que está pasando. Después intercambia una mirada con él, que se muestra confiado.

—Me temo que no puedo hacer mucho —me dice ella con un mohín de disgusto.

—¿Por qué?

—Es el dueño del avión.

Me remuevo en el asiento, inquieta. Cada vez comprendo menos lo que está pasando.

—¿Pero cómo el dueño? Pensé que... Pero... Usted me dijo.

—Gracias, Fátima. Yo se lo explico —dice él—. Puedes retirarte.

La azafata se marcha y nos deja a solas otra vez.

—Verás, Beatrice, por cierto, un nombre muy bonito —dice tocándome la mano fugazmente, pero lo suficiente para que sienta la calidez de la yema de sus dedos—. Fátima tiene razón. El avión es mío, bueno, de la familia Barone. Por eso puedo usarlo cuando y con quién me apetezca.

—¡Esto es un secuestro!

—Más o menos—dice divertido.

—Llévame de vuelta a Gibraltar y no diré nada a la policía, te lo prometo.

—No vas a llamar a la policía, Beatrice. Sabes que no te conviene.

Siento un estremecimiento recorriendo mi espina dorsal. ¿Está jugando conmigo? Creo que sabe algo pero no estoy segura. Sus bonitos ojos sonríen con malicia.

—¿De qué estás hablando? —pregunto sabiendo que tengo que fingir hasta el final.

Hace un gesto de resignación y mete la mano en el interior de su chaqueta. Saca el móvil, lo desbloquea con la cara y pulsa varias veces la pantalla. Sí, tengo un mal presentimiento. Está tan sereno, tan confiado en sí mismo... Como si hubiera tenido esta conversación cientos de veces.

—Quiero que veas esto —dice y muestra la pantalla—. Es un vídeo.

Aparece la imagen del aparcamiento de casa. Voy hacia el coche con la maleta. Al verme en la imagen, me quedo sin aliento. Aparto la mirada del móvil. Quiero morir.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunto.

—Espera, lo mejor es el final.

No quiero mirar, pero la curiosidad me puede. Veo la discusión con Jan, el atropello, me acerco, después subo al coche y me largo dejándole ahí. Parece como si fuera otra persona quien hace todo eso, pero no, soy yo. Y hace solo unas horas.

—*Spoiler*: tu marido está muerto —dice mientras se guarda el móvil.

Cierro los ojos. Me dejo caer sobre el asiento, hundida, devastada y aterrorizada. ¿Cómo es posible que todo haya salido tan mal? Los vuelvo a abrir y me refugio en el paisaje de luces que se extiende al otro lado de la ventanilla. Me encantaría ser una de esas luces diminutas que pasan desapercibidas.

—Bebe, te vendrá bien —dice Salvatore tendiéndome una botellita de agua.

No sé de dónde la ha sacado. Supongo que se la ha traído la azafata. La cojo, abro el tapón y bebo un sorbo largo. Siento la lengua húmeda. Sí, me viene bien. Sigo mirando el manto de luces allá abajo.

Jan, muerto. No es lo que quería. Ha sido un accidente. Pero ¿quién va a creerme? El vídeo no explica el sufrimiento y la tortura que era vivir con él. Como sigo pensando en eso, me voy a volver loca.

Tengo miedo de preguntarle qué es lo que quiere de mí. Sabe mi nombre verdadero, ha grabado ese vídeo, así que me venía siguiendo. Sea lo que sea que busca, intuyo que no va a gustarme. ¿Qué puedo hacer? Ahora mismo, si quisiera, podría tirarme del avión y nadie sabría nada. Mis hijas, huérfanas.

—¿Estás mejor?

—No, estoy fatal —respondo y me giro hacia él—. ¿Me vas a matar?

Salvatore abre los ojos, sorprendido por la pregunta.

—Al contrario, Beatrice, quiero ayudarte. Soy un hombre con muchos recursos —dice sonriendo con arrogancia.

Empiezo a recordar alguna información sobre los Barone. Familia numerosa. Originarios de

Calabria, igual que mi familia. Narcotraficantes en Marbella. Jan les tenía respeto. No quería mezclarse en su camino.

—¿En qué puedes ayudarme?

—A estas horas la policía te estará buscando y en cuestión de horas también la mafia holandesa. El hermano de tu marido querrá vengarse de ti a toda costa —dice con una calma sobrecogedora—. Puedo protegerte.

Ruud es un psicópata. Jan y él estaban muy unidos. La cantidad de cosas que me contó Jan sobre su hermano... Todas escalofriantes. Un asesino muy respetado en Europa.

En cuanto se entere, va a cortarme la cabeza. Es capaz de salir de Rotterdam y buscarme hasta el último rincón del mundo. No descansará hasta que me mate.

CAPÍTULO 6

SALVATORE

Sobre el reposabrazos del asiento, su mano tiembla. Por su mente tienen que estar pasando miles de pensamientos a la vez, y todos terroríficos. Nunca he visto una mujer tan asustada.

Sin pensarlo dos veces, cubro su mano con la mía. Su piel es suave como la seda. Ella no se aparta y yo sigo alucinando con su tersura. Enseguida noto un cálido cosquilleo que asciende por mi brazo, y se extiende por el resto del cuerpo. De repente, aparta la mano con brusquedad. Sí, ella también lo ha notado.

—¿Qué es lo quieres de mí? —me pregunta con los ojos húmedos.

—Muy fácil —digo sonriendo—. Te diré lo que vamos a hacer. Este avión va a aterrizar en el aeropuerto de Málaga. De ahí te voy a llevar a un lugar seguro. Vas a estar bajo mi responsabilidad. No te va a pasar nada.

—¿Qué es lo quieres a cambio?

Le miro a sus bellísimos ojos castaños. Llega la hora de mentir como un bellaco. Esto va a ser muy divertido.

—Toda la información sobre los negocios de tu marido. Quiénes son los abogados, testaferros, nombres de empresa, las rutas para la droga, confidentes, los depósitos de la droga. Absolutamente todo.

Ella asiente con la cabeza, como reflexionando. Bien, al ser la esposa del holandés tiene que saber mucho, y además, esa información sobre el negocio no nos vendrá mal saberla. Pienso estrujarla todo lo que pueda.

Cambio de planes. Todo lo que me pidió mi hermano sobre ella ya no sirve. Esto es mucho mejor de lo que tenemos ahora. La usaré como me dé la gana y después, cuando obtenga el lugar donde se esconde Spinazzo, me desharé de ella.

—¿Y con el vídeo qué vas a hacer? —pregunta con cierta desconfianza.

—De momento lo tengo guardado en Favoritos —digo mostrando la pantalla—. Digamos que es un seguro para saber que a partir de ahora me vas a decir toda la verdad. Porque si me mientes, esto va derecho a la policía. Y con esta prueba, te caerán por lo menos veinte años.

Beatrice se restriega las manos en la cara. Sí, estás en mis manos, hermosa criatura de la noche, te encuentras entre la espada y la pared. Tú y yo vamos a pasarlo bien.

Ella guarda silencio, niega con la cabeza. Bebe otro sorbo de agua. Solo se oye el zumbido de los motores. Su perfil es perfecto y sus labios, húmedos, son de los más apetitosos que he visto nunca.

—Necesito pensar —dice levantándose nerviosa—. Voy al baño.

—Como quieras, Beatrice.

Pasa justo delante de mí y se va hacia el fondo. La miro y lo que veo también me gusta. La manera en que mueve las caderas, la cadencia de sus pasos y ese cabello moreno y rizado que cae sobre los hombros. ¿Y ella es la hija de Spinazzo? ¿Cómo de algo tan feo puede salir una diosa? La vida no deja de sorprenderme.

—¿Le relleno la copa, Sr. Barone? —dice Fátima con la botella de Don Perignon en la mano.

—Al mejor champaña del mundo nunca se le dice que no —respondo alzando la copa—. Por cierto, no me llames Sr. Barone, por favor, que no soy mi abuelo. Salvatore está bien.

—Muy bien, Salvatore entonces —dice mientras me sirve.

Cientos de burbujitas se acumulan en el borde. Me encanta el sabor fresco y dulce del champaña. Además, surcando el cielo de noche le da un toque especial.

—Si necesitas algo más, avísame —dice Fátima con una mirada insinuante.

—Créeme que lo haré.

Lástima que no tenga cobertura, porque si no llamaba a mi hermano para contarle el cambio de planes. Muy pronto tendré a Beatrice comiendo de la palma de mi mano.

Qué bueno que tengamos nuestro avión asentado en Gibraltar. Me ha venido como caído del cielo. Sí, era lo mejor porque acercarme a Beatrice en el aeropuerto hubiera llamado la atención. Quizá hasta hubiera salido corriendo.

Lo que no voy a hacer es llevarla a casa con los padrinos y mis primos. A veces parece un hotel de la cantidad de gente que hay. Aunque ahora Vin vive con Chiara en una bonita villa, aún quedamos unos cuantos. Leo y Pietro querrán meter las narices.

Esta es mi ocasión para lucirme y, ya de paso, divertirme. No está mal estar al cargo de la disciplina de la organización, pero me estaba aburriendo soberanamente. ¿Qué es la vida si no puedo sacarle partido?

¿Cuánto tiempo lleva Beatrice en el baño? Ya me he bebido toda la copa. Ah, parece que ya vuelve. Su cara parece más serena.

—¿Mejor? —le pregunto.

Se sienta sin responderme.

—Lo he estado pensando y acepto las condiciones.

—Tampoco tenías muchas alternativas —digo con cierta ironía.

—Pero quiero que mis hijas estén conmigo.

Casi dejo caer la copa al suelo. ¿Hijas? ¿De dónde han salido? Mierda, eso no lo sabíamos.

—¿Dónde están? —pregunto intentando no parecer muy sorprendido.

—En Ginebra, en un internado. Para eso iba, a recogerlas.

—¿Qué edad tienen?

—Doce, también tienen que ser protegidas.

Me quedo pensativo. Tengo que valorar las ventajas y los inconvenientes, porque esta noticia va a cambiar algunas cosas. Comprendo que una madre quiera estar con sus hijas, pero no quiero precipitarme. Paso a paso.

—Lo primero que voy a hacer es enviar protección a tus hijas. Cuando tengan que salir a la calle, un par de hombres de confianza serán sus sombras.

—¿Por qué no las traes a Málaga?

—Ya veremos, Beatrice. Lo decidiré en su momento.

El rótulo de abrocharse el cinturón se enciende. Vamos a aterrizar en breve en Málaga.

—Dame ahora por *bluetooth* todos los datos que tengas de ellas, incluido fotos —digo sacando mi móvil.

—Vale —dice sacando también el suyo.

Llega la notificación del envío y la acepto. La foto aparece en mi pantalla. Dos niñas sonriendo peinadas con coletas. Son como dos gotas de agua, incluso llevan la misma ropa, un abrigo marrón. Una de ellas tiene gafas.

—Son gemelas. Se llaman Mónica y Anna.

—Fuiste madre muy joven.

—Sí, con diecinueve, casi veinte. Jan tenía cuarenta cuando nos casamos. Fue un matrimonio concertado.

Inclino un poco la cabeza, entre sorprendido y apenado. Con diecinueve yo estaba de fiesta todo el día con los amigos, mientras que ella estaba casada y se preparaba para ser madre. Me pregunto cómo se siente cuando de repente te cae una responsabilidad tan grande.

CAPÍTULO 7

SALVATORE

—¿Y mi maleta? —pregunta Beatrice.

—No lo sé, imagino que en el otro avión camino a Ginebra.

—¿Qué? ¡La necesito!

El avión aterriza suavemente y se dirige al hangar privado. Son casi las once de la noche.

—Iremos de compras ahora para salir del paso —digo.

—Pero tengo un montón de cosas en la maleta.

—No te preocupes, la devolverán y la recogeremos donde sea —digo y me acuerdo de una cosa—. Dame tu móvil.

—¿Para qué?

—Lo voy a retener por seguridad.

—Te prometo que...

—No insistas, guapa, dámelo —digo tendiendo la mano.

A regañadientes, me lo entrega. Aprieto el botón de apagado y la pantalla se oscurece. Bien, un tema menos del que preocuparse. Un móvil con cobertura es un peligro.

Me despido de la tripulación con varios apretones de manos, bajamos por la escalerilla y pisamos tierra. Sopla una brisa nocturna que hace que el cabello de Beatrice se alborote un poco. No me canso de mirarla. Me vienen ardientes imágenes de ella y yo en una cama.

—La ventaja de tener avión particular es que pasamos por una aduana discreta —digo mientras caminamos—. ¿Tienes el pasaporte?

—Los dos. El verdadero y el falso.

—Déjame ver el falso.

Lo saca del bolso y me lo entrega. Lo abro en la página de la foto. La falsificación es buena. Se nota que es trabajo de un profesional. Le habrá costado unos cinco mil euros.

—Claudia Vialli... —pronuncio, curioso—. ¿Cómo lo conseguiste? ¿A través de Jan?

—De un contacto suyo, al que tuve que pagar un extra para que no dijera nada.

—¿Cuál era tu plan? —le pregunto devolviéndole el pasaporte.

—Irme a Ginebra, recoger a las niñas y acabar en Palermo con la familia. Ya no aguantaba más vivir con Jan.

—¿Te pegaba?

—No, era un drogadicto. Cada vez, peor.

—En la aduana, muestra el pasaporte falso, así tu verdadero nombre no queda registrado en el sistema de la policía. Como saliste por Gibraltar con el nombre de Claudia Vialli, estás a

salvo. Al menos de momento.

Las puertas automáticas se abren y entramos en el pequeño edificio anexo al gran aeropuerto de Málaga. Como era de esperar, hay unos cuantos policías vigilando.

—Todo irá bien —susurro a Beatrice y nos ponemos en la cola, detrás de una pareja de hombres.

Mi móvil vibra sin parar. En cuanto engancho la cobertura, llegan mensajes y llamadas perdidas. El primero, de Vin.

¿Dónde coño estás?

Le respondo que todo ok, y me vuelvo a guardar el móvil. No, no pienso llevarla a casa. El policía de la aduana me pide el pasaporte y se lo entrego. Lo mira con poco interés, me lo devuelve y con un gesto de la mano dice que pase. Lo mismo a Beatrice.

—Vamos a alquilar un coche y de paso compras ropa —le digo en voz baja cogiéndola del brazo—. No intentes nada sospechoso, recuerda que tengo el vídeo en mi poder. ¿Me has entendido?

—Sí, sí. No te preocupes.

Primero, nos dirigimos a un mostrador de *Rent a car*. En pocos minutos hacemos la gestión, muestro mi carné de conducir, pago con tarjeta de crédito y me entregan las llaves.

—Su coche está en el aparcamiento, planta 4, plaza 3 —dice el empleado.

—Perfecto, gracias —digo guardando la llave en el bolsillo.

La siguiente parada es una tienda de ropa.

—Tengo que comprar un montón de cosas —dice Beatrice—. Solo tengo lo puesto.

Le lanzo una mirada de arriba abajo, pero no me fijo en su ropa, sino que otra vez fantaseo con su cuerpo desnudo, lleno de curvas y rincones de sabroso placer. Noto una fuerte erección.

—Vale, vale, pero rapidito que no tenemos todo el día —digo con resignación—. Pagaré con mi tarjeta.

Ella coge un carrito de mano y lo va llenando de cosas: cepillo de dientes, pasta, ropa interior, etc. El móvil sigue dándome el coñazo con el tono de llamada, así que contesto.

—¿Se puede saber dónde cojones te metes? —pregunta Leo como si quisiera estrangularme.

—Escucha, ahora no puedo hablar. Ya os llamaré en cuanto pueda.

Antes de que proteste, cuelgo. Ya está. Es mi decisión y asumiré las consecuencias. Un momento, ¿dónde está Beatrice? Joder, ahora la he perdido. Lo que me faltaba. Miro hacia un pasillo, hacia otro... Nada. Como si la tierra se la hubiera tragado.

—¿Ha visto a una mujer joven, morena, con rizos, muy guapa? —le pregunto a un dependiente.

Me mira como si fuera un loco.

—No, no la he visto —responde y sigue cobrando a una cliente—. ¿Ha mirado en los probadores?

Voy directo hacia allí. Justo sale una chica. Entro al pasillo y me pongo a escuchar algún ruido. Como se haya escapado, la mataré. No creo que sea tan tonta. Oigo el ruido de una percha a lo lejos. ¿Será ella?

La cortina del probador, sin estar cerrada del todo, deja ver el reflejo de una mujer en el espejo en ropa interior.

—¿Beatrice?

No puedo evitar detenerme en un instante en sus piernas. Interminables, de piel bronceada, y qué bien esculpidas. Una obra de arte. Siento otra vez un instinto primario recorriendo mi

cuerpo.

—Sí, aquí estoy —dice mientras se viste con unos vaqueros.

Me aparto del probador con alivio de haberla encontrado, pero aturdido por lo que acabo de ver. La imagen de sus espectaculares piernas me persigue. Noto un cosquilleo en mis manos, como si ya se estuvieran deslizado por su piel.

Trago saliva y me recompongo. Ahora hay algo más importante que la atracción por una mujer.

—Date prisa —ordeno.

La cortina se abre y sale con varias prendas de ropa en la mano.

—No vuelvas a alejarte de mi lado sin avisar —le digo fulminándola con la mirada—. ¿Está claro?

—Solo quería probarme la ropa antes de comprarla.

—Me da igual, Beatrice. No lo vuelvas a hacer. ¿Está claro?

—Sí, vale.

—Venga, vámonos ya. Se nos está haciendo tarde. Si falta algo por comprar, lo haremos por el camino o mañana por la mañana.

—Como quieras.

—Por si acaso dame tus pasaportes, los dos.

Mete la mano en el bolso y, de mala gana, me los entrega. Los guardo en el interior de mi americana. Una medida más de precaución.

Después de pagar, caminamos con prisa hacia el aparcamiento. Se me ha pasado el cabreo, como siempre. No me suele durar mucho. Al cruzar por el paso cebra, la tomo por la espalda como si la guiase. Su perfume penetra muy dentro de mí. Sonrío, me encantan las mujeres. No puedo evitarlo. Son lo mejor de este mundo.

CAPÍTULO 8

BEATRICE

En el coche, nos detenemos frente a una casita. La calle es estrecha, de un solo sentido. Las farolas resplandecen creando un ambiente que me recuerda a una peli de terror.

—¿Dónde estamos? —pregunto a Salvatore.

—Esto es Nueva Andalucía, un municipio de Marbella. El Puerto Banús está a unos cinco minutos. ¿Has ido alguna vez?

—Unas cuantas, sí —digo sin muchas ganas de extender la conversación.

—Vendrá bien estar lejos del lujo y el glamour. Al menos por esta noche. A no ser que te apetezca tomar una copa, claro —Sonríe.

—¿Qué? —digo alucinada porque no sé si lo ha dicho en broma, o en serio.

—Nada, olvídalo.

Bajo del coche sosteniendo la bolsa con las compras del aeropuerto. Nos rodea un silencio sepulcral. Dejo que Salvatore vaya primero. Abre la cancela y cruzamos un pequeño jardín.

—¿Sabes qué? —me pregunta.

—No.

—No tengo la llave —dice haciendo una mueca.

Le miro desconcertada.

—¿Cómo vamos a entrar?

—Buena pregunta —dice sonriendo—. Escondemos siempre una copia por aquí. Nunca se sabe cuándo vamos a tener que usar la casa.

—¿Debajo del felpudo?

—No, claro que no. Eso solo pasa en las películas.

Se pone de puntillas y palpa con la mano el marco de la ventana. Con un brazo se sujeta la chaqueta para que no se ensucie. Sí, es un hombre alto y corpulento.

—Bingo —dice como si fuera un juego de niños.

Oigo un ruido metálico sobre el marco. Coge la llave y me la enseña, que brilla bajo la luz de la luna.

—¿Seguro que esta casa es tuya? —pregunto desconfiada.

—Claro que sí.

Introduce la llave en la cerradura y abre la puerta.

—Aquí vivía un antiguo empleado de la familia. No vengo desde hace unos tres meses, pero enviamos a gente para que la mantenga limpia y ordenada.

Entra y enciende la luz del recibidor. Con un gesto de la mano, me invita a pasar. El salón no

está mal, aunque es pequeño para lo que estoy acostumbrada.

—Tiene dos habitaciones —dice—. Ven, te enseñaré donde vas a dormir.

Paso por delante de la cocina y, después, una habitación, que debe de ser para las visitas o lo que sea. ¿Quién habrá vivido aquí? ¿Solo ese empleado?

—Este es tu sitio, Beatrice —me dice plantado en mitad del dormitorio principal—. Con baño privado.

La cama es gigantesca y lo cubre un edredón azul marino. El cabecero es de listones de madera, elegante y funcional. Las cortinas tienen una caída suave y moderna. La ventana es corredera y da a la terraza. Imagino que las mañanas serán soleadas.

—¿Qué te parece? —pregunta.

Su pelazo enorme luce increíble. Su sonrisa de diablo transmite algo especial, ¿carisma? Hay algo magnético en él. ¿Será por sus rasgos afilados, su fuerte torso o todo?

Aparto de mi mente estos pensamientos, que ni sé de dónde vienen ni por qué aparecen. Tengo que pensar en lo importante. Dónde estoy, con quién y qué va a pasar conmigo y mis hijas.

—¿Cuándo vas a enviar a alguien a Ginebra? —le digo seria—. Eso es lo más urgente para mí. Me da igual dormir en el suelo o en la bañera. Mis hijas son mi prioridad.

—Lo antes posible.

—¿Mañana por la mañana?

—Seguramente.

—A lo mejor algún vecino ya ha llamado a la policía. Será cuestión de horas que Ruud se ponga en marcha —digo y tiemblo solo con imaginarlo.

—¿Sabe que tus hijas están en el internado? —pregunta acercándose.

—Supongo que sí. No sé si Jan se lo contó en algún momento. Pero si no, lo acabará por averiguar. Primero, me buscará y si no me encuentra...

—Atacará tu punto débil —dice tomándome de los brazos.

Sus ojos brillan como dos soles que echan fuego. Casi puedo sentir su calor sobre mí, como una fuerza magnética que amenaza con dominarme. Con la excusa de dejar la bolsa sobre la cama, me aparto con brusquedad. El corazón me palpita a mil por hora. ¿Qué está pasando? Pierdo el control de mi vida a cada segundo. Ahora mismo, está patas arriba.

Pasan por mi mente un montón de imágenes. Jan, de pie ante el coche. El cuerpo sobre el parabrisas, y después en el suelo, la sangre...

—Intenta dormir, Beatrice. Te sentará bien —dice.

Doy media vuelta e inspiro profundamente.

—¿Crees que puedo dormir? ¿De verdad? ¿Tienes alguna idea por lo que estoy pasando? —digo molesta—. ¡Si quieres te hago un puto resumen!

Salvatore alza los brazos como en son de paz. Soy idiota, lo sé. No debería cabrearme con alguien que puede hacerme tanto daño físico y emocional. Puede destruir mi vida con un chasquido de los dedos.

—Está bien, está bien —dice—. Haz lo que quieras. Si me necesitas, estaré en el salón.

—Necesito mi móvil.

—No, eso no.

—Si le quitas la tarjeta, no tengo internet, así que no puedo comunicarme con nadie.

—Entonces, ¿para qué lo quieres? —dice sonriendo.

Me ha pillado. No tengo contestación. Mis hijas ahora estarán dormidas, además el internado es estricto y no les permiten dispositivos electrónicos.

—Quiero estar sola.

—Vale, eso tiene más sentido.

Cierra la puerta y le oigo dirigirse al salón. Furiosa con el mundo, tiro la bolsa contra la pared. Golpea una lámpara sobre una cómoda y cae al suelo con un ruido sordo. No suficiente con eso, le doy una patada para romperla aún más.

Me siento sobre el borde de la cama, hundo la cara en las manos y rompo a llorar.

CAPÍTULO 9

SALVATORE

A través de la puerta, oigo el sollozo de Beatrice. Una voz interior me recuerda que ella es una Spinazzo, los grandes enemigos de los Barone. Su padre mandó asesinar a los míos. Sentir compasión por alguien de su familia es como sentirlo por el diablo. Sí, que sufra.

Voy a la cocina y busco algo de beber. Tengo ganas de alcohol para calmar todo eso que llevo dentro ahora, tan agitado. Aquí no hay nada, aquí tampoco. Joder, no hay nada en ninguna parte, aunque no sé de qué me extraño.

El último en vivir aquí fue Lorenzo, el chófer. La muerte fue un destino muy trágico. Eso sí, se lo merecía. Será mejor no decirle a Beatrice que en esta casa mi hermano acabó con él. Se asustaría.

Jodido, sin bebida, voy al salón. El sillón es duro como una piedra. Vaya mierda de sitio, pero eso me pasa por improvisar. En un hotel de lujo seríamos el centro de las miradas, además que mi familia me encontraría al momento al seguir el rastro de la tarjeta de crédito.

Para matar el tiempo, consulto mi móvil. Tengo un mensaje de audio de Patri. Buf, me he olvidado de ella por completo. A ver qué dice.

—¿Dónde estás? ¿Me has dejado tirada en el hotel? ¿Cómo puedes ser tan capullo? Estoy aquí, sola. ¡No conozco a nadie! Tendré que pillar un taxi y pagarlo de mi bolsillo. Te odio, Salvatore.

Joder, sí que está cabreada, aunque no se lo puedo reprochar. Le escribo un mensaje de texto.

Lo siento, me líe. Dime cuánto te debo del taxi. Te lo pago con un bizum.

Si me responde, supongo que me pondrá a parir. Tampoco yo podía prever lo que pasaría con Beatrice. No tengo una bola de cristal. En principio, el plan era otro. ¿Es culpa mía que haya cambiado de repente?

Cuantas llamadas perdidas de Vin y Leo. Mañana hablaré con ellos. Tengo que exigir a mi hermano que envíe gente para proteger a las hijas.

En el móvil, busco la foto de sus hijas que me envió por *bluetooth*. ¿Cuántos años me dijo que tienen? ¿Doce? Me acuerdo de dónde estaba con esa edad. Corriendo por las calles de Catanzaro, sí. Odiaba la escuela, por eso corría para llegar a casa, comer y ver la tele.

Lo único que me gustaba del colegio era ver a Margherita. Mi primer amor. Recuerdo que en clase estaba sentado detrás de ella, unas filas atrás. Miraba su perfil casi siempre de una manera descarada. Más de una vez me pilló, y yo no sabía dónde meterme. Tierra trágame, qué risa.

Cuando ella escribía, se inclinaba un poco y veía su boli moverse sobre el papel. Concentrada, su lengua sobresalía. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo. Su pelo recogido con una cinta roja, y el cabello moreno y liso.

Al final, se acabó enterando de que estaba colado por ella. Claro, yo se lo decía a todo el mundo. Tenía que compartirlo. Si me lo quedaba dentro, me daba algo. ¿He vuelto a sentir ese cosquilleo en el estómago? La verdad es que no. Supongo que ya no creo en esa pureza del amor, o no es para mí. Lo he intentado más de una vez, pero algo pasa que no he sentido esa llamada otra vez.

¿Qué habrá sido de Margherita? Apuesto lo que sea a que se ha casado, tendrá hijos y será feliz. Quién sabe, a lo mejor hasta se acuerda de mí con frecuencia.

Voy a ver que hace Beatrice. ¿Seguirá llorando? En silencio, recorro el pasillo hasta llegar a la puerta. Hay luz por el resquicio, pero no se oye nada. Parece que ha dejado de llorar. ¿Se habrá dormido?

En silencio, pongo una mano sobre el pomo y lo giro con un clic. Abro la puerta lentamente. Está oscuro, pero la luz del pasillo penetra en el dormitorio. Beatrice, de espaldas sobre la cama, no se mueve. Sí, dormida como un tronco. Cierro en silencio y me voy.

Tengo una videollamada al móvil. ¿Quién será? Mientras vuelvo al salón leo en la pantalla que es mi buen amigo Rulo. Sonrío y descuelgo.

—¡Salvatore! ¿Qué haces? —grita en medio del estruendo de fondo.

Por las luces de neón, penumbra y la música, veo que Rulo está en su club de playa, el Beach Beats. Viste con una de sus horribles camisas de colores chillones y estampados hawaianos.

—Nada, pero ya veo que tú estás de fiesta.

—De fiesta nada, amigo, *trabajando* —dice y estalla en una carcajada—. Y tú, ¿qué haces?

Como no puedo contarle nada, busco una salida intermedia. Una mezcla de verdad y mentira.

—Digamos que haciendo de canguro.

—¿Qué? ¿Tú? ¿Pero te han drogado o qué?

—No, qué va. Asuntos familiares, ya sabes —digo sabiendo que me va a entender.

—Suena aburrido. Vente al Beach Beats, te lo vas a pasar de puta madre. Ya sabes que tienes barra libre. Bueno, ya sé que eso te da igual con la pasta que tienes.

Antes de que pueda decir nada, me hace una panorámica del club. La piscina iluminada, las camas alrededor, mujeres jóvenes y guapas en bikini. Un ambientazo increíble.

—Me están entrando unas ganas... —digo sintiendo un cosquilleo.

—¿Dónde estás?

—En Nueva Andalucía.

—¡Pero si es aquí al lado, *ragazzo*! Cinco minutos en coche. Vente, te tomas algo y regresas. Solo será media hora.

Suspiro. Debate interno. ¿Ir o no ir? Las fiestas de Rulo son antológicas, pero tengo que vigilar a Beatrice. En la pantalla aparecen bailarines echando fuego. Hay muchas caras de pasarlo de puta madre. Vaya locura de fiesta.

—¡Salvatore, ¡anímate! ¡Solo se vive una vez! —insiste Rulo.

Vuelvo a suspirar. ¿Por qué la vida no para de tentarme? Estaba aquí, tan tranquilo. Piensa un poco, Beatrice no irá a ningún lado. Tengo en mi poder el vídeo y le he quitado sus pasaportes. Está durmiendo y se despertará mínimo en unas horas. No tiene coche, ni móvil y su casa está a más de una hora.

—Rulo, voy para allá —digo poniéndome de pie de un salto.

—¡Ese es el Salvatore que yo conozco!

—Una copa y vuelvo, ¿eh? Nada más.

CAPÍTULO IO

BEATRICE

Abro los ojos de repente. ¿Dónde estoy? Apenas hay luz, todo penumbra. Siento un repentino miedo. Me lleva unos segundos caer que estoy en una casa de los Barone. La huida, Jan, el aeropuerto, Salvatore... Imágenes que cruzan mi mente. ¿Lo de ayer fue un sueño? No, real como la vida misma. Estoy metida en un problema muy gordo.

La casa está en silencio. ¿Salvatore estará en el salón o en el otro dormitorio? He dormido con la ropa puesta, y eso que tenía hasta un camisón para dormir. Debí de caer rendida en la cama y el sueño me atrapó.

Me levanto y con cuidado me acerco a la ventana. Descorro la cortina y abro la persiana. ¿Qué hay al otro lado?

Un césped amplio, cuidado, rodeado por un seto. El sol debe de estar medio oculto, porque la luz tiene un tono gris. Podía salir al jardín e intentar saltar el seto, pero ¿qué haría después?, ¿adónde iría?, ¿y si la policía ya me está buscando? A esta hora seguro que ya han encontrado a Jan.

Bien, Beatrice, a ver cómo sales de este embrollo. Tu vida no ha sido fácil. Matrimonio concertado y después un marido drogadicto, pero aquí estás, ante un nuevo desafío. Lo primero van a ser mis hijas. Centrarme en protegerlas. No diré nada sobre los negocios de Jan hasta que ellas estén conmigo.

Voy al baño, me aseo un poco y salgo con una extraña sensación. La de ser una prisionera. Salgo al pasillo y me parece raro seguir envuelta en silencio. Debe de ser muy temprano, como las siete o las ocho.

—¿Salvatore?

Nada. A ver si voy a estar sola...

En el salón le veo tumbado en el sofá, durmiendo. Bueno, más que tumbado, parece tirado de cualquier manera. Tiene puesta la ropa de ayer y ¿este olor?, ¿tabaco y alcohol? Pero, sobre la mesa, solo veo una botella de agua.

La americana está por el suelo, los zapatos de cualquier manera, las llaves del coche en la alfombra... Peor que mis hijas. ¿Por qué no habrá dormido en el otro dormitorio?

Sobre la mesa veo los móviles y su cartera. Se me ocurre coger mi móvil, pero de momento es muy arriesgado. ¿Y si despierta justo ahora?

Voy a la cocina a beber agua para quitarme esta pastosidad de la boca. Abro varios armarios hasta que encuentro un vaso. ¿Estará limpio? Por si acaso lo enjuago con agua y después lo lleno hasta arriba. Bebo un largo trago mientras sigo observando a Salvatore.

Al terminar de beber, lo limpio con agua. Encuentro un trapo en un cajón y seco el vaso. Por la ventana, veo un poco de la calle. Qué distinto a verlo de noche. Una mujer pasea a sus perros por la acera. Parece un barrio tranquilo.

Sin saber muy bien qué hacer, voy al salón. Como sigo con esa inquietud sobre si han descubierto ya a Jan, busco el mando a distancia del televisor. Lo cojo y aprieto el botón de encendido, pero no funciona.

Por detrás del televisor busco botones. No es que sea muy tecnológica, pero me acuerdo de que lo aprendí de mis hijas. Al castigarlas sin tele, escondía el mando en mi cuarto para nada, porque luego descubrí que la encendían manualmente.

Ay, cómo las echo de menos.

Aprieto un botón y la tele se enciende. Imágenes de un señor campechano siendo entrevistado. Parece una cadena local. Salvatore no se despierta, parece que su sueño es profundo. Busco un canal que dé noticias.

Una mujer bien vestida sale hablando a la cámara.

—En Sotogrande, una de las urbanizaciones más lujosas de Cádiz, se ha encontrado el cuerpo de un ciudadano holandés. La policía ha informado que un vecino dio el aviso cuando lo encontró en el garaje comunitario. A pesar de que se llamó a una ambulancia, los paramédicos no pudieron hacer nada por salvar su vida. La esposa está en paradero desconocido. El juez ha decretado el secreto de sumario y...

La mujer sigue hablando de fondo, pero no la escucho. Tengo el pulso acelerado. Paseo de un lado a otro del salón. Estaba claro que iba a pasar. En pocas horas la noticia llegará a Ruud y sospechará de mí. Me buscará, y si no me encuentra irá a por las gemelas.

—¿Qué ocurre? —dice Salvatore levantando la cabeza.

Su cara es somnolienta y resacosa.

—¡Han encontrado a Jan! —le digo para que espabile.

Salvatore reacciona a cámara lenta. Se incorpora y sacude la cabeza. Después resopla. Uf, vaya ojeras.

—A ver, ¿qué dices que ha pasado? —pregunta lentamente.

—¡La policía ha encontrado a Jan! ¡Ruud lo sabrá dentro de nada!

Asimilar la noticia le lleva unos segundos.

—Vale, contábamos con eso.

—¿Has enviado ya a gente para que proteja a mis hijas?

Por un momento, es como si no supiera de lo que estoy hablando.

—Estoy en ello.

—¿Seguro? —pregunto preocupada.

—Por supuesto que sí —dice—. Apaga la tele que me empieza a doler la cabeza.

Aprieto el botón y la imagen de la mujer se funde a negro.

Mientras se pone los zapatos, Salvatore se fija en la mesa que tiene enfrente. Se levanta y coge los móviles. La cartera se la guarda en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué hiciste anoche? —le pregunto extrañada.

—¿Cómo que qué hice anoche? —dice como ofendido—. Nada, estar aquí. Además, no tengo que darte ninguna explicación. No es de tu incumbencia.

Levanto las manos en son de paz. Tengo que llevarme bien con él. Lo necesito.

—Quiero hablar con el internado y mis hijas —digo bruscamente—. Tengo que decirles lo que ha pasado con Jan, y que las aislen de internet, por si acaso ven alguna noticia.

Me clava sus ojos grises plateados. Increíble, tiene un aspecto horrible y aun así su mirada

brilla como si fuera sobrenatural. ¿Por qué hacen tan bellos a los demonios?

—Me parece bien, pero antes voy a hacer una llamada —dice y se dirige a la mesa—. Ve a tu cuarto y cierra la puerta.

Obedezco porque no tengo otro remedio.

CAPÍTULO II

SALVATORE

Cojo la botella de agua. Bebo hasta la última gota para quitarme la sequedad de la boca. Joder, siento como si me estuvieran atornillando la cabeza. Qué puto dolor. Tengo que comprar aspirinas o beberme un Bloody Mary, que es bueno para la resaca.

Si es que no tendría que haber salido. Maldito Rulo. Sí, una copa y vuelvo. Mis cojones. Perdí la cuenta de las que bebí. Si es que el cabrón organiza las mejores fiestas de Marbella.

Por suerte, Beatrice no se fue a ninguna parte. En el móvil, busco el contacto de mi hermano y le llamo. Estará cabreado, así que me preparo para una conversación tensión. Contesta al primer tono.

—Supongo que tendrás una explicación razonable para desaparecer —dice con una inquietante calma.

—Ha ocurrido un imprevisto.

Le cuento lo que ha pasado desde que llegué a Sotogrande hasta ahora, incluso donde estamos. Al terminar, resopla.

—No me jodas, Salvatore. ¿Cómo es posible? ¿En qué líos nos has metido? El plan solo era obtener toda la información posible sobre ella.

La cabeza me sigue jodiendo, pero me concentro porque tengo que dejar las cosas claras.

—Quiero que envíes a dos de nuestros mejores hombres a Ginebra para proteger a sus hijas.

—Esto se está descontrolando.

Le oigo suspirar. Sabe que tiene sentido lo que acabo de decir.

—Son niñas de doce años que no tienen la culpa de nada —añado para persuadirle—. Además, le he dado mi palabra. Tráelas a Marbella.

—¿Qué ganamos nosotros con todo este follón?

—Voy a sonsacarle todo lo que sabe sobre su padre.

—Hazlo ahora a cambio de que enviemos protección a sus hijas.

—No sabemos lo que ella realmente sabe. Le he dicho que nos interesa conocer solo los detalles del trabajo de su marido. Quiero que se confíe y baje la guardia. Es mucho mejor ser sutil.

Vincenzo guarda silencio. Se lo está pensando.

—Está bien. Lo haremos a tu manera... de momento —dice refunfuñando—. Otra cosa, hermano. Nos ha llegado una denuncia de la policía por parte del hotel de Sotogrande donde te alojaste.

—¿Una denuncia?

—No se pagó una factura por servicios de spa, manicura y peluquería. Tres mil euros. ¿Qué sabes de todo esto? Pensamos que es un error.

Caigo en la cuenta de que se trata de Patri quien contrató todo eso. Su manera de vengarse cuando intuyó que la había dejado plantada.

—Págalo. Es culpa mía.

—¿Me estás diciendo que te llevaste a uno de tus ligues al hotel?

—No lo planeé, surgió en el momento. Ella se quedaba en la habitación mientras yo inspeccionaba la casa.

—Pero ¿se puede saber que tienes en la cabeza? ¿Cómo se te ocurre poner en peligro la operación?

—No me sermonees, eres mi hermano no mi padre.

—Fuiste tú quien pidió más responsabilidad, y te lo tomas como si fuera una fiesta. A ver qué consecuencias nos trae tu fallo.

—Avísame cuando despegue el avión —digo y cuelgo.

Sí, vale, la cagué, pero no soy un niño pequeño. Vincenzo se cree el patriarca. Pues no lo eres, el patriarca es el padrino. Joder, se paga la factura del hotel y ya está. Será por dinero... Ni que saliera del bolsillo de mi hermano. Esto hace que me duela aún más la cabeza.

Voy hacia el dormitorio a buscar a Beatrice. Se alegrará, son buenas noticias para ella. Al abrir la puerta veo que está de espaldas mirando el jardín. No puedo evitar fijarme en su culo bien ceñido por los vaqueros. Apenas si me da tiempo para recrearme en la visión, porque se gira, expectante.

—Llama al internado —le digo—. Vamos a enviar a alguien a por tus hijas, y las traeremos aquí.

Suspira de alivio. Claro, se quita una preocupación de encima. Se nota que las quiere.

—Qué bien, gracias —dice sonriendo un poco.

La primera vez que la veo sonreír, aunque sea fugazmente. ¿Por qué me fijo en eso? Le entrego su móvil y al hacerlo sin querer le rozo la mano. Siento una pequeña descarga eléctrica. ¿Lo ha notado? Su cara no dice nada.

Apoyo la espalda en el armario empotrado y la observo. Busca el contacto, pulsa la pantalla y se pone el móvil en la oreja. Intercambios una mirada. Sabe que tengo que escucharla.

—*Bon jour* —dice en francés—. *Je suis Beatrice, la mère d'Elena et de Mónica Van Peters.*

Aunque no lo hablo, por el contexto entiendo más o menos el mensaje. Sí, se identifica y le dice lo acordado. Que irán a recogerlas para traerlas a Marbella. Añade que es debido a un problema familiar. La otra persona le estará explicando algo del protocolo del internado. Ella asiente con la cabeza.

Con la luz del sol, su belleza destaca mucho más. Una mujer sexy de esas que lo saben. Qué morbo. La deseo. Sí, la deseo desde que me senté a su lado en el avión. De repente, se detiene y se medio gira, como si la incomodara mi mirada. Se despide y cuelga.

—¿Qué te han dicho? —pregunto extendiendo la mano para que me entregue el móvil.

—Que no hay problema, pero que les envíe una autorización por escrito con el nombre de las personas que irán a recogerlas.

—Sin problema, te daré sus nombres. ¿Vas a hablar con tus hijas?

—Ahora están en clase de matemáticas. Cuando terminen, me llamarán al móvil.

—Estaremos pendientes —digo guardando su móvil en mi bolsillo—. Ahora vamos a desayunar. Estoy hambriento, ¿y tú?

—Sí, también.

—Vamos a salir, conozco un sitio muy bueno y discreto. Y no está lejos de aquí.

Le hago un gesto con la mano para que salga primero del dormitorio. En el pasillo, se detiene frente al otro dormitorio. Tiene un camastro pegado a la pared, y un pequeño gimnasio montado: bici estática, pesas y una esterilla. Por lo visto, Lorenzo se cuidaba.

—¿Con mis hijas aquí, cómo nos vamos a organizar? —pregunta.

—Ya pensaremos en algo —le digo sonriendo a escasos dos palmos de distancia de ella.

Frunce los labios y sigue caminando. La deseo. La deseo como nunca he deseado a una mujer. Va a ser mía, lo sé. La tendré en la cama las veces que quiera y después la destruiré.

CAPÍTULO 12

BEATRICE

El viaje en coche es corto. No ha llegado ni a los cinco minutos. Aparcamos justo al lado de una larga y empinada avenida. Pasa un autobús de línea con un estruendoso ruido. Hay bares y restaurantes.

—¿Todo esto sigue siendo Nueva Andalucía? —pregunto.

—Sí, es un barrio tranquilo. Esto es el centro, y más allá puedes encontrar mansiones y campos de golf.

—¿Cuánto va a durar todo esto? —pregunto intranquila.

—Supongo que unas semanas, Beatrice. Relájate. Conmigo estás segura.

Entramos en un bar pequeño, pero agradable. Salvatore dice que me siente y él se acerca a la barra. Saluda a uno con un abrazo muy efusivo. Parece que hace tiempo que no se ven. Parecen dos viejos amigos.

Lo intento, pero no dejo de pensar en lo que pasó ayer. A ver cómo les explico a las gemelas que se han quedado sin padre. Tendré que encontrar el momento adecuado y ser sincera. No fue mi intención. Solo quería huir de él. Aunque su padre no las quería, espero que no me odien el resto de sus vidas.

Salvatore se sienta y enseguida el camarero trae el desayuno. Café y tostadas con tomate y aceite de oliva. Me preparo una y le doy un buen mordisco.

—¿Está bueno? —pregunta Salvatore.

Asiento con la cabeza. El pan caliente es una de mis debilidades.

—Este es uno de mis desayunos favoritos —dice—. Algo sencillo pero riquísimo.

Comemos en silencio. No hay nadie más. Afuera, pasan coches, un cartero y gente paseando perros. Al darme cuenta de que me muevo nerviosamente las rodillas, las paro. Voy a intentar tranquilizarme. Estar atacada de los nervios no es lo mejor, no.

—Entonces, Beatrice, ¿qué pasó ayer con tu marido? Cuéntamelo.

Lo pregunta no como si fuera un interrogatorio, sino porque tiene verdadera curiosidad. Supongo que esa sonrisa hace que todo lo que diga parezca encantador e inofensivo.

—Hacía tiempo que quería dejarle por su adicción, y ayer fue el día —digo no sin esfuerzo—. Se suponía que iba a estar en una reunión, pero de repente Jan regresó a casa y me encontró con la maleta ya preparada. Vio la alianza en la mesa del salón y comprendió que le estaba dejando. Se enfadó pero aun así me fui. Lo tenía claro. Mi plan era llegar a Ginebra, recoger a mis hijas e ir a Italia, pero todo salió mal.

Tomo un poco de café, y hago un gesto de resignación con los hombros. Salvatore sigue

escuchándome. Su mirada gris plateada me abruma. Algo en ella hace que mis entrañas se remuevan. ¿Es una irresistible atracción hacia él lo que estoy sintiendo?

—Yo no quería... —digo y me quedo callada.

—¿Matarle?

—Le vi en el aparcamiento con la pistola y pensé que iba a dispararme. En casa nunca ha sido violento, pero tampoco le había visto tan enfadado. Solo quería escapar, no hacerle daño, aunque cuando me di cuenta él ya estaba en el suelo. Debí haber llamado a una ambulancia, pero me entró miedo. Pensé en mis hijas —digo y tomo otro sorbo de café.

Pone una mano sobre la mía, pero al sentir su piel enseguida la aparto. Él hace como que no se da cuenta.

—Fue un impulso, se me nubló la mente —digo notando un cosquilleo en la mano que él acaba de tocar.

—Joder, tenía una pistola. Iba directo hacia ti, cualquiera hubiera reaccionado igual.

—Lo que pasó me acompañará toda la vida —digo y chasqueo la lengua.

—Puede ser, pero una cosa es que te acompañe y otra que te destruya. Sé bien de lo que hablo —dice y en su tono de voz creo intuir un pasado turbulento.

—¿Y qué hacías tú en el aparcamiento?

—Investigando a Jan. Sabíamos que era un alto mando dentro de la mafia holandesa. Queríamos saberlo todo de él antes de actuar.

—¿Ibais a matarlo? —pregunto abriendo los ojos, sorprendida.

—De momento no, solo queríamos recabar información. Tenemos que estar atentos a todo lo que sucede en la Costa del Sol, desde Málaga hasta Algeciras. Cuanto menos sorpresas, mucho mejor.

—Sí, lo mismo que él y su hermano. Querían proteger sus rutas de la droga para que nadie se las toque.

Me sacudo las migajas de los dedos sobre el plato. ¿Estoy teniendo una conversación normal y corriente con él? Le estoy contando mis problemas a alguien que acabo de conocer. Estoy flipando, la verdad.

—¿Quieres más? —pregunta Salvatore.

Antes de que pueda responder, llaman a mi móvil. Salvatore, que lo tiene, me muestra la pantalla. Aparece un número de Ginebra.

—Tienen que ser mis hijas —digo.

Me entrega el móvil y contesto.

—¡Amores!

—Hola, mamá —dicen Mónica y Anna a la vez—. ¿Qué ha pasado? Nos dice la directora que vamos a casa.

Suenan preocupadas. Tengo un nudo en la garganta, pero no puedo quedarme callada.

—Nada grave, solo que os echo de menos —digo sobreponiéndome a la emoción—. Me apetece estar con vosotras unos días, ¿vale?

—Vale —dice Mónica.

—Escuchadme, es importante. Van a ir unos señores a por vosotras. A mí me gustaría ir, pero no puedo.

—¿Unos señores? —pregunta Anna.

—Son amigos de la familia —digo improvisando para que no se inquieten—. Os van a traer en avión a Gibraltar.

—¿Nos llevamos todas nuestras cosas, mamá? —pregunta Mónica.

—Sí, toda la ropa. Haced las maletas y que no se os olvide nada. Mirad bien debajo de la cama antes de marcharos, los armarios, todo, ¿vale?

—Vale, mamá.

—Os quiero, hijas.

—Y nosotras —dice Anna.

Cuelgo. Me pellizco el labio inferior. Aún no me creo que esta noche estaremos juntas las tres.

—¿Hace cuánto que no las ves? —me pregunta Salvatore.

—Desde Navidades —digo y suspiro—. Vinieron un par de semanas, y fue horrible. Jan estaba en otro mundo, cada vez más pasado. Me las llevaba casi todo el día fuera. Lo peor era tener que explicarles que papá estaba "enfermo", ya sabes.

—¿Por eso enviaste a tus hijas al internado?

—Sí, los problemas de adicción a las drogas de Jan venían de lejos y el ambiente en casa se estaba volviendo muy malo para ellas —digo y me viene a la mente a Jan esnifando delante de ellas—. Se me partió el corazón cuando las vi marcharse, pero era lo mejor. Perdona, te estoy contando mi vida.

—Nada, no te preocupes —dice sonriendo—. Si necesitas hablar, cuenta conmigo. Soy todo oídos.

—Gracias, Salvatore —digo consciente de que pronuncio su nombre por primera vez—. Tengo que escribir la autorización y enviarla. Voy a hacerla en el móvil.

—De acuerdo. Aprovecho para pagar y he estado pensando que vayamos ahora a comprar muebles para el dormitorio.

—¿De verdad?

—Claro, quiero que estén cómodas —dice y se dirige a la barra, donde su amigo le espera con el datáfono en la mano.

Me quedo un instante mirándole entre intrigada y desconfiada por la amabilidad de Salvatore. Tiene una voz muy sexy, y todo mi cuerpo vibra cuando la oigo. Sacudo la cabeza, como si quisiera quitarme ideas estúpidas que me vienen de repente.

CAPÍTULO 13

SALVATORE

Llegamos en coche al estacionamiento de unos grandes almacenes. Los mejores de Marbella, cerca de Puerto Banús. Aquí es donde solemos comprar todo. Cada vez que la familia Barone quiere algo, nos ponen la alfombra roja.

¿Y la resaca? Cada vez mejor. Si es que soy de lo que no hay. Solo iba a tomarme una copa y acabaron liándome... Como se entere la familia que me fui de fiesta dejando sola a Beatrice, me matan. No, esto no puede seguir así.

—¿A dónde vamos? —pregunta Beatrice—. No conozco estos almacenes.

—A atención al cliente, vamos a pedir un *personal shopper*. Será más cómodo y no tendremos que esperar mucho. Le diremos lo que queremos y nos ayudará.

Y además les diré que lo carguen a la cuenta familiar. Diez minutos después, nos presentan a Juan, un joven trajeado de ojos amables que habla italiano. Le digo que queremos amueblar y montar un dormitorio completo para dos niñas de doce años. Que sea para hoy mismo.

—Por supuesto, Srs. Barone —dice con una ligera inclinación de cabeza, mirándonos—. Por favor, síganme.

Caminamos detrás de Juan por un largo pasillo. A cada lado, están las secciones de ropa y complementos.

—Se cree que somos matrimonio —le digo a Beatrice por lo bajo.

—Ya me he dado cuenta —dice arqueando una ceja.

Durante unos diez minutos, Juan va tomando nota de las camas, cabeceros, estanterías, lámparas, mesitas de noche que Beatrice va eligiendo. Yo solo soy un mero espectador y disfruto con eso. Observo cómo ella habla, cómo gesticula y cómo trata a Juan. Al que, por cierto, se le cae la baba.

Una parte de mí admira la entereza que Beatrice está mostrando, a pesar del grave problema en el que se encuentra. Pero enseguida recuerdo quién es y lo que quieres de ella. Y sobre todo lo que hizo su padre. No puedes sentir nada más que deseo de venganza. No dejes que las emociones se interpongan. Para que se confíe tienes que ser cálido por fuera, pero frío por dentro.

Al agacharse sin doblar las rodillas para ver de cerca un somier, Beatrice sin querer marca su trasero de una manera sexy. Cazo a Juan mirándola.

—Oye, ¿qué coño haces? —le espeto.

—Nada, perdón, perdón —dice dando un paso atrás, avergonzado.

Beatrice se incorpora y nos mira desconcertada.

—Mucho ojo, no te lo voy a decir una segunda vez —le amenazo a un palmo de su cara.

—Su esposa tiene buen gusto, Sr. Barone —dice Juan ruborizado y sonriendo como un buen comercial para apaciguar mi ánimo.

—Mi esposa es una crack —digo muy serio.

Mientras Juan prepara los documentos para el pago y que vayan a montar todo a casa, me fijo en que Beatrice está ensimismada.

—¿Qué ocurre? ¿En qué piensas? —le pregunto.

—¿Eh? Nada, estaba en mis cosas —dice entornando los ojos—. Al ver los colchones, me estaba acordando de una trastada de mis hijas.

—¿Ah, sí? —digo invitándola a compartir.

—Las muy locas decidieron un día que quería acampar por la noche en la terraza. Debían de tener unos diez años o así. Sin decirme nada, cogieron los colchones y los arrastraron fuera. Después se ve que se cansaron y acabaron durmiendo en el salón, pero dejaron los colchones fuera —dice sacudiendo la cabeza—. Esa noche llovió y a la mañana siguiente, los colchones estaban empapados. Las castigué sin YouTube un día entero.

—Qué cruel eres —digo con ironía.

—¿Tienes hijos?

—No, gracias —digo haciendo un mohín de disgusto.

—Cuando los tengas, me entenderás.

—¿Las tuviste muy joven, no?

—Con diecinueve años. Me casé con Jan porque mi familia arregló el matrimonio.

—Un matrimonio concertado...

Inspira y suelta el aire como si dejara liberar un montón de malos recuerdos.

—Sí, gracias al tiempo que da la madurez he aprendido que eso no lo voy a querer para mis hijas.

Juan interrumpe para informar de que ya está todo listo, y de que los operarios irán por la tarde a montar la habitación. Firmo la factura y la orden.

—Ha sido un placer, Sr. y Sra. Barone —dice entusiasmado, pero yo ni le miro.

—Gracias, Juan —dice ella.

Unos minutos después, salimos al aparcamiento y caminamos hacia el coche.

—¿Qué ha pasado antes con Juan? —me pregunta.

—Nada, que te ha mirado mal —respondo sin darle importancia.

—Parecía que estabas dispuesto a pegarte con él —dice mirándome con recelo.

—No me hubiera importado patearle el culo —digo y apretando la llave quito a distancia el seguro de la puertas.

Subimos al coche y salimos de los grandes almacenes. Nos incorporamos al tráfico de la autovía. Enseguida hay que desviarse para entrar en Nueva Andalucía.

—Gracias por hacer que mis hijas estén más cómodas —dice Beatrice.

—De nada —digo sonriendo.

Casada por obligación a los diecinueve años, joder. Si Jan tenía ahora unos cincuenta, quiere decir que se llevaban unos veinte. Buf. Ha de ser duro para ella, y para él todo un triunfo. Lucir una esposa como Beatrice, un bellezón, causaría la envidia de muchos.

A unos cien metros, en una rotonda veo un par de coches patrulla de la policía. Mierda, un control.

—¿Será por mí? —pregunta Beatrice, frotándose nerviosa las manos en los pantalones.

Cuento el número de agentes y evalúo dar media vuelta. Lo descarto enseguida, ya es

demasiado tarde. Llamaría la atención.

—No tiene por qué —digo para tranquilizarla—. A veces hacen controles aleatorios. Buscan armas, droga, lo que sea. Quieren enviar el mensaje de que están pendientes de nosotros.

—Como me detengan... —dice agobiada—. La policía será el menor de mis problemas. Ruud se enterará de dónde estoy.

—Calma.

Le cojo de la mano y aprieto un poco. Espero a ver su reacción. ¿La apartará como la otra vez? No, la mantiene. Bien, no la suelto y busco su mirada, pero ella está pendiente de la policía. Acaricio su piel con el pulgar sintiendo una inmediata y cálida suavidad.

Su abundante cabello moreno y rizado se agita un poco por la brisa que entra por la ventanilla. Su expresión es la de alguien que se enfrenta a un desafío con valentía y eso la embellece aun más.

Uno de los policías me hace una seña para que detenga el coche a un lado. Manteniendo la serenidad, obedezco y antes de que se acerque compruebo que el pantalón tapa bien la pistola. La llevo en la pantorrilla, enfundada. Nunca se sabe.

—Buenos días, documentación —dice el agente uniformado, que lleva gafas de sol.

—¿Hay algún problema? —pregunto haciéndome el sorprendido.

—No, documentación —insiste sin dar más explicaciones.

—Por supuesto.

Le entrego mi DNI español y el pasaporte falso de Beatrice. El policía los examina con mucha atención. Silencio tenso. ¿Cuáles son las posibilidades de que justo hoy hagan un control en Nueva Andalucía?

Me entrega la documentación y en mi interior noto un profundo alivio.

—Abra el maletero —ordena el agente.

Joder. El alivio no ha durado nada.

Quizá sin Beatrice daría un poco de guerra al policía, porque tiene algo de humillante este control. Pero no sería inteligente hacerlo ahora. Salgo del coche y abro el maletero. El policía echa una ojeada rápida y asiente con la cabeza.

—Puede marcharse —dice entregándome la documentación.

Subo al coche y reanudamos la marcha. Beatrice echa la cabeza hacia atrás y suspira. Después sacude la cabeza y se cruza de brazos mirando por la ventanilla. Lo ha pasado realmente mal.

—Estaba temblando —dice agarrando el bolso contra su pecho.

—No se ha notado, te felicito por tu actuación.

—El corazón me late superrápido.

Compruebo por el retrovisor que no viene nadie por detrás, muevo el volante hacia la derecha y nos paramos en un lado de la calle. Me quito el cinturón y me inclino hacia ella.

—Escúchame, Beatrice.

Lentamente poso mis dedos sobre su barbilla y alzo su cara para que me mire.

—Tranquila, ya ha pasado —digo transmitiendo seguridad—. Te prometo que esta noche vas a recibir a tus hijas en el aeropuerto. Confía en mí.

En sus ojos va desapareciendo la angustia. No quiero apartar la mano todavía. Quiero más de ella.

—¿Vale? —insisto.

Ella asiente con una leve sonrisa.

—Vale —susurra.

Aganto todo lo que puedo el intenso roce en su barbilla. Sus labios se ven tan carnosos, húmedos y apetecibles que lucho conmigo mismo para no besarla ahí mismo. Ella se da cuenta y baja la mirada.

Con la adrenalina aún recorriendo mis venas, vuelvo a mi postura normal. Me pongo el cinturón y arranco el coche. En medio del silencio, noto en el aire aún una energía cargada de electricidad.

CAPÍTULO 14

BEATRICE

Al salir de la ducha, me visto con la ropa que compré en el aeropuerto. Una blusa blanca de algodón y unas mallas cómodas para estar en casa. Siento un hormigueo al recordar que vendrán mis hijas muy pronto. Nervios, excitación, incertidumbre... Consulto la hora. ¿Cuánto queda para que lleguen? Mira, mejor ni lo pienso.

La voz de Salvatore me llega desde el porche. ¿Otra vez hablando por el móvil? Recuerdo la escena en la tienda. Se encaró con el vendedor de una manera que tuve miedo de que pasara algo grave. ¿Qué es lo que hizo, mirarme el culo? Lo hacen todos los hombres. Pero su reacción no me la esperaba. Esa mirada furiosa... ¿Hubiera sido capaz de verdad de darle una paliza? Creo que está un poco loco.

Además, me extraña que aún no me haya hecho ninguna pregunta sobre los negocios de Jan. Será que no tiene prisa por obtener la información. En fin, ya encontrará el momento.

Cuando lleguen Mónica y Anna, ¿dormirá en el salón?, ¿no tiene un lugar más cómodo? Una familia con tanto dinero... No sé, hay algo que no me encaja, pero son tantas cosas que están pasando que no me he parado a pensar con calma. Salvatore aparece como un ángel de la guarda para protegerme de Ruud y la policía, a cambio de los secretos de Jan.

No sé si he hecho bien en aceptar sus condiciones, pero ¿tenía alguna opción? En el avión me tendieron una emboscada. Suspiro y me entretengo ordenando el dormitorio. Sigo oyendo a Salvatore murmurar. Supongo que tendrá una novia o varias. A veces me mira de una forma... Nunca me han mirado así, con ese brillo en los ojos de deseo.

Deja de pensar en él, Beatrice.

No puedo. Qué atractivo es y esa manera de caminar, con tanta confianza en sí mismo. Tiene algo especial, sí. Un carisma que lo hace irresistible. De repente, me viene a la mente el control policial de antes. Un gesto que hizo con la mano. ¿Lleva un arma encima? Sí, seguro. Igual que Jan.

Unos minutos después voy al porche. El sol lo ilumina todo y acaricia el hermoso rostro de Salvatore, que está sentado en una silla de jardín.

—¿Qué tal esa ducha? —pregunta.

—Quería comentarte una cosa —digo evitando mirarle para que no note que su físico me impresiona.

—Lo que sea, te escucho.

—¿Llevas una pistola en la pantorrilla, verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Crecí en una familia mafiosa, mi padre llevaba siempre una pistola de calibre corto guardada. Ya sabes, por si acaso. Al ver que se acercaba el policía y te mirabas el bajo del pantalón, lo intuí.

Inclina un poco la cabeza hacia un lado, y curva los labios formando unos hoyuelos en las mejillas. Guapo a rabiar, sí.

—Es cierto —dice y se sube el pantalón.

La empuñadura sobresale de la funda, que está sujeta a la pierna por encima del calcetín.

—Es una USP compact —digo al reconocer el color plateado.

Salvatore se queda boquiabierto.

—¿Sabes de armas? —pregunta con un tono entre la sorpresa y la admiración.

—He aprendido algo a fuerza de oír marcas y calibres en las conversaciones.

—¿Cuál tenía Jan?

—Una Beretta.

—¿Y tu padre?

—Más clásico. Smith & Wesson. Bueno, al menos cuando vivía con él, que de eso hace mucho.

—Tu padre es una leyenda en Sicilia.

Asiento con la cabeza lentamente.

—Temido por todos, sí, por eso tiene una larga lista de enemigos —digo dándole la razón.

—Hace tiempo que no oigo nada sobre él.

—Eso es bueno. Está manteniendo un perfil bajo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace tiempo, el día de mi boda con Jan. No sabía que iba a ser la última vez, pero a este paso es lo más probable. ¿Qué sabes de él?

—Poca cosa, que fue muy poderoso y sanguinario. Construyó un imperio de la nada dejando muchos cadáveres a su paso, incluidos políticos, fiscales y jueces. Parece que no dejó a nadie vivo.

—Sí, digamos que es un duro hombre de negocios.

—Mi padrino también. Al igual que el tuyo, ha construido un imperio pero en la Costa del Sol. Salimos de Catanzaro con lo puesto, pero poco a poco se hizo con el control, y ahora tiene una posición de privilegio.

—¿Y tus padres se quedaron en Italia?

—Murieron asesinados. Víctimas de la guerra entre bandas por el poder en la ciudad. Yo tenía unos dieciocho años.

—Lo siento mucho, qué joven para esa tragedia.

—Pues sí, fue un duro golpe para mi hermano y para mí. Pero ya forma parte del pasado —dice con resignación—. Escucha, Beatrice, cambiando de tema, quiero pedirte disculpas si te sentiste incómoda en la tienda.

No puedo evitar que su arrepentimiento me enternezca un poco. La primera vez que le veo un rayito de vulnerabilidad.

—Está bien —digo sonriendo.

—Me dejé llevar por un impulso de rabia.

—Pensé que le ibas a golpear.

—Me entraron ganas, la verdad. Para qué mentirte. La manera en que te miró la tengo grabada aquí —dice señalándose la frente—, pero eso es mi problema, no el tuyo.

—A las mujeres no nos queda otra que acostumbrarnos a las miradas de algunos hombres

que no se cortan un pelo.

De repente, le llaman al móvil. Se levanta y se marcha al salón. Curvo los labios en una sonrisa. Sus disculpas dicen algo bueno de él, pero mi parte racional exige que no me ablande.

No, no voy a sucumbir a sus encantos, a su cuerpo fibroso ni sobre todo a su sonrisa matadora. Tengo que mantenerme serena delante de las gemelas, cumplir con mi parte y marcharnos a Italia lo antes posible. ¿Cómo me recibirá mi familia después de tanto tiempo?

CAPÍTULO 15

SALVATORE

Pedimos comida india a domicilio. Mejor quedarnos en casa, hasta la hora de marcharnos al aeropuerto a recoger a sus hijas. Apenas diez minutos después, llaman a la puerta y me la entregan. El repartidor dice que tenga cuidado porque está caliente. Le pago incluyendo una generosa propina y se marcha.

—Estoy hambriento —le digo a Beatrice poniendo la comida en la encimera—. ¿Y tú?

—También —dice levantándose del sofá del salón—. Voy a poner la mesa.

—No sé si habrá manteles y cubiertos. Busca en los cajones.

Mientras voy sacando la comida de la bolsa, ella los va abriendo y sacando las cosas.

—Huele muy bien —dice ella—. Ah, mira, aquí también hay un mantel.

—Ya verás cuando pruebes el pollo tikka massala, te vas a chupar los dedos —digo abriendo la tapa a uno de los recipientes—. Esto debe de ser tu curry con gambas y zanahoria.

Sirvo la comida en varios platos. Beatrice pone el mantel sobre la mesa del salón, y después las servilletas y cubiertos. Llevo los platos y los boles de arroz blanco. Casi se me olvida las latas de cerveza. Bien, están heladas.

Me siento al lado de ella. Le planto la cerveza delante y se queda un instante como dudando.

—¿Quieres un vaso? —pregunto levantándome—. Te lo traigo.

—Gracias —dice cuando regreso de la cocina y pongo el vaso a su lado.

Empiezo atacando el pollo al tiempo que oigo un rugido en mi estómago. No sé cómo he aguantado tantas horas sin comer. Los días de resaca tengo el hambre de un león.

—Buen provecho —dice ella.

Me pilla de improviso. No es costumbre en los Barone decir eso.

—Buen provecho —repito con la comida ya en la boca, pareciendo un paleta.

Beatrice come con calma. Me pilla mirándola. Hago como si nada y continuo llenando el estómago con el pollo. Si supiera que muero de ganas por hundirme en ella, en su apetitoso cuerpo femenino.

—Está muy bueno —dice limpiándose con la servilleta—. Hacía tiempo que no comía comida india.

—Yo al menos una vez por semana. Me lo ha recomendado el médico —digo con ironía.

—Claro, estás creciendo, ¿verdad?

Sonrí con su puya. Me sirvo más arroz blanco y se lo ofrezco, pero con un gesto de la mano dice que está llena.

—¿A qué hora vienen a montar el dormitorio? —me pregunta.

—Después de comer —digo y tomo un trago de cerveza—. Espero que estén cómodas, si necesitan algo más se compra y listo.

—A ver qué dicen, aunque eso es lo que menos me preocupa. Tendré que explicarles lo de Jan, y no será fácil.

—¿Has pensado en lo que vas a decirles?

Inspira profundamente. Será un momento muy jodido.

—Que su padre ha tenido un accidente y que ya no está con nosotras, que ha muerto. Con el tiempo, iré diciéndoles más cosas, pero de momento solo eso. También les diré que no van a volver al internado, claro.

—¿Cómo crees que se lo van a tomar?

—Lo del internado, bien. No les gusta mucho, son muy estrictos, además echan de menos el sol de Andalucía —dice encogiéndose de hombros, como si fuera lo normal.

—¿Y lo de Jan?

Mira hacia el jardín como si allí flotara la respuesta. Se nota que quiere a sus hijas y está preocupada.

—No lo sé, era muy distante con ellas. Para él lo primero eran los negocios. Supongo que se quedarán en shock, después habrá que ir viendo. Ellas, a su manera, dirán lo que necesitan.

—A esta hora ya estarán preparando las maletas.

Ella consulta su reloj de pulsera. No está mal, bañado en oro. Gustos caros, me gusta su estilo.

—Aún no, creo que ya habrán almorzado hace horas y estarán acabando las últimas clases de la tarde. Qué ganas de que estén ya aquí. ¿A qué hora vamos al aeropuerto?

—Un par de horas antes que aterricen. Por cierto, pásame una lista con la comida que vas a necesitar para que mis hombres vayan al supermercado.

—De acuerdo, gracias.

Terminamos de comer y recogemos los platos en silencio. En este silencio, ¿es posible que sienta un pequeño vínculo entre nosotros? No, seguro que son imaginaciones mías.

Parecemos una pareja y eso me hace sentir raro. Muchas han querido que viviera con ellas, pero siempre encontraba excusas para no dejar la casa de mis padrinos. Entonces rompían conmigo. Qué culpa tengo si me gusta mucho la vida que llevo. Ser soltero es lo mejor del mundo.

En el móvil me llega un mensaje de Rulo. A ver qué quiere.

¿Cómo llevas la resaca?

Bien, ¿y tú?

Con aspirinas. Esta noche, pásate que hay montada otra fiesta espectacular.

Ni de coña.

Te has vuelto loco? Estará lleno de alemanas salidas!

Resoplo y guardo el móvil. Ese cabrón, cómo sabe mi punto débil. Pero no, esta noche es importante. No puedo liarme otra vez. Salvatore, concéntrate.

—Beatrice, aprovechando que aún no están tus hijas, vamos a hablar del negocio de Jan.

Tengo una serie de preguntas.

—Vale —dice mientras friega los platos y cubiertos.

—Sentémonos en el sofá.

Si estoy más tiempo sin preguntarle nada, igual sospechará algo. De todas formas, lo que me pueda decir ahora quizá lo aprovechemos para futuros negocios. Ella se sienta con un brazo apoyado en el respaldo. Cada vez la veo más relajada conmigo.

Le pregunto sobre cuáles son los planes que tienen los holandeses para la Costa del Sol. Se queda pensando, y creo que sin darse cuenta la punta de su lengua asoma encima del labio superior. Parece su gesto para pensar.

—Creo que quieren abrir una nueva ruta de la droga —dice.

—Interesante...

—Desde Brasil hasta el puerto de Málaga, con escala en Casablanca.

Voy anotando en mi móvil. Mi familia estará encantada con esta información. Otro punto para Salvatore.

—Tienen un par de cojones, tengo que admitirlo —digo.

—Por lo que escuché una vez, esa ruta no está muy vigilada. Primero, querían enviar un cargamento pequeño y ver qué tal.

—¿Sabes la fecha?

Niega con la cabeza.

—Lo tendrá anotado en su móvil. Él siempre lo anotaba todo, desde que tuvo problemas de adicción su memoria fallaba —dice y niega con la cabeza—. El pobre estaba fatal.

Chasqueo con la lengua.

—Ahora la policía lo tendrá custodiado. No vamos a tener acceso a él.

Llaman a la puerta. Deben de ser los instaladores de la tienda. Me levanto y les abro la puerta. Son dos hombres de unos cuarenta años vestidos con monos de faena. Detrás de ellos hay una furgoneta con el logotipo de los grandes almacenes. Les digo que pasen.

Al ver a Beatrice estudio sus reacciones. Como me esperaba, se les ve impresionados por su belleza. Noto un hormigueo muy molesto. Seguro que le echarán miraditas. Será mejor que me vaya al jardín para no meterme en líos. Ella se encargará de todo. Tengo que evitar montar otra escena estúpida.

Joder, cómo deseo a esa mujer. Me estoy poniendo malo.

CAPÍTULO 16

BEATRICE

Mientras los operarios van recogiendo cartones, herramientas y bolsas acolchadas, voy repartiendo los cojines de colores en las dos camas. Que haya el mismo número para que las gemelas no discutan. Estoy deseando que descubran cómo ha quedado su cuarto.

Los cabeceros tapizados me encantan, ese tono ocre le da un toque distinto y creativo. La alfombra bicolor es una preciosidad y las guirnaldas transmiten un aire desenfadado. Hemos cuidado todos los detalles, hasta la lámpara del techo. Les encantará.

Los escritorios son una maravilla. Las dos estanterías son sencillas pero robustas. Que pongan lo que quieran, libros, juegos o fotos. Con los muebles y la luz que entra de la calle, ahora es la mejor habitación de la casa.

—¿Y su marido? —dice uno de los operarios—. Nos tiene que firmar la orden.

Otro que se cree que estamos casados.

—Es que está a su nombre —aclara su compañero.

Sí, mejor que firme él. Salgo del dormitorio y llamo a Salvatore, que viene enseguida. Los operarios le entregan el documento y hace un garabato.

—Si necesitan cualquier cosa, llámenos —dice el que parece el jefe.

—A sus hijos les gustará cómo ha quedado —dice su compañero.

Qué manía con confundirnos que somos un matrimonio.

—Seguro que van a alucinar —dice Salvatore, siguiendo el juego.

Mi *marido* saca su cartera y les entrega un billete como propina. Después les acompaña hasta la puerta, donde les estrecha la mano y los despide. Les vemos dirigirse a su furgoneta.

—Vaya, parece que hacemos una buena pareja —dice sonriendo con arrogancia.

Le dedico una mirada como si dijera una locura, y después regreso al dormitorio. Sí, las imagino sentadas en su escritorio haciendo los deberes o leyendo.

—¡Cuidado! —dice Salvatore por detrás.

Al girarme, una de las estanterías se viene hacia mí. Cuando voy a reaccionar, él ya me ha apartado cogiéndome por la cintura. El mueble cae provocando un estruendo. No es que haya sido una cuestión de vida o muerte, pero me he librado de un buen coscorrón.

—¿Estás bien? —me pregunta sin soltarme de la cintura.

Me quedo sin habla. Nunca he estado tan cerca de su cara, apenas a unos centímetros. Sus facciones perfectas resaltan mucho más, causándome una peligrosa falta de aire.

Curva sus labios en una pérfida sonrisa que deja claro que sabe lo que está pasando entre nosotros. Dios, sus labios son un pecado mortal. De repente, el aire se carga de una energía de

irresistible atracción. Quiero apartarme pero mis hormonas lo impiden. Salvatore es un peligro, incluso se puede decir que me ha secuestrado, pero su efecto en mí es de estar completamente hipnotizada.

Como mucho, consigo poner mis manos sobre las suyas invitándole a soltarme, pero no lo hace. Las noto pegadas a mí, traspasando la ropa y dejando una ardiente huella en mi piel.

—Sí, estoy... bien —digo pero oigo mi voz temblorosa como si fuera de otra persona.

Mi cuerpo pide sexo a gritos después de una sequía horrible con Jan, casi un celibato, pero mi mente dice que no. Sus ojos centellean avisándome de su siguiente movimiento de seducción. Se inclina para besarme y noto mi corazón encogido por una décima de segundo.

Mi mente gana y logro apartarme. Pienso que me soltará, pero no, me sigue agarrando de la cintura mientras su boca conquista mi cuello.

—Te deseo desde que te vi en el avión —susurra como un encantador de serpientes.

Sal de ahí, Beatrice. Por lo que más quieras. Es muy fácil, solo un paso hacia atrás.

No, no puedo moverme, me tiene atrapada. Con una mano me toma por la mejilla y alza mi cara hacia él. Vuelve a sonreír disfrutando con su poder. Mis pechos, mis rodillas, mi sexo tiemblan como la gelatina.

Se inclina otra vez y ahora callo a mi mente y dejo que me bese. Sus cálidos labios sobre los míos. Un beso oscuro y sensual absorbiendo su intenso sabor a macho alfa. Su ávida lengua me arrasa, conquista, no hace prisioneros. Dios, qué bien besa. Un maestro. Quiero más, quiero sentirme así, deseada. Hace años que no sé lo que es.

Pero mi mente interfiere otra vez y hace que me aparte bruscamente. No, todo esto no debería ser así.

—No, Salvatore, está mal —digo a duras penas.

—Beatrice, lo deseas tanto como yo.

—No es verdad —Miento.

Por suerte, doy un paso tras otro hacia mi dormitorio. A pesar de que el efecto de su beso me deja noqueada, consigo alejarme. Al entrar cierro de un portazo y apoyo la espalda, como para que no intente entrar. El corazón palpita salvajemente. ¿Noto los pezones duros? Sí, lo están. Mi cuerpo sigue revolucionado. Parece que se ha despertado después de tantos años sin un mísero polvo.

¿Dónde está? ¿Qué va a hacer? ¿Va a intentar algo más? Sabía que Salvatore es de esos hombres que toman lo que quieren. Qué diferente a Jan. Nunca me había sentido este calor, la falta de respiración y con el sexo húmedo solo de pensar en él.

Si se enterara, Jan se revolvería en su tumba. No sé por qué pienso en Jan ahora. Sigo casada pero soy su viuda. Y también su asesina. No, no seas tan dura contigo misma. Nunca tuve la intención de matarlo. Su cuerpo aún caliente y yo fantaseando con otro. ¡Y mis hijas a punto de llegar!

¿Qué hago ahora?

Voy a ducharme. El agua fría me sentará bien. Me quitará este intenso calor de mis entrañas.

—Beatrice —dice Salvatore desde el pasillo.

—Vete, me voy a duchar —digo y me pellizco el labio inferior.

—Abre, joder, tenemos que hablar.

Gira el pomo varias veces, así que echo el pestillo.

—No quiero hablar.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo, vivimos juntos.

«Vivimos juntos» ha dicho. Maldito seas, Salvatore.

—Esta noche vienen mis hijas, ¿qué van a pensar de mí?

—No se van a enterar.

Será mejor que deje de escucharle. Antes de que me convenza, me refugio en el baño, que cierro también con el pestillo. Abro los grifos, me desnudo con rapidez y me coloco bajo la alcachofa. El agua cae sobre mi pelo y poco a poco voy recobrando la cordura. Lo que tengo que hacer es centrarme en ser un apoyo para las gemelas. Eso es lo único que importa, que salgan bien de este bache.

CAPÍTULO 17

SALVATORE

En el aeropuerto privado de Gibraltar, estamos cuatro gatos y eso es bueno. Cuanta menos gente a nuestro alrededor, mucho mejor porque llamamos menos la atención. Las gemelas aparecerán por esa puerta de un momento a otro. Según nos consta, el vuelo salió a su hora desde Ginebra y está a punto de aterrizar.

Beatrice parece serena, pero seguro que está deseando abrazarlas. Benito y Máximo, nuestra escolta, no le quitan ojo de encima. Al principio, dejaré a Beatrice espacio para que pueda hablar a sus hijas con privacidad.

Por ahí se acerca Vincenzo. Dijo que vendría por su cuenta. Le hago un gesto para que hablemos fuera del alcance de Beatrice. Buscamos un lugar lejos de oídos indiscretos.

—¿Alguna novedad? —me pregunta.

El increíble beso con Beatrice, pero decido guardármelo. Si se lo cuento a Vin, me mata.

—Tengo información sobre los planes de los holandeses en la Costa del Sol. Además, me ha dado el nombre de algunos testaferros que usaba su marido para gestionar operaciones legales —digo y le enseño mi móvil—. Lo tengo todo aquí anotado.

—Una información que será útil, pero ¿y de lo otro?

—Me dijo que hace años que no ha visto a su padre, pero puede estar mintiendo.

—¿Es ella, no? La morena de rizos —pregunta alzando la barbilla hacia Beatrice.

—Sí.

Asiente con la cabeza mientras la sigue mirando. Beatrice sigue a lo suyo, esperando que sus hijas salgan por la puerta.

—Con las niñas aquí, pasamos a la siguiente fase. Hablar con los Spinazzo usando un intermediario, informarles de que tenemos a las tres en nuestro poder y de que queremos intercambiarlas por el patriarca.

—Es un error, Vin.

—¿Por qué?

—Es declarar la guerra abiertamente. ¿Vamos a exponer nuestras cartas para que después ellos se venguen en el futuro? Piensa en Daniele y Elena —digo tocando su punto débil—. Tengo a Beatrice comiendo en la palma de mi mano, pronto sabré sus secretos y entonces llegaremos a su padre, lo matamos y cumplimos la venganza en silencio.

Vincenzo se queda callado.

—Todo está cambiando muy rápido, hermano —insisto—. Quiero hacerlo a mi manera. Recuerda que tú me encargaste la misión, por lo tanto, soy el responsable.

—Sí, y la cagaste llevándote a un hotel a una de tus novias. ¿Cómo sé que ahora vas a centrarte?

—Esto es diferente. Además, Patri ya es historia. No va a molestar —digo con firmeza.

Pensativo, Vin se cruza de brazos y mira otra vez a Beatrice.

—Está bien. Como no obtengas resultados pronto, intervendremos y seguiremos mi plan.

—No te preocupes, los obtendré. Ella está con la guardia baja —digo y me acuerdo de una cosa—. Necesito que estéis pendientes por si su cuñado intenta algo.

—Vale, estaremos atentos por si detectamos movimientos sospechosos de la mafia holandesa. Si no te digo nada, es que está todo en calma.

—No nos podemos fiar. Vin.

Un grito de repente nos llama la atención. Mi primer impulso es sacar la pistola, pero enseguida me doy cuenta de lo que está pasando. Las hijas de Beatrice han llegado y gritan de alegría. Vin y yo observamos el abrazo entre las tres. Una de ellas lleva gafas, la otra no. Menos mal, así podré distinguirlas. La cara de Beatrice es de pura felicidad.

—¿Qué sabes de la policía? —pregunto a Vin.

—No tienen ni idea de quién se cargó a Jan. Siguen buscando a Beatrice.

—Jamás van a sospechar que está con nosotros. Y encima, Ginebra no va a facilitar datos a la policía sobre sus hijas, son famosos por su secretismo.

—El juez ha decretado secreto de sumario, pero algunos detalles se filtran a la prensa. Ahora mismo están investigando todo el pasado de Van Peters.

Beatrice no para de abrazar a sus hijas. Tengo la sensación de que no querrá volver a separarse de ellas. Hay algo en esa imagen que me produce un cosquilleo en el estómago. ¿Por qué será?

—Tendrán para largo —dice refiriéndome a la policía—. Ese hombre llevaba viviendo décadas en la Costa del Sol.

Acompañadas de Benito y Máximo, Beatrice y sus hijas se dirigen a la salida tirando de sus maletas. Llevan también mochilas. Nos acercamos y presento mi hermano a Beatrice. Se estrechan la mano.

—Encantada —dice Beatrice.

—Si necesitas cualquier cosa, nos lo dices —dice Vin sonriendo.

—Muy amable —dice ella también con una sonrisa.

Tengo una punzada de celos, pero me sobrepongo. No recuerdo una inquietud igual con otra mujer.

—¿Cómo ha ido el vuelo, bien? —les pregunta a las gemelas.

Las dos asienten con la cabeza. Joder, si es que son como dos gotas de agua. No parecen muy cansadas. ¿Quién será Mónica y quién Anna? Bueno, ya me enteraré después.

—Niñas, él es Salvatore —dice Beatrice.

—Encantado —digo agitando la mano.

—¿Qué tal, cómo estás? —dice Mónica con mucha soltura para mi sorpresa.

—Bien, bien —digo sonriendo.

Nota mental: Anna, con gafas. Mónica, sin.

—Habla con ellas en la furgoneta, tienes tiempo —le digo a Beatrice.

—Vale —dice, agradecida.

Me dirijo a Benito y Máximo.

—Acompañadlas a la furgoneta y dejadlas unos minutos a solas.

—OK —dice Benito que camina al lado de Máximo.

—¿Qué dice el padrino de todo esto? —pregunto a Vin cuando se han marchado todos.

—Digamos que está expectante. Quiere información todos los días. Está ocupado. Pietro y él están sobre las rutas de los residuos, puliéndolas, arreglando problemas y creando una red de empresas *legales*. Si va bien, va a suponer mucho dinero para la familia.

—Te voy a pasar al móvil la información que me ha dado Beatrice sobre los holandeses. Díselo también. No podemos descuidar nuestra fuente de mayores ingresos, las drogas.

—Vale, buena idea. Bueno, me marcho a casa. Chiara me estará esperando.

—Tú y tu vida familiar.

—Lo mejor que he hecho en mi vida.

Me despido con un abrazo y palmadas en los hombros.

—No la cagues, Salvatore —advierte.

—No lo haré, créeme.

CAPÍTULO 18

BEATRICE

Con una inmensa alegría, salimos de la discreta terminal privada. Ya es de noche, chispea y sopla un ligero viento. Me aseguro de que la escolta está detrás de nosotras. A mi izquierda, tengo a Anna. A mi derecha, a Mónica.

Ay, me aprieta el vientre. Se acerca la conversación más importante de sus vidas. Ojalá tuviera un manual de padres para estos casos.

El más grande de los guardaespaldas, Benito, nos abre la puerta de la furgoneta. El otro coge las maletas, supongo que para guardarlas atrás.

—Mamá, ¿este coche de quién es? —pregunta Anna.

—De las personas que os he presentado antes.

—Me gusta, huele bien —dice Mónica.

En cuanto me siento con ellas, cierro la puerta. Solo se oye el ruido del viento y las ventanillas tiene gotitas de agua. Delante de nosotros, está la pista de despegue. Vuelvo a sentir la puñetera presión en el vientre.

—A ver —digo suspirando—, tengo algo que deciros. Es importante.

—¿El qué, mamá? —pregunta Mónica.

—Es sobre papá —respondo.

Se quedan inmóviles y me miran fijamente.

—No lo vamos a volver a ver —digo con voz suave—. Papá ha muerto.

Mónica parpadea. Anna frunce el ceño.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —pregunta Mónica.

Tomo aire y lo suelto lentamente.

—En un accidente de coche, algo inesperado —digo con el corazón encogido por mentirles—, pero no os preocupéis. Las tres estamos juntas y vamos a apoyarnos, ¿vale?

Me inclino hacia ellas y las abrazo con fuerza. Todavía están en shock, confundidas. No parece que vayan a llorar. Jan nunca actuó como un padre de verdad, por eso no les afecta tanto.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mamá? —pregunta Mónica.

Acaricio el cabello de Anna, que está más cerca.

—Seguir con nuestras vidas, como antes —digo y hago una pausa—. Sé que papá no estaba muy pendiente de vosotras, pero era vuestro padre y tenéis que saber lo que ha pasado.

—¿Vamos a volver al internado? —pregunta Anna.

—No. La idea es estar unos días por aquí, y después nos iremos a Italia con la familia. ¿Qué os parece el plan?

—Bien —responde Mónica.

—Sí —dice Anna.

Vale, la primera parte de la conversación, la más difícil, ya está. Ahora lo siguiente.

—Hay más cosas que tengo que contaros. De momento no vamos a ir a casa. Vamos a otra casa que también es muy bonita, y que tiene un cuarto para vosotras que es muy bonito.

Mónica y Anna asienten en silencio. Ni contentas ni tristes. A su manera, están procesando los cambios. No va tan mal como esperaba. Vale, ahora es cuando tengo que hablar de quienes son los Barone y sus empleados. Espero que no sea demasiado para ellas.

—Para que estemos cómodas y seguras en la nueva casa, va a vivir con nosotras Salvatore, ¿vale? —digo y me quedo a la espera de sus reacciones—. Es un amigo y dormirá en el salón. ¿Alguna pregunta?

Las dos niegan con la cabeza.

—¿Es amigo de papá? —pregunta Mónica.

—No, es un nuevo amigo —respondo de la manera más sencilla posible.

—¿Y no tiene su casa? —pregunta Anna con un pelín de desconfianza.

—La tiene, pero se queda con nosotras para que estemos seguras. Serán solo unos días. —la miro y espero que diga algo, pero no lo hace—. ¿Alguna pregunta más?

Vuelven a negar con la cabeza. Sonrío y las abrazo con todo el cariño del mundo.

—Os quiero, hijas —digo emocionada, dándoles un beso en la cabeza.

La puerta del otro lado se desliza y aparece Salvatore. Me mira interrogante con la mano levantada en un puño, y con el pulgar extendido. ¿Todo bien? Asiento con la cabeza, agradecida por dejarme unos minutos con ellas. Salvatore habla brevemente con la escolta, y estos se suben a la parte delantera.

—Hola, chicas —dice él—. ¿Me hacéis un hueco?

Las dos me miran como si no supieran qué hacer. Con la mano, les digo que se acerquen a mí. Hay espacio de sobra. Salvatore se sube de un salto.

—¿Habéis tenido un buen vuelo? —les pregunta.

—Nos han puesto una película —responde Anna.

—Ah, qué bien.

—Pues yo me he dormido —dice Mónica.

—No debía ser muy buena, ¿no? —dice y me guiña un ojo.

—No, lo que pasa es que estaba cansada.

La furgoneta se pone en marcha, saldremos del aeropuerto y tomaremos la autovía de la Costa del Sol. Estoy intrigada de ver cómo mis hijas van a reaccionar a tantos cambios. Por lo menos las veré a diario, esa es la mejor noticia. Son ellas quienes dan sentido a mi vida.

—¿Tenéis hambre? —les pregunta Salvatore.

—Un montón —responde Mónica.

—¿Os gusta la pizza?

Los ojos de las dos se iluminan. Supongo que en el internado estaría prohibidísimo comer comida rápida entre semana.

—Sí —responden al mismo tiempo.

—Vamos a ir pidiendo y las recogemos de camino a casa —dice sacando el móvil—. ¿Qué sabores os gustan?

—Una pequeña para las dos, no quiero que se llenen la barriga —le advierto a Salvatore—. Y nada de refresco, que si no, no duermen.

En silencio, observo a los tres mientras hablan con toda naturalidad. Increíble que en tan

pocos minutos Salvatore haya empezado a ganárselas. No tenía por qué y, sin embargo, lo ha hecho. Está hablando con ellas más tiempo que Jan en tres meses.

Pensaba que los hombres de la mafia eran como Jan, distantes, fríos y con adicciones. Lo de Salvatore me está dejando desconcertada. No sé qué pensar. Está siendo un encanto con ellas. ¿Hace cuánto que lo conozco? ¿Veinticuatro horas? Está despertando en mí sensaciones que tenía dormidas, pero cuidado, seguro que es un hombre con secretos.

CAPÍTULO 19

SALVATORE

Salgo de la ducha y me visto. Beatrice y las niñas, duermen. Se pusieron contentas al descubrir su dormitorio. Cada una eligió su cama y no hubo peleas. Su madre les ayudó a deshacer las maletas y estuvo con ellas hasta que se durmieron. Una escena muy familiar.

Fue una excelente idea traerlas aquí. En Ginebra, Ruud, el hermano de Jan podía haber intentado secuestrarlas para presionar a Beatrice a que fuera con él. La mafia holandesa es capaz de matar a una familia entera si hace falta. No se lo piensan dos veces, no.

La ventaja a nuestro favor es que, de momento, ese tal Ruud Van Peters no puede relacionar a los Barone con Beatrice. Si lo hace, le llevará tiempo. Para entonces seguro que las cosas ya habrán cambiado.

Desde la cocina observo que los leales Benito y Máximo vigilan la casa desde el coche. Bien, todo tranquilo. Calculo que en media hora vendrá su relevo, Rafael y Toni.

Llega un mensaje de texto de Vincenzo.

Pietro y Leo también están al tanto de todo.

¿Y Riccardo no? Supongo que comunicarse con él es complicado. En el Ejército no pueden llevar móviles encima.

Abro uno de los armarios y cojo una botella de vodka medio llena. No es mi bebida favorita, pero menos da una piedra. Echo de menos la comodidad de mi casa... Pero es un sacrificio para lograr un propósito noble. Aquí siento que puedo controlar mejor a Beatrice, sin interferencias de otros.

Me sirvo dos dedos, guardo la botella y me siento en el sofá. Bebo un sorbo y noto la fugaz llamarada cayendo por el esófago. No se oye ni el vuelo de una mosca. Las gemelas han perdido a su padre, un cabrón drogadicto que no les hacía caso, por el que parece no sentían mucho cariño. Al menos tienen a su madre, que se ve que las quiere. Ellas lo ignoran ahora, pero tienen que saber que son afortunadas por tenerla.

Recuerdo cuando vivíamos en Catanzaro, nuestra ciudad. Vincenzo tenía veintidós años y ya despuntaba por su agudeza. Yo, con dieciocho, empezaba a tener contacto con los negocios de la familia. Iba con mi hermano a cobrar deudas a pequeños empresarios, más que nada para que nos conocieran. Si teníamos que golpear a alguno porque se retrasaba demasiado, se hacía y punto.

—Hijos, haceros respetar —nos decía nuestro padre—. No olvidéis que sois unos Barone. La cabeza, alta.

Mamá nos miraba con una mezcla de orgullo y temor por si nos pasaba algo. Nos quería

tanto como Beatrice debe de querer a sus hijas.

Teníamos un futuro prometedor. Sin olvidar a los padrinos y los primos con los que comíamos cada domingo. Formábamos una familia bien avenida. Oscura, sí, pero leal y con líneas rojas, como no traficar con mujeres. Otra de las enseñanzas de nuestros padres. A las mujeres, se las respeta.

El éxito atrae a moscas y serpientes. Spinazzo era una serpiente, sin duda la más escurridiza y peligrosa. Aunque su base de operaciones es Palermo, llegó a sus oídos la fama de los Barone. Con la idea de expandirse por la provincia de Calabria, pidió una reunión con mi padre y el padrino.

—Casemos a tu hijo Vincenzo con una de mis hijas —le dijo Spinazzo—. La que él quiera, tengo dos con edad para casarse. Será la alianza entre dos grandes familias.

—Nino, no quiero tener nada que ver con tu familia.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido y ofendido al mismo tiempo.

—No me gusta tu forma de trabajar, demasiado violenta y, además, los Barone no entran en la prostitución ni la trata de blancas.

Eso fue lo que nos contó mi padre a Vincenzo y a mí. Nos lo contó una semana antes de que lo asesinaran.

Una bomba estalló en su coche y se llevó también a mi madre. Habían salido para hacer una gestión en el banco, temprano por la mañana. La explosión se oyó en todo el barrio.

Aún recuerdo las llamaradas, el olor a humo, los gritos, el bullicio, la confusión. En fin... El bastardo de Spinazzo no perdonó la ofensa del rechazo. Eso dice mucho de su calaña.

Después del entierro, los padrinos se sentaron con nosotros y nos dijeron que teníamos que marcharnos. Que Spinazzo nos había amenazado de muerte también a Vincenzo y a mí. Era demasiado poderoso para enfrentarse a él. Tenía sicarios a la vuelta de cada esquina.

—La venganza es un plato que se come frío —dijo el padrino clavándonos la mirada—. Tarde o temprano llegará nuestro momento. Os lo prometo.

—A partir de hora —dijo la madrina—, sois nuestros hijos, y os querremos igual que a Pietro, Riccardo y Leo.

Bebo otro trago de vodka como si quisiera espantar los fantasmas del pasado. Ojalá que fuera tan sencillo. Ahora, ironías de la vida, tengo a una de sus hijas y a dos de sus nietas al alcance de la mano. Qué tentador es destrozar sus vidas tan frágiles e inocentes.

Pero nuestro objetivo es mucho mayor. Saber dónde se esconde Spinazzo y que un Barone acabe con él.

Llaman a la puerta. Debe de ser uno de mis hombres. A estas horas, tiene que ser importante. Me levanto y voy a abrir. Sí, es Benito.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Perdone, jefe. Aún no hemos hecho el relevo, Máximo y yo hemos visto algo sospechoso. Un poco más arriba hay un coche que lleva demasiado rato con el motor encendido. Igual no es nada, pero queremos avisarle de que vamos a ver qué es.

—No me fío, vamos tú y yo —ordeno—. Dile a Máximo que se quede en la casa cuidando de ellas.

Abro un cajón de la cómoda y saco la pistola.

CAPÍTULO 20

BEATRICE

La luz del sol se filtra por la persiana. Hora de despertarse. Qué bien he dormido. No me lo creo, me noto relajada, creo que he dormido de un tirón. Hacía tiempo que no pasaba. ¿Y las gemelas? ¿Cómo habrán dormido?

Subo la persiana, descorro la cortina y abro la ventana para que entre aire fresco. Amanece. El cielo se pinta de un bonito color naranja. El jardín está un poco descuidado, pero al menos tiene un verde intenso.

Después de vestirme, voy al baño y me pongo frente al espejo. Qué cara más pálida. Me echo un poco de agua para quitarme las legañas. No oigo a las gemelas, igual siguen dormidas. El viaje de anoche debió de dejarlas agotadas.

Cuando estoy a punto de abrir la puerta de su dormitorio, suelto un respingo. Hay un desconocido al fondo del pasillo.

—Perdone —dice uno de los escoltas.

—No pasa nada —digo con una mano en el pecho—. Esperaba ver a Salvatore.

—Anoche tuvo que marcharse por un asunto personal, pero volverá.

Tengo su nombre en la punta de la lengua.

—¿Eres Máximo, verdad?

—Sí, cualquier cosa que necesite estoy por aquí —dice señalando el salón.

—Gracias.

Abro la puerta del dormitorio de las gemelas, voy hasta la ventana y subo la persiana. El ruido las despierta. Sus cabecitas se mueven sobre las almohadas.

—Venga, arriba —les digo.

Mónica es la más remolona, se pone la almohada sobre la cara. No la levanto ni con una grúa. Anna bosteza, estira los brazos pero se incorpora. Me siento a su lado, la abrazo y la beso en la cabeza.

—¿Cómo has dormido? —le pregunto.

—Bien —dice aún un poco somnolienta, restregándose los ojos—. ¿A qué hora son las clases?

—¿Qué clases? Si esto no es el internado.

Se queda un momento como impactada.

—Ay, es verdad —dice sonriendo—. Entonces voy a dormir un poco más.

—Solo un ratito más, ¿eh? Hay que desayunar y después a ponerse a hacer los deberes, que la directora me ha enviado un listado.

Recojo un poco el desorden. Doblo ropa y la pongo sobre la silla, coloco el calzado a un lado, el abrigo en el armario... En Ginebra tiene que hacer un frío que pela, pero aquí nada de abrigo.

¿Dónde se habrá metido Salvatore? Un asunto personal, ha dicho Máximo. ¿Será grave? ¿Tendrá que ver conmigo o nosotras? ¿Ruud?

No puedo creerlo, pero su ausencia me deja un poco preocupada. Sí, preocupada. Ojalá que no le haya pasado nada grave.

En la cocina, abro la nevera. Máximo está sentado en el salón, consultando su móvil. Saco los huevos para preparar unos huevos revueltos con tostadas y unas rodajas de aguacate. A lo mejor Máximo tiene hambre.

—¿Has desayunado? —le pregunto.

—No se preocupe por mí.

Rompo los huevos y los bato en un plato hondo. Esto de cocinar en un sitio nuevo es un rollo, pero es lo que hay. Después los echo a la sartén y empiezo a remover. Las gemelas tienen que tener una sensación de normalidad, de que las cosas van bien. Quizá podamos salir un rato, si no todo el día en la casa será aburrido.

Mientras se van haciendo los huevos, salen las gemelas, ya vestidas. Les presento a Máximo, aunque él no está muy por la labor. Qué diferente a Salvatore.

—Sentaos en la mesa —les digo—. Os he preparado vuestro desayuno favorito.

—Mamá, ¿y Salvatore? —pregunta Mónica mirando a Máximo.

—Ha tenido que ir al trabajo, pero ahora vuelve —le digo al servirle su plato.

—¿Su trabajo está muy lejos? —pregunta Anna.

—No, no mucho.

Les parto una naranja en rodajas y se las sirvo en un único plato para las dos. Después me siento con ellas con mi ración de huevos revueltos, aguacate maduro y café. Bien, comen con ganas.

—Mamá, ¿por qué no podemos volver a casa? —pregunta Mónica.

—Ahora mismo la están arreglando y no se puede entrar —respondo improvisando.

Se forma un pequeño silencio. ¿Qué pasará ahora mismo por sus mentes? Yo también tuve doce años una vez, pero no me acuerdo qué pensaba sobre los adultos. Solo sé que no me daban muchas explicaciones sobre la muerte.

—Si tenéis más preguntas, me las hacéis, ¿vale?

Asienten con la cabeza.

La puerta se abre y aparece Salvatore. Vaya, tiene un rasguño en la cara. ¿Qué habrá pasado?

—Buenos días —dice sonriendo, como si no pasara nada.

—Hola —digo, aliviada de que esté vivo.

Las gemelas dicen hola y siguen comiendo. Yo me quedo mirándole intentando que no se note mi preocupación. Salvatore se acerca a Máximo e intercambian unas palabras en voz baja. El escolta se marcha, seguramente a continuar con la vigilancia desde el coche.

Me levanto y me acerco. Ese pequeño rasguño en la mejilla le hace incluso más atractivo.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Sí, tranquila.

—Máximo me dijo que habías tenido que salir —digo para intentar sonsacarle información.

—Unas cosas que tenía que hacer —dice intentando quitarle hierro al asunto.

Me giro hacia las niñas, que están hablando sobre no sé qué cosa, y le hago con un gesto que hablemos en el porche. Al salir, noto que el aire tiene un tono gris y se siente la humedad, como

si estuviera a punto de llover.

—Tienes un rasguño —digo señalando su mejilla.

Al llevarse la mano a la cara, veo que tiene otro rasguño en el antebrazo, más grande y con un poco de sangre reseca.

—Espera, ahora vuelvo —le digo—. Creo que he visto un botiquín en el baño.

Antes de que ponga alguna pega, regreso al interior. De reojo, veo que las niñas siguen comiendo sin armar ningún follón. Entro en el dormitorio, en el baño y abro un pequeño armario debajo del lavabo. Sí, aquí está. Lo abro. Pequeño pero con lo básico.

Regreso y me lo encuentro sentado.

—Eres una mujer con recursos —me dice sonriendo.

—El botiquín no es mío, sería de quien viviera antes aquí —digo y cojo un poco de algodón y lo empapo con alcohol—. Va a escocer.

—Sobreviviré —dice con ironía.

Le cojo de la muñeca. Al rozar su piel, siento un corriente que atraviesa mi cuerpo. Intento que la evidente atracción que siento no me distraiga.

—¿Saliste por algo relacionado con Ruud? —pregunto.

—Ya te digo que no tienes por qué preocuparte.

—Claro que me preocupo —digo molesta por evadir la respuesta—. Te vas de repente y regresas con rasguños.

—¿Estabas preocupada por mí?

—No digas tonterías, anda. Estoy preocupada por mis hijas.

—Pues yo no dejo de pensar en nuestro beso, Beatrice —dice mirándome fijamente con sus ojos grises plateados—. Me estás volviendo loco.

Mi corazón empieza a palpar tan fuerte que amenaza con salirse del pecho. De repente, siento una contracción en mi sexo que me deja noqueada. Frena, Beatrice, porque estás a punto de saltar sobre él y arrancarle la ropa a mordiscos.

Aprieto fuerte el algodón empapado de alcohol.

—¡Joder! —dice Salvatore retirando el brazo.

Ladea la cabeza como diciendo «te has pasado». Junta los labios y sopla en su herida. Así aprenderá a no hablar de esa manera que me deja... ardiente. Mi mente me ordena que tenga cuidado, pero es que Salvatore puede encajar en la fantasía erótica de cualquier mujer, incluida la mía.

—¿Me vas a decir de una vez si lo de anoche tiene que ver con Ruud? —pregunto intentando centrarme en lo importante.

Abre la boca, pero le veo su intención.

—No me vuelvas a decir que no me preocupe, Salvatore —le advierto.

—Fue una falsa alarma. Mis hombres vieron un coche sospechoso, fuimos a ver quiénes eran. Nada, un grupo de niños que buscan casas para okupar. Se encararon con nosotros y le dimos su merecido. ¿Ves? Nada sobre lo que preocuparse. ¿Tranquila?

—Sí, gracias.

—Conmigo estáis a salvo.

Se queda mirándome con una seguridad en sí mismo tan grande que noto cómo las hormonas revolucionan mi cuerpo. Cuanto más intento mantenerme centrada, más siento la necesidad de tirarme a sus brazos y que me eche un polvo salvaje.

CAPÍTULO 21

SALVATORE

Beatrice se marcha a atender a sus hijas. Aun en el porche, suspiro profundamente. Qué ganas de ver desnudo ese cuerpo tan espectacular. La imagino gritando mi nombre mientras se corre. Mis manos apoderándose de sus pechos. Ya empiezo a notar mi erección.

Tengo que pensar en algo para el día de hoy. Esta casa es demasiado pequeña y eso viene bien para unas cosas, pero no para otras. Descarto que pasemos un rato en un lugar con mucha gente. Necesitamos discreción.

Miro la venda que me ha puesto. Un gesto cojonudo. Una mujer que no solo es belleza, sino que tiene buen corazón. Lllaman a la puerta y voy a abrir. Intercambio una mirada con Beatrice, que está sentada a la mesa entre sus hijas. Como si leyese su pensamiento, le digo:

—Tiene que ser uno de mis hombres.

Ella asiente y sigue hablando con las gemelas. Al abrir, veo a Benito que sostiene una maleta grande.

—La maleta de la señora, jefe —dice—. En cuanto nos avisaron, han ido al aeropuerto de Gibraltar a por ella.

—Buen trabajo —digo cogiéndola.

Cierro la puerta y Beatrice se acerca con el asombro dibujado en su cara.

—¡Mi maleta! —exclama—. La daba por perdida.

—Te dije que la recuperaríamos.

Se agacha y la abre. Hace una inspección rápida y dice que parece que está todo.

—Te la llevo al dormitorio —le digo.

—Gracias, Salvatore.

Recorro el pasillo, entro y la dejo pegada a la pared. Aprovecho y echo una ojeada por si encuentro algo sospechoso. La cama está hecha, la persiana subida, el baño tiene el aspecto de siempre y en el armario hay colgada algo de ropa. Todo normal.

Sigo pensando en qué haremos hoy. Se me ocurre una idea, regreso al salón y me siento a la mesa. Las niñas me miran entre curiosas y expectantes.

—¿Qué te ha pasado ahí? —me pregunta Mónica señalando el antebrazo.

—Nada, anoche me caí —respondo y miro a Beatrice—. Tengo una idea.

—¿Una idea?

—Para no estar aquí todo el día en casa he pensado que podemos salir a navegar —digo y miro a sus hijas—. ¿Qué os parece, chicas?

—¡Sí! —grita Mónica alzando los brazos.

—¿Podemos, mamá? —pregunta Anna.

—No sé... —dice Beatrice.

—Es un yate de la familia que está atracado en Puerto Banús. Compramos comida y pasamos el día. Es el sitio perfecto, cómodo y discreto. Los cuatro.

—Venga, mamá —dice Mónica.

—Imagino que no será la primera vez que vais a navegar...

—Para las niñas sería la primera.

—¿Cómo?

Ella se encoge de hombros y con su mirada intuyo que Jan no lo permitió. Joder, ¿pero qué clase de padre era ese animal?

—Está bien, vamos —concede Beatrice.

Las gemelas se emocionan y se cogen de las manos. Nunca he visto nada igual. Sonríen como si fuera el evento de sus vidas. ¿Yo era así cuando tenía su edad?

—Genial, voy a prepararlo todo —digo y me levanto en dirección al porche.

A solas, llamo al móvil de mi hermano. Descuelga al primer tono.

—Vin, necesito el yate. ¿Está listo?

—Espera, espera, ¿para qué?

—¿Para qué va a ser? Forma parte del plan —digo en voz baja.

Le oigo resoplar.

—¿Qué coño pasa? —pregunto.

—Parece que estás de vacaciones.

—No me jodas, Vin. Ya te he contado mis intenciones y, ahora, te pregunto ¿el yate está disponible?

—Sí, creo que sí.

—Pues que nadie vaya a usarlo. Lo necesito hoy.

—¿Ha habido avances?

—Ahora mismo ella está centrada en sus hijas, pero se abrirá.

—Date prisa, Salvatore, en cualquier momento...

Le cuelgo. No estoy para sermones. Además, el tiempo apremia. Llamo a Benito.

—Diga, jefe —contesta.

—Vamos a pasar el día en el yate. Necesito que uno vaya a un restaurante y pida comida y bebida para llevar. Abundante. Ya sabes, sin escatimar en gastos.

—Sin problema.

—Venga, daos prisa —digo y cuelgo.

Unas horas después, estamos llegando a Puerto Banús. Nuestra furgoneta es discreta si la comparamos con los coches que circulan. Ferrari, Maserati, Lamborghini... Mejor, así no llamamos la atención. Nos detenemos frente a la dársena y nos bajamos. Les pido a mis hombres que lleven las bolsas con la comida y la bebida.

Las niñas no paran de moverse, impacientes por embarcar. Beatrice se ha puesto un pañuelo en la cabeza y lleva gafas de sol. Al menos así nadie la va a reconocer mientras caminamos hacia el yate.

—¿Cuál es, Salvatore? —pregunta Mónica.

—Ese de allí, el que pone «Calabria» en el casco —respondo señalando con la mano.

Las niñas corren hacia el final del muelle. Las nubes no se han disipado del todo, pero el sol asoma con su esplendor de siempre. Sopla una brisa cargada de salitre.

—Hala, qué chulo —dice Anna.

—El «Calabria» es el yate familiar —le digo a Beatrice—. El sitio perfecto para evadirnos de los negocios y disfrutar del Mediterráneo.

—Es una preciosidad —dice—. ¿Y la tripulación?

—Yo seré el capitán, que para eso tengo el título, además desde hace tiempo.

Beatrice me mira, sorprendida. De un salto, subo a bordo e instalo la escalerilla para que puedan subir. Mientras Benito y Máximo dejan la comida en la cocina, aprovecho para hacerle un tour a las invitadas. Seguro que les encantará. Paso a paso voy tejiendo la tela de araña para que ella quede atrapada.

CAPÍTULO 22

BEATRICE

Antes de salir del puerto, Salvatore pone el chaleco salvavidas a las gemelas. Lo hace como es él, sin dejar de sonreír, y ellas atienden en silencio a sus explicaciones sobre seguridad. Siempre a la vista de los mayores. Hay algo tierno en cómo se preocupa. Las gemelas aceptan que sea él quien las cuide y quien esté al mando, por eso es el capitán.

El motor ronronea. Nos sentamos en la cubierta superior, que Salvatore llama el *flybridge*. Los asientos son de cuero y muy cómodos. Salimos del puerto. La inmensidad del mar es maravillosa y la disfruto mucho más cuando veo el asombro en las caras de Anna y Mónica.

—Mamá, qué bonito —dice Anna.

—Eso de allí es Gibraltar, ¿no, mamá? —dice la otra señalando la enorme roca al borde del Mediterráneo.

—Sí, y en el horizonte vemos África, fijaos —dice Salvatore que está de pie manejando el timón.

La silueta de las montañas aparecen a lo lejos, misteriosas. Mientras nos alejamos del puerto, la costa se va haciendo cada vez más pequeña. Tengo la sensación de que los problemas se quedan ahí atrás y la inmensa libertad nos rodea. El motor ruge y el yate coge velocidad. Hay olas y el viento agita el cabello de las gemelas, que no dejan de mirar hipnotizadas el mar.

A veces me quedo observando la espalda corpulenta de Salvatore, y enseguida sacudo la cabeza borrando los pensamientos eróticos que me invaden. Si es que está guapísimo con esa gafas de sol y esa sonrisa deslumbrante.

Qué hombre, lo tiene todo. Dios, algo está mal en mí, ¿cómo es posible que en medio de este caos emocional esté tan cachonda? ¿No podía haberme tocado a un mafioso con la cara llena de cicatrices y barrigón? No, tenía que estar cerca de mí un Adonis hiperatractivo y, encima, italiano. Sí, definitivamente algo no funciona bien en mi cabeza.

—Chicas, delfines a babor —dice Salvatore señalando con la mano.

A unos cien o doscientos metros vemos a un par saltando alegremente las olas. Qué suerte presenciar en vivo el espectáculo de la vida salvaje.

—¡Hala! —exclaman las dos.

Pasamos un ratito así, disfrutando del momento con bebidas y aperitivos. Verlas sonreír me encanta. La vida no nos ha tratado del todo bien a las tres, pero nos recuperamos. Solo espero que si algún día saben la verdad de lo que pasó entre su padre y yo, me sepan perdonar. Aunque egoísta y drogadicto, era su padre al fin y al cabo.

—La grumete Anna que se acerque al puente de mando —dice Salvatore divertido—. Hora

de que aprenda a navegar.

Anna me mira y yo le invito con un gesto a que se anime. Salvatore se hace a un lado para que ella coja el timón. Con mucha calma, le va dando indicaciones. Anna es muy aplicada, así que escucha y obedece.

—Mamá, ¿cuándo me va a tocar a mí? —pregunta Mónica.

—Después de tu hermana —digo rodeándola por el hombro y dándole un beso en la frente.

—¿Salvatore en qué trabaja?

—Tiene negocios personales que le dan un dinero mensual, son empresarios.

—¿Cómo papá, que no tiene oficina?

—Más o menos.

—Yo también quiero ser empresaria.

—Me parece perfecto, cariño. Serás una gran empresaria —le digo dándole un achuchón.

Salvatore llama a Mónica y se produce el relevo en el puente de mando. Anna se sienta a mi lado con una sonrisa de oreja a oreja. Todo esto está siendo una estupenda distracción. Justo sobre nuestras cabezas, se cruzan un par de gaviotas. Miro hacia atrás, aún se ve el Puerto Banús aunque chiquitito.

Ahora Mónica está al mando del timón. Le falta la gorra de capitán para ser una profesional. ¿Qué le estará diciendo Salvatore? Ella se ríe.

—Mamá, ¿cuándo nos vamos a Italia? —pregunta Anna arrugando la nariz.

—Pronto, en unos días estaremos con los tíos —digo rodeándola por un hombro y dándole un beso en la coronilla.

Unos minutos después, Mónica se acerca.

—Mamá, dice Salvatore que te toca.

Le miro y me encuentro con un gesto suyo de la mano, como diciendo «ven, ven». Por supuesto, acompañado de su sonrisa matadora de dientes blancos y perfectos.

—No hace falta, estoy bien así —digo temerosa de las reacciones de mi cuerpo estando a su lado.

—Si me pasa algo, ¿quién se va a encargar del yate? —pregunta de broma.

—¡Nosotras! —gritan las gemelas.

A regañadientes, me levanto. Dejo a las niñas bebiendo un refresco y picoteando patatas y aceitunas.

—Pensabas que ibas a librarte, ¿eh?

—Pues sí.

—Pon las dos manos sobre el timón —dice con voz firme.

Obedezco. Estamos pegados el uno al otro. En el panel electrónico veo un mapa y varios puntitos de luz. Uno de esos somos nosotros. Hay toda una serie de botones y, en una esquina, la radio.

—El canal 16 es de emergencias, por eso es bueno que esté siempre encendido —dice.

Una emergencia es lo que yo necesito ahora para quitarme este sofoco que tengo por su culpa.

—Entendido, capitán —digo mirando hacia el horizonte.

Lentamente, coloca mis manos sobre las mías. Al instante de sentir el roce, siento un estremecimiento que me llega a las bragas. Increíble lo de este tío, el fuego que desprende.

—Hay que mantener el equilibrio, ¿así, ves? —dice moviendo el timón ligeramente a un lado y otro.

Otra vez noto un zumbido recorriendo todo mi ser. Me fijo en sus manos, bonitas, de dedos

alargados, capaz de matar y dar placer. Transmiten sobre las mías un dominio erótico e irresistible. Un hilo invisible me tiene pegado a él, a su innegable y portentosa masculinidad.

—Muy bien, ya eres toda una experta navegante —dice con ironía—. ¿Has pensado en dar la vuelta al mundo?

—Qué gracioso —replico—. ¿Y a ti dónde te dieron el carné, en una tómbola?

De repente, al pasar por encima de una ola rebelde, el yate se eleva y cae con brusquedad. La inercia provoca una sacudida a un lado, y sin quererlo me inclino hacia Salvatore, que me agarra por la cintura. Las gemelas ríen divertidas, como si estuviesen en un parque de atracciones. Salvatore mantiene su mano en mi cintura, mientras yo tengo las mías sobre el timón. Por favor, que no deje de tocarme.

—Esto que acaba de pasar se llama pantocazo —susurra mientras siento su ardiente mano en mi piel.

—Ah, interesante —digo casi sin respiración.

—Esta noche tengo que hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Nosotros.

CAPÍTULO 23

SALVATORE

Beatrice está a punto de caramelo. Hasta un ciego se daría cuenta de cómo me desea. Va a ser mía y cuando la posea no podrá borrarne de su vida. Es una obsesión, sí, una jodida obsesión.

Refugiados en una cala, a unos doscientos o trescientos metros de la orilla, echo el ancla. No hay ninguna embarcación alrededor, así que no tendré que preocuparme de que alguien choque contra nosotros. Alejados del mar abierto, los cargueros pasarán muy lejos.

Bajo por la escalerilla. La mesa ya está puesta, con toda la comida preparada para hincarle el diente. La variedad me abre el apetito: filetes empanados, empanadillas, tortilla y ensalada de pasta. Las gemelas comen con ganas, igual que Beatrice. Las ventanas dejan entrar la suave luz del sol del mediodía. Momento de calma, perfecto para saber algo más del padre de Beatrice.

—Me estaba acordando de cuando tenía su edad —digo refiriéndome a las gemelas—, y con mi familia vivíamos en Catanzaro. Los domingos salíamos a comer fuera y después dábamos un paseo por el parque Mediterranea. Lo echo de menos.

—Nunca he estado en Catanzaro —dice Beatrice—. ¿Es una ciudad bonita?

—Tiene de todo, hasta su centro histórico y un paseo marítimo que está muy bien. Una ciudad especial, aunque no soy objetivo porque toda mi familia nació allí.

Beatrice sirve un poco más de refresco a las gemelas. Mónica tiene los carrillos llenos, parece que le gusta la empanada.

—¿Catanzaro dónde está? —me pregunta Anna.

—En la provincia de Calabria, en la península, al sur del todo —respondo.

—¿Te gusta tu ciudad, Palermo? —pregunto para sonsacarle información a Beatrice.

Asiente con la cabeza, nostálgica.

—Los domingos durante el año no hacíamos nada especial, a no ser que fuera el cumpleaños de alguien de la familia, entonces sí, lo celebrábamos por todo lo alto. Se juntaba un montón de familia, hasta los vecinos.

—¿Tenéis alguna tradición familiar?

Con un tenedor, parte un trozo de la tortilla de Anna y se la come. Ella arruga la nariz, pero no se queja.

—En verano solíamos ir al pueblo de mi madre, Corleone. Íbamos mi madre y mis hermanos. Teníamos una casita en la montaña, en mitad del bosque, aislada de todo. Mi padre se quedaba en Palermo, aunque a veces nos visitaba y nos traía *panelle*, su plato favorito.

Una alarma se activa en mi interior. Una casita aislada en un pueblo no sería un mal refugio para Spinazzo en el que ocultarse de enemigos y policía.

—Pasabais todo el verano en la montaña... —digo animando a que continúe.

—Sí, a mí me encantaba el sonido de las cigarras, pasear bajo las sombras de los pinos, bañarme en la piscina, las noches frescas cenando bajo las estrellas... —dice mientras acaricia el pelo de Anna.

—Imagino que tu familia seguirá yendo.

—Seguro que sí, mi madre, mis hermanos pasarán algún tiempo. Lo que puedan por su *trabajo*, ya sabes. El contraste entre la ciudad y la montaña es enorme. Cuando me marché de allí, fue una pena no visitar más Corleone.

—¿Has vuelto a Palermo desde que te casaste?

—Solo una vez, cuando nacieron las gemelas, para que la familia las conociera. Pero después Jan se opuso, decía que al ambiente estaba revuelto, muy tenso y que era peligroso.

Debió de ser la época en la que Spinnazo se escondió para proteger su vida de las innumerables amenazas de muerte. Normal, toda una vida en plan sangriento, sin límites, eso se paga tarde o temprano. Qué ganas de saber más de ella, de su pasado, de su padre, pero si sigo preguntando sospechará.

Me doy cuenta de que casi hemos terminado todo el almuerzo.

—¿Os ha gustado, eh? —pregunto a las gemelas.

Ellas sonríen, avergonzadas.

—¿Qué os daban de comer en el internado? —les pregunto.

—Coliflor con queso fundido —responde Mónica con cara de asco.

—A mí me gusta —dice Anna y hace un gesto de dolor—. Mamá, Mónica me ha pisado.

—Ha sido sin querer —Se defiende ella.

—Sí, ya —replica su hermana, desconfiada.

—Estaos quietas, anda —dice Beatrice.

Antes de que se forme una buena, salgo a la cubierta para subir el ancla. Hora de regresar a casa. Enciendo los motores y pongo rumbo al puerto. El día ha sido productivo, siento que he dado un paso hacia delante. Lo de Corleone es un hilo del que tirar.

Un rato después, entramos en Puerto Banús. Nos cruzamos con otras embarcaciones de lujo que salen de paseo, o a divertirse en alta mar. Beatrice y las gemelas observan fascinadas. Ella las escucha, responde a sus preguntas y se muestra cariñosa. Qué responsabilidad la de ser madre.

Al fijarme en el muelle, veo a dos personas. Miran hacia el yate, no se mueven. Es extraño. ¿Nos están esperando? A medida que nos vamos acercando distingo que son dos hombres. Un instante después me resultan familiares.

Pietro y Leo.

¿Qué querrán? ¿O es que ha ocurrido algo? En el mar, la cobertura del móvil no es muy buena. A lo mejor me han llamado. Con mucho cuidado, pongo reversa y ejecuto la maniobra de ataque. Lanzo un par de cabos para que los aten al pivote. Después, despliego la pasarela y la recorro para reunirme con ellos. Dispongo de unos minutos para hablar con ellos en privado, mientras Beatrice y las gemelas recogen sus cosas.

Las caras de Leo y Pietro son serias. Leo tiene los brazos cruzados, y Pietro las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Perteneceís al comité de bienvenida? —pregunto sonriendo, aunque intuía que no sería una conversación agradable.

—Déjate de bromas, Salvatore —dice Leo.

—A ver, ¿qué es lo queréis?

—Lo hemos hablado en familia, y vamos a pasar al plan de Vincenzo —dice Pietro—. Venimos a llevarnos a Beatrice y sus hijas.

Cierro las manos formando puños. Me jode que no paren de tocarme los cojones. ¿Por qué Vin no me ha dicho nada?

—Ni de coña. Es un asunto mío, como ya dije a Vin.

—No, es un asunto de todos —dice Leo.

—Nino Spinazzo no mató a tus padres —digo clavándome la mirada.

—Pero eran mis tíos, así que te equivocas si piensas que no tengo derecho a opinar.

—Puedes opinar, pero yo estoy a cargo de este trabajo desde el principio —digo sin dejarme arrinconar—. Me he ganado la confianza de Beatrice, y ahora queréis echarlo todo por tierra.

—Esto no es uno de tus juegos, Salvatore —dice Pietro.

—¿Queréis resultados? Pues he conseguido saber algo que no sabíais —digo disfrutando con sus expresiones de sorpresa— que tienen una casa en Corleone, un pueblo perdido en la montaña. La usaban en verano y su padre las visitaba a menudo. Me apuesto lo que sea a que ese cabrón está ahí escondido.

Pietro se queda pensativo. A mi espalda oigo las voces de Beatrice y las gemelas. Deben de estar esperando a que termine nuestra pequeña reunión.

—Está bien, Salvatore —dice Pietro— pero Leo se pasará mañana por la casa.

Mi primo asiente con la cabeza, encantado de joderme.

—No necesito una niñera.

—Es lo que hay, primo —dice Pietro—. O lo tomas, o lo dejas.

Se marchan y me quedo con una mala leche...

CAPÍTULO 24

SALVATORE

En casa, las tareas de una madre no se acaban nunca. Beatrice lleva toda la tarde pendiente en todo momento de sus hijas. El baño, preparar la cena, entretenerlas, arbitrar las discusiones, que mantengan ordenado su cuarto, responder un montón de preguntas. Incluso me siento agotado solo de verla de acá para allá. Una madre excepcional.

Qué desgracia tuvo que ser el matrimonio con Jan. No puedo imaginarme lo que ha tenido que sufrir. Da la sensación de que aceptó su destino como una fatalidad de la que era imposible escapar. Ese cabrón holandés debió de sentirse el hombre más afortunado del mundo. Cuarenta y tantos años, casarse con una mujer bellísima y seguramente virgen.

¿A qué clase de acuerdo llegarían Spinazzo y él? Sin duda, Jan tuvo que tenerlo como socio en sus negocios por toda Europa. En aquella época, a Spinazzo le debió de caer del cielo mucho dinero.

He perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto tiempo lleva en el cuarto Beatrice con las gemelas? Ni idea. Yo estoy ahora a mis anchas. Con mi copa de ron, viendo fútbol en la tele y descansando de la jornada en el mar. A través de la ventana me doy cuenta de que hace rato que ya ha anochecido. Se respira la calma en el barrio. Rafael y Toni estarán aburridos vigilando en el coche, pero para eso les pagamos y bien.

Aparece Beatrice en salón, se detiene y suelta un suspiro. Se ha cambiado de ropa. Lleva un fino jersey gris y unos vaqueros ceñidos con alguna que otra rotura.

—¿Acostadas? —pregunto.

—Sí, se quedaron dormidas viendo una peli y las envié a la cama ¿Querías hablar conmigo?

—Cierra la puerta y siéntate —digo señalando el sofá con una ligera inclinación de la cabeza.

Apago el televisor con el mando a distancia. Beatrice se sienta apenas a medio metro de distancia. De repente, el silencio de la casa nos rodea creando una atmósfera íntima, justo lo que deseo.

Su gran cabello moreno y rizado le queda tan bien que hace que tenga el impulso de acariciarlo, pero todavía no. Aún tengo que frenar a la bestia que ansia poseerla como si no hubiera un mañana.

—¿Es sobre Jan, verdad? —pregunta.

No puedo dejar de mirarla. Sus cálidos ojos castaños brillan de calidez. ¿Sabrá ella lo sexy que es? ¿Se da cuenta de que con solo un pestañeo puede arruinar la vida de cientos de hombres? Si lo sabe, lo disimula muy bien.

—¿Cómo lo has adivinado? —pregunto con ironía porque no puede estar más equivocada.

—¿Qué más quieres saber?

Estiro un brazo y le cojo de la mano. La siento suave y caliente. Ella intenta retirarla pero no la suelto. Por fin ella cede. Se mordisquee el labio inferior. Qué ganas de que su boca se abra a mi polla.

—Todo, lo quiero todo, pero de ti, Beatrice —digo en un susurro, mientras juego con sus dedos—. No puedo más, basta ya de huir de lo que hay entre nosotros.

Siento su erótica suavidad transmitiéndose a través de mis brazos. Y se va extendiendo por los hombros, el torso, las piernas...

—Salvatore, yo... —dice en voz baja.

Me acerco un poco más a ella. Le acaricio la mejilla y hundo mis dedos en su cabello. La tengo en mi red y no se va a escapar. Con el pulgar sigo acariciando su piel sedosa. Intercambiamos una mirada llena de fuego y deseo.

—Nos besamos ayer —digo—, pero parece que ha pasado un siglo porque moriré si no te beso otra vez.

Se remueve inquieta.

—Nadie me ha hablado como tú —dice por fin.

Abre ligeramente sus labios húmedos y carnosos. Me inclino y la rodeo por la espalda. La beso con una pasión irresistible, como mínimo diez veces mayor que cualquier otro beso que haya dado a una mujer. Tiene algo que me vuelve loco, no sé lo que es. Puede que todo, todo lo que ella representa como mujer.

Deslizo una mano por debajo del jersey, quiero acariciar sus pechos mientras la sigo devorando con la boca. Quiero llenarme de sensaciones, de intensas y eléctricas sensaciones. Joder, cómo la deseo. No veo la hora de estar dentro de ella. Ya tengo la erección a punto.

Termino de besarla y me quedo en silencio, extasiado con su belleza. Sonrío y ella también. Con la yema de mi dedo índice recorro sus facciones, la frente, la nariz y me detengo en sus labios. Lentamente, los acaricio hasta que introduzco la punta del dedo en su boca, que ella chupa. Me encanta que pierda el control, que esté loca porque la folle.

—Vamos a la cama —le digo cogiendo su mano y levantándome.

CAPÍTULO 25

BEATRICE

La tentación es demasiado fuerte para negarla. Salvatore es guapísimo... No quiero sentirme mal conmigo misma, por eso me obligo a poner la mente en blanco y dejarme llevar. Solo se trata de nuestros cuerpos, de unirlos con placer. Cansada estoy de darme placer a mí misma.

Recorremos el pasillo a oscuras, él sin soltarme de la mano. Se gira y pone el dedo sobre su boca. Silencio, sí. Al pasar por delante del dormitorio de las niñas, pienso: Niñas, perdonadme, pero lo necesito.

Salvatore enciende la luz de la mesita de noche de mi cuarto. La penumbra reina en el dormitorio y eso tiene su morbo. Cierra la puerta y echa el pestillo. Después me agarra por la cintura para atraerme, y vuelve a besarme como solo los maestros saben besar.

Sí, va a pasar. Cruzaremos la frontera. Incluso antes de sentarme en el sofá, ya sentía los nervios a flor de piel. Lame mi cuello, cierro los ojos y un suspiro se me escapa. ¿Es así sentirse tan deseada? Sí, debe ser así.

Me lleva hasta la cama y empieza a desnudarme. Me quita los zapatos y calcetines, después los pantalones. No deja de sonreír el muy bribón. Sigo temblando como un flan con las bragas puestas. Siento un volcán entre mis muslos a punto de estallar en llamas.

Ahora, su turno. Se baja los pantalones y veo el voluminoso bulto en los calzoncillos. El pulso se me acelera. Al bajárselos, me quedo boquiabierta por el tamaño gigantesco de su pene. Largo, duro y enorme. Nada que ver con el de Jan. Qué va, ni punto de comparación.

—Ven, empieza por aquí —ordena en el borde de la cama, transmitiendo su poder.

Me pongo de rodillas y con una mano la dirijo a mi boca. Hace tantos años que no lo hago que casi ni recuerdo cómo se hace. Lamo por aquí y allá, y después me la meto en la boca. Salvatore da un golpe leve de cadera para metérmela más a fondo. Con la mano en mi cabeza, marca el ritmo.

—Así, muy bien... —dice entre jadeos.

Apoyo las manos en su culo, duro como una roca. Estoy nerviosa y levanto la vista para encontrarme con su mirada. Siento un profundo placer al sentirme dominada, como si me estuviese desarmando, quitándome todas las capas de razonamiento gris, para sacar a la Beatrice desesperada por sentir y dar placer. Ya noto las bragas húmedas.

Aún guiándome con su mano en la cabeza, acelera el ritmo. Aprieto su bien formado culo y sigo repasando su miembro con mi lengua. Estoy tan necesitada que voy a hacer cualquier cosa que me pida.

—Voy a correrme, Beatrice —me avisa.

Estoy desatada, muy cachonda y no paro. Quiero hacerlo. Me la saco de la boca para tomar aire, aunque solo un segundo. Su erección es larga y húmeda. Vuelvo a ponérmela en la boca y sigo hasta el final. Salvatore suelta un gemido discreto y se desploma sobre la cama, como semiinconsciente y respirando a duras penas. Me paso la mano sobre los labios y voy al baño rápidamente.

Cuando regreso, Salvatore tiene los ojos abiertos, bocarriba y con los brazos extendidos. Se ha quitado el polo y trago saliva al contemplar su torso fuerte y fibroso. Los músculos bien formados, sexys, apetecibles. Qué extraño, tiene una cicatriz en el pecho en forma de B, muy definida. Me tumbo a su lado y la acaricio.

—¿De qué es la B?

—La orgullosa señal de que soy un Barone.

Me agarra de la muñeca y se abalanza sobre mí. Me quita la blusa y me quedo con el sujetador. En su mirada veo un brillo de lujuria que me excita aun más.

—Quítatelo... —me ordena con un tono de voz que le sale entre ronco y desesperado.

Con un poco de maña, me quito el sujetador y le miro para comprobar su reacción. Sonríe de una manera muy morbosa. Intuyo que me va a sobar las tetas como hacía Jan, pero pasa la punta de su dedo sobre mi pezón erecto. Cuando me quiero dar cuenta me está besando otra vez, y ahora con la mano acaricia mi pecho. Después, la baja peligrosamente por el vientre hasta que se desliza bajo las bragas. Con la mano en forma de cuenco, cobija la ardiente vulva.

—Buf, está pidiendo acción —dice.

—Fóllame —digo sin pensar—. Por favor...

Me quita las bragas, me obliga a ponerme de rodillas y él se coloca detrás. Tengo delante de mí el cabecero y alrededor la penumbra, el ambiente clandestino, silencioso, excitante.

—No hagamos mucho ruido —digo pensando en mis hijas.

—Haré lo que pueda, pero me estás poniendo a mil.

Mete la mano por delante y noto la presión de dos dedos dentro de mí. Gimo por lo bajo y los saca para volverlos a meter enseguida. Con el otro brazo me rodea para sujetarme. Gimo y echo la cabeza hacia atrás. Con los dedos en mi coño, me susurra:

—Al correrte, di mi nombre.

—¿Cuándo me la vas a meter? —pregunto notándome cada vez más débil, cada vez más desesperada.

—Cuando me dé la gana.

Su mano recorre mi culo con ansia y aprieta. Quiere hacerme sufrir. Después mordisqueea mis hombros y los chupa aquí y allá, mientras la mano vuelve a mi coño y la frota suavemente contra el clítoris. Suelto otro gemido discreto mientras me tira del pelo suavemente. Aquí no puedo dejarme de llevar del todo. Lo que daría por estar en alta mar y gritar a pleno pulmón.

Caemos sobre el edredón y me da la vuelta. Abro mis piernas y levanto las caderas, ansiosa por tenerle dentro. Se clava en mí y me agarro con fuerza a su espalda. Me atraviesa entera, cierro los ojos y noto que busca mi boca. Hambriento el uno del otro, nos besamos.

Empieza a embestirme y siento un calor irresistible entre los muslos. Quiero decirle que no pare, que siga destruyéndome pero ni siquiera tengo fuerzas para pronunciar una sola palabra. El morbo y el placer se apoderan de mí, me han arrebatado el habla.

Su cuerpo quiere fundirse conmigo. Quiero gemir por todo lo alto, pero aprieto los labios para no hacer ruido. El éxtasis se aproxima. Salvatore jadea, gruñe y resopla. Animal hermoso y salvaje que quiere correrse en mí. Qué absoluta y deliciosa locura.

—Salvatore... —susurro al correrme.

El delirio conquista todos los rincones de mi ser. Sigue embistiéndome, pero yo ya solo soy un trozo de carne, músculos y venas.

—Beatrice... —susurra también con la agonía del orgasmo, como si estuviera a punto de morir.

Se queda dentro de mí y siento el calor de cuerpo traspasando el mío. Después gruñe y se tumba bocarriba para recuperar el fuelle. Envueltos en la penumbra, el silencio nos vuelve a rodear solo roto por nuestras respiraciones.

Me siento nueva, completamente nueva. Acabo de descubrir un nuevo mundo.

CAPÍTULO 26

BEATRICE

Salvatore sigue aquí, conmigo, abrazándome en la quietud de la noche. Después de follar, Jan se hubiera dado la vuelta para dormir y al poco, sus molestos ronquidos. Qué diferencia. Al casarme tan joven me he perdido tantas cosas...

—Quiero echarte otro polvo —dice Salvatore mirándome con ojos hambrientos.

—¿Otro? ¿La misma noche?—pregunto sinceramente sorprendida.

Sonríe por mi inocencia. Me besa en el hombro.

—No me canso de ti, y después otro más.

—Todavía tengo que recuperarme de este. Creo que empiezan a dolerme los músculos en lugares que no sabía que tenía músculos.

Acaricio su pecho y me fijo otra vez en la B. Tiene algo fascinante. Lo normal es tener un tatuaje, no una cicatriz. Intrigada, paso la yema de los dedos sobre el relieve, como si la estuviese dibujando en su piel.

—¿Cómo te la hiciste?

—No suelo contarle, pero contigo voy a hacer una excepción —dice e intercambiamos una mirada cómplice.

Mientras me acaricia, entorna los ojos como si pusiera en orden sus recuerdos.

—La B es una tradición familiar que va pasando de generación en generación. Al cumplir los dieciocho años nos la tenemos que hacer, obligatoriamente.

—¿Por qué?

—Es una manera de probar nuestra lealtad —dice apoyando la cabeza en su mano—. A partir de ese momento entramos de lleno en los negocios de la familia. Se nos dan responsabilidades, ya me entiendes.

Asiento. Claro, se refiere a los oscuros negocios de la mafia.

—El día de mi cumpleaños fue un día normal, al principio. Me dieron mis regalos, mis padres organizaron una fiesta con la familia y vecinos. Después me dejaron la tarde libre para que fuera con mis amigos por ahí, a pasarlo bien. Fuimos al centro comercial de Catanzaro. Me puse a invitar a todo el mundo. No todos los días se cumplen dieciocho años. Tenía una especie de novia. Ella se trajo a sus amigas y formamos una pandilla muy buena.

¿Novia? Tengo una punzada de celos. ¿Celos? Qué absurda soy, ni que fuera una adolescente.

—Mi hermano, mi padre y mi tío vinieron a buscarme —continúa—. Me dijeron que tenía que ir con ellos.

—¿Te olías para qué era?

—Más o menos. Había visto la B en mi hermano y mi padre, y les había preguntado. Pero ellos siempre decían ya te enterarás, ya te enterarás y no contaban nada.

—Y eso creó en ti una intriga tremenda.

—Enorme —dice guiñándome un ojo y los dos sonreímos sutilmente—. Me llevaron en coche a una casa en el campo. Ya era de noche. Cuando llegamos ya estaban preparados los troncos para la fogata. Entre mi padre y mi tío la encendieron.

Esta pequeña historia me tiene concentrada. Lo imagino con esa edad sintiéndose un adulto por primera vez.

—Saltaron las primeras llamas y el fuego empezó a quemar la madera. Pasó un rato largo, quince o veinte minutos. Nadie hablaba. Entonces mi padre se metió en la casa y salió sosteniendo el hierro con un trapo. Lo calentó en la hoguera. Recuerdo muy bien lo que me dijo: Hijo, ha llegado la hora de que nuestros vínculos se hagan más profundos.

Al imaginarme el final de la historia, me sobrecogí. Como si leyera mi mente, pone una mano sobre la mía y las entrelazamos.

—Ordenaron que me quitara la camisa. Mi padre sacó el hierro del fuego y se acercó. Pude ver la B completamente roja.

—Eso tenía que quemar...

—Como un demonio, sí —dijo terminando la frase—. Mi padre me preguntó si estaba preparado. Tragué saliva y respondí que sí con la cabeza. Mi hermano y mi tío me sujetaron por los brazos, y me obligaron a arrodillarme. Mi padre presionó el hierro contra mi pecho.

Sus ojos se abrieron como si recordara el dolor que debió de haber sufrido. Le beso con ternura la cicatriz.

—Dios mío, qué terrible —digo asombrada y fascinada por la crueldad de su propia familia.

—Aullé a la luna —dice suspirando—. Me dieron una pomada para que me la pusiera, cicatrizó bien, pero aun así no pude dormir.

—¿Por el dolor?

—Por el orgullo de ser un Barone.

Sigue con mi mano sobre la mía, que protege su B marcada a fuego vivo. Se inclina hacia mí y me besa con pasión.

—Eres bellísima —susurra.

Esta es de las noches más increíbles que he vivido.

—Ahora es tu turno —dice sonriendo—. Dime algo que nunca hayas contado a nadie.

Inspiro aire lentamente.

—Algo que no haya contado a nadie... —repito en voz alta.

En una décima de segundo pasa mi vida ante mis ojos. Me detengo en la infancia. Palermo. Verano. No sé si contarle eso, tan personal...

—Sí —dice, y me besa suavemente en los labios.

Al mirarle el plateado iris de sus ojos, siento que cae una barrera más entre nosotros. Vale, allá voy.

—Era el primer día de verano, así que no había que ir al colegio. Yo, encantada. Aburrida, me puse a perseguir a mi madre por toda la casa. Ella se hartó enseguida y me dijo que fuera a jugar al jardín.

—¿Qué edad tenías?

—Seis o siete años —respondo ladeando la cabeza—. Estaba en el jardín jugando con Ron, uno de nuestros perros. De repente, oigo unas voces. Me quedo quieta y escucho que vienen del

salón. Pienso qué raro si solo estamos mi madre y yo en casa. Me asomo por una ventana y veo a mi padre.

Salvatore asiente con la cabeza, está en modo escucha total.

—Está discutiendo con otro hombre que no había visto en mi vida. Uno grandote con barba, que le empuja.

—¿Sobre qué discutían?

—No me acuerdo —respondo encogiéndome de hombros—. Entonces mi padre mira al hombre muy ofendido, casi rojo de ira. Mete la mano dentro de su chaqueta y saca una pistola. Le dispara dos veces. El hombre cae sobre la mesa y después, al suelo. Se oyen voces de mi madre preguntando qué ha pasado, pero mi padre ni se inmuta. Recuerdo que mi padre se gira y me ve. ¡Me quedé de piedra! Nunca olvidaré su mirada fría como el hielo. Salí corriendo.

—¿No te dijo nada después?

—No, nunca. Ni yo tampoco se lo dije a mis hermanos, ni a mi madre. Fue como un secreto entre nosotros, pero desde ese día supe que mi padre era una persona peligrosa.

Me besa en los dedos, y después va plantando más sobre mi cara: frente, párpados, nariz y finalmente en la boca. Nos miramos intensamente como si pudiéramos descubrir el verdadero interior del otro. La noche, el silencio, las confesiones son hilos íntimos que nos van uniendo casi sin darme cuenta.

Dios mío, ¿que me está pasando?, ¿qué está pasando entre nosotros?, ¿de verdad es solo sexo o es algo más?

CAPÍTULO 27

SALVATORE

Los primeros y tímidos rayos del sol se cuelan por la ventana. Amanece. Aún estoy en la cama con Beatrice, abrazados. Sigue durmiendo como un ángel. Antes de que las niñas se despierten, tengo que largarme de aquí. Me levanto, voy recuperando las prendas esparcidas por el suelo, y me visto con rapidez. Lanzo una última mirada de deseo a Beatrice y salgo al pasillo.

Pego la oreja a la puerta del dormitorio de las gemelas. Silencio. Bien, duermen. En el salón, a través de la ventana, veo que el coche continúa aparcado en frente. Distingo a Rafael y Toni, fieles e incansables en sus puestos. Estaría bien darles este mes un sobresueldo.

En el móvil tengo un montón de mensajes y correos, pero decido que los leeré después. Tengo que ducharme, así que voy al baño del pasillo. Me desnudo y me meto bajo la alcachofa. Al cerrar los ojos, la mente se llena de recuerdos del polvo de anoche. Su sensual cuerpo, su mirada ardiente y cómo pronunciaba mi nombre al correrse.

Algo me está pasando. Mi primer pensamiento de esta mañana ha sido: que no nos pillen las niñas en la cama. Estar con ellas en esta casa me está creando una extraña sensación de familiaridad. Quiero más, quiero más de Beatrice. Tenemos una conexión profunda en todos los sentidos. Nunca me ha pasado. Esta es la primera vez que veo a una mujer más allá de su cuerpo.

Joder, es la hija de Spinazzo. El eterno enemigo de los Barone. El hombre que mandó asesinar a mis padres. ¿Me estoy enamorando de su hija? No, es absurdo. Solo quiero usarla en la cama, obtener sus secretos y dejarla tirada. Me dan igual ella y las gemelas.

Unos minutos después, salgo de la ducha y me visto. Oigo voces. Ya se han despertado. ¿Qué vamos a hacer hoy? Tal vez deba preguntar a la madrina qué hacen los niños de doce años en Marbella.

Debería aprovechar e indagar en ese recuerdo suyo de Corleone. Y también, ¿quiénes de sus primos son los que realmente dirigen la mafia en Palermo? ¿Qué lazos unen a Jan con su padre desde el matrimonio concertado? La excusa de los negocios de su marido abrirá más puertas.

Sí, es el momento de apretar un poco más.

Al salir del baño, me llega una mezcla de voces de adultos y niños. Con la mosca detrás de la oreja, aparezco en el salón. Me quedo de piedra cuando veo a mi primo Leo. ¿Ya está aquí? Pensé que vendría a última hora de la tarde.

—Hola, Salvatore —dice sonriendo con arrogancia.

Sentado a la mesa, tiene a las gemelas a su lado y a Beatrice al otro. Los celos me devoran por dentro. Calma, Salvatore. No pierdas los papeles. No delante de ellas.

—Buenos días —me dice Beatrice sonriendo.

—He traído el desayuno —dice Leo con una falsa amabilidad—. Anda, coge algo, que te veo muy delgado.

Hay de todo: palmeras con chocolate, donuts y cruasanes. ¿Es que ha comprado una jodida panadería? Además, también ha traído café. Mónica mordisquea una palmera, y Anna un cruasán.

—No tengo hambre —digo gruñendo.

—Te he traído ropa —dice Leo señalando el sofá.

Un petate voluminoso. Supongo que habrá un poco de todo. Alguien del servicio de casa lo habrá preparado. Quizá Esperanza.

—¿Rafael y Toni han desayunado? —le pregunto.

—No te preocupes, tienen ya su ración —dice Leo—. El relevo está de camino. Si tienes que hacer algo, Salvatore, adelante. Me quedo aquí cuidando el fuerte.

Abro el petate y echo una ojeada a la ropa. Bien, hay un poco de todo, incluido ropa interior. Si Leo no se va en cinco minutos, tomaré medidas. No me gusta compartir a Beatrice con nadie.

—Mónica, Anna, ¿ninguna se va a comer ese donut? —pregunta Leo.

—Sí, yo —dice Mónica.

—Fijaos, si cogéis dos donuts parecen unas gafas —dice Leo juntando los bollos delante de sus ojos.

Las gemelas sonríen y yo quiero estrangular a mi primo. Si le echo a patadas será peor. Digamos que esté aquí es un mal menor. Me siento en la mesa y tengo un cruce intenso de miradas con Leo.

Me fijo que hay dos agendas nuevas de colores chillones. Tienen un aire infantil, con pegatinas y cosas así.

—¿Te gustan? —dice Leo sonriendo—. Se las he traído a las niñas. Un regalo de los Barone.

—Me encantan —replico—. Muy prácticas. Bueno, gracias por tu visita, primo. Vuelve cuando quieras.

Beatrice no es tonta. Nota la tensión entre nosotros.

—Mamá, mañana también quiero desayunar todo esto —dice Anna.

—¡Y yo! —se suma Mónica.

—Niñas, hoy es un día especial. Mañana, desayunaremos lo de siempre.

Las gemelas se vienen abajo por la catástrofe. Beatrice se levanta con varios platos y los deja en el fregadero. Leo se levanta también con platos y cubiertos. El muy cabrón se pega a ella. Le toca el brazo. Murmuran. ¿Qué coño le estará diciendo?

Noto que tengo las mandíbulas apretadas. Cuando me doy cuenta veo que he doblado un tenedor por la mitad. Me levanto y me pongo entre los dos. Mi primo tiene suerte de que están ellas delante, de lo contrario mis puños tomarían la palabra.

—Leo, tenemos que hablar —le digo—. Vamos fuera.

—Le estaba diciendo a Beatrice que hoy nos podía contar más cosas sobre los negocios de la mafia holandesa —dice mi primo apoyado en la encimera y con los brazos cruzados—. Hace unos días me enteré de que en Rotterdam habían detenido a un capo. Tiene que estar eso muy revuelto.

—Anna, Mónica, ¿y esas mochilas? —pregunta Beatrice extrañada—. No me suenan haberlas comprado.

Las gemelas están en la mesa. En algún momento han ido al dormitorio y han vuelto. Despreocupadas, cada una mete su agenda en su mochila de color púrpura, con múltiples cremalleras y compartimentos. Parecen nuevas.

—Nos las regalaron en el aeropuerto —responde Anna.

—¿El de Ginebra? —pregunta Beatrice.

—Sí, nos la dio una azafata —dice Mónica—. Se acercó y nos preguntó si las queríamos.

—¿Solo eso? ¿Os dio las mochilas y se fue? —pregunto frunciendo el ceño.

Todo suena muy raro. Qué casualidad que una desconocida les regale dos mochilas justo cuando se venían para Marbella. Sin pensármelo dos veces, voy a la mesa.

—Tengo que revisarlas, ¿vale? —les digo.

Beatrice y Leo se ponen a mi lado. El aire se carga de tensión. Nadie lo dice, pero puede haber sido toda una trampa.

—Leo, revisa la otra —le digo.

—Vale.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Anna.

—Nada, venid, vamos al salón a ver la tele —dice y las aparta del comedor.

Abro las cremalleras. Examino, meto la mano, palpo. Leo, lo mismo. Le doy la vuelta, la sacudo para que caiga lo que sea, nada. ¿Falsa alarma?

—Aquí no hay nada —dice Leo.

—Aquí tampoco. Mucho mejor, por un momento pensé que...

Callo de repente. En el compartimento más grande descubro un bolsillo pequeño, como es del mismo color que la tela interior no lo había visto antes. Deslizo un dedo. Toco algo, un objeto. Intuyo lo que puede ser, pero no quiero creerlo. Con los labios apretados, saco el objeto. En cuanto asoma, me doy cuenta del grave problema que tenemos.

Un GPS para localizarnos.

CAPÍTULO 28

SALVATORE

Con el pulso acelerado, le muestro el GPS a Leo.

—¡Nos están rastreando! —le digo.

—¡No me jodas!

Lo dejo caer al suelo, y lo destrozo con el talón de mi zapato. Beatrice y las niñas nos miran con preocupación.

—¿Desde cuándo está eso ahí? —pregunta Leo.

Echo un cálculo rápido desde que recogimos a las gemelas en el aeropuerto.

—Poco más de treinta horas —y miro a Beatrice—. Ruud ha tendido una trampa. Sus hombres pueden estar aquí en cualquier momento.

—Dios mío —dice ante el desconcierto de las gemelas.

—¡Hay que salir de aquí ahora mismo! —digo alzando la voz—. Voy a avisar a Rafael y Toni. Beatrice, prepara las maletas. Solo lo justo y necesario. Leo, por si acaso, echa un vistazo al jardín.

—¡Vale!

A paso ligero, voy a la entrada y abro la puerta. Jodido Ruud. ¡Qué rápido se ha movido! Improvisó una estrategia muy buena. Qué listo es ese cabrón.

Treinta horas. Entre mover a los suyos, logística, desplazamientos... Eso no es rápido. No tiene infraestructura aquí en Marbella. Lo que no sé es si con treinta horas es suficiente para encontrarnos. El mal tiempo puede también influir para recibir correctamente la señal.

Veo a Rafael y Toni en el coche haciendo la guardia. En la otra acera, el coche de Leo. Les diré que estén alertas. Al verme, Toni hace un gesto de reconocimiento. De repente, veo una mancha de sangre esparcida sobre la ventanilla. Me quedo inmóvil. La cabeza de Rafael se desploma a un lado. Joder, le acaban de disparar. Está muerto.

¡Ya están aquí!

A su lado, Toni reacciona, pero también recibe otro balazo en la cabeza. Joder, la adrenalina me pone en alerta máxima. Me agacho para coger la pistola que llevo bajo el pantalón, sujeto a la espinilla. A unos cien metros aparecen dos tipos con cascos de moto, vestidos de negro. Cada uno con su pistola en alto.

Son ellos, la gente de Ruud Van Peters.

Les disparo y doy unos pasos hacia atrás. Bajan de la moto y se refugian detrás del coche. Por suerte, gano un par de segundos y entro en la casa justo cuando un par de balas me pasan cerca. Se quedan incrustadas en la fachada, a un palmo del marco de la puerta.

—¡Leo, llévatelas! ¡Salid por el jardín! —grito a pleno pulmón con la pistola en la mano.

Beatrice, con la cabeza agachada, rodea a las gemelas por los hombros. Sus caras son de pánico total. Corren por el salón y llegan al jardín. Leo las protegerá y eso me quita un peso de encima.

La policía no tardará en llegar. Estamos formando demasiado escándalo. Algún vecino les llamará. Tengo que salir de aquí cuanto antes, pero antes ellas por su seguridad han de estar lejos, muy lejos. Son mi prioridad. Me asomo por la ventana con mucha precaución. Una bala entra por el cristal y lo hace añicos. Caen esquivadas sobre mí.

Siento un quemazón en un costado. Mierda, esos cabrones me han dado. Joder, estoy sangrando. Tapo la herida con una mano, apretando fuerte.

Mientras uno dispara, lo más seguro que el otro intentará entrar. Mierda, la puerta está entreabierta. Pensé que la había cerrado. Como entren los dos, estoy perdido. Leo y ellas estarán corriendo por atrás, buscarán un taxi. Llamar a Pietro y Vin no es mala idea, pero tardarán en venir.

Respiro con dificultad. Joder, voy a morir desangrado. No, ahora no. Consigo cerrar la puerta de la entrada a duras penas. Intuyendo que se asomarán por la ventana, alzo la pistola y en cuanto veo una mano sosteniendo un arma, disparo. Oigo un «argh». Vale, le he dado a ese cabrón.

A lo lejos oigo la sirena de la policía. Sabía que vendrían.

Llega el momento de salir a toda hostia. Con la mano sobre mi herida, cruzo el salón y salgo al jardín. La puerta enrejada por la que se fueron Leo y ellas sigue abierta, así que sigo sus pasos.

Noto un sudor frío en la frente. Si caigo redondo aquí mismo, sobre la acera, alguien me verá y llamará a la policía... si es que me encuentran con vida. Piensa en una salida, Salvatore.

Un viejo coche de color rojo sube por la cuesta. En momentos desesperados, medidas desesperadas. Reuniendo fuerzas de donde puedo, me planto en mitad del pavimento y apunto al conductor con la pistola.

El coche frena de repente. Al volante, una mujer de mediana edad que me mira como si hubiera visto al mismísimo diablo.

—¡Baje o disparo! —grito a un palmo de la ventanilla, encorvado por el dolor.

—¡No me mate, no me mate! —exclama pero no se mueve del asiento.

Abro la puerta. Con un gesto apremiante de la mano le digo que se levante. Nada, que no se mueve. No tengo tiempo que perder. Voy a perder la paciencia, así que la cojo del vestido y tiro de ella con fuerza. Consigo echarla del coche. Subo, cierro la puerta y dejo la pistola sobre el asiento del acompañante. Necesito la mano libre. Giro la llave y el motor se enciende. Pongo primera y acelero.

¿Adónde voy? Todo está pasando tan deprisa que ni lo he pensado. Piensa, piensa, piensa. ¿A casa? Demasiado lejos, no creo que llegue. Vale, sí, al restaurante de Nueva Andalucía que está más cerca. Además, detrás hay un callejón donde puedo aparcar.

Inclinado sobre el volante, conduzco a unos sesenta por hora. Tengo ya toda la ropa húmeda, empapada de sangre. A cada segundo que pasa, me noto más y más débil. No sé ni cómo estoy conduciendo en este estado. ¿Y Beatrice? ¿Y las gemelas?

El tiempo pasa muy lento. Doblo la esquina y sigo recto. ¿Me he perdido? No, ahí veo La Forchetta. Vale, ahora aparco en el callejón y bajo para pedir ayuda en la cocina.

Pero detengo el coche y, de repente, lo veo todo oscuro.

CAPÍTULO 29

BEATRICE

Con la empuñadura de su pistola, Leo rompe la ventanilla de un coche aparcado en la calle. Mete la mano, quita el seguro y abre la puerta.

—¡Subid! —grita.

Abro atrás, dejo que pasen las niñas y me subo. Nerviosa, giro la cabeza y miro a través de la ventanilla. Nadie nos sigue. ¿Y Salvatore? Dios mío, oigo ruido de disparos. Leo, sentado frente al volante, está haciendo algo para arrancar el coche. Supongo que un puente.

—Mamá, ¿qué está pasando? —pregunta Anna con cara de susto.

Tomo aire para tranquilizarme. Si se dan cuenta de que estoy en medio de un ataque de pánico, no se calmarán.

—Hay gente que nos quiere hacer daño. Por eso hemos salido corriendo de la casa —le respondo formando una piña con Mónica, que también escucha asustada—. No os preocupéis, estamos seguras. Pronto será todo como antes.

—¿Por qué nos quieren hacer daño? —pregunta Mónica.

—Porque son gente mala, y los malos se comportan así —responde Anna.

—Sí, así es —digo—. Son los malos y nosotras los buenos.

El motor ronronea. Leo mete primera, maniobra y enseguida avanzamos por la calzada, aunque no sé a dónde vamos.

—¡Agarraos bien! —grita Leo.

—¡Poneos los cinturones! —les digo a mis hijas.

Leo conduce con una mano, y con la otra habla por el móvil con el altavoz.

—¡Pietro, necesitamos ayuda!

—¿Qué pasa?

—¡Los holandeses nos han encontrado! Voy con Beatrice y las gemelas. Salvatore se ha quedado en la retaguardia. Llevo un coche robado.

Vuelvo a mirar hacia atrás. Nadie nos sigue. Siento algo de alivio, pero la tensión me sigue atenazando todo el cuerpo.

—¿Por dónde estás?

—Me dirijo al cruce de Benahavís. Que alguien nos espere bajo el puente para que pueda dejar el coche.

—¡Salgo para allá!

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Leo.

Ahora conduce con las dos manos sobre el volante, muy concentrado. Vamos rápidos, pero

sin llamar la atención.

—Al único lugar donde estaréis seguras. Nuestra casa.

Parece que el peligro ha pasado, aunque no puedo evitar mirar por la ventanilla de atrás a cada segundo. Casi sin darme cuenta, aprieto las manos de mis hijas.

—¿Todo bien? —les pregunto.

Ellas asienten con la cabeza. Suspiro discretamente. Pobres de mis hijas, todo por culpa de su madre. Ay, Beatrice, si te hubieras quedado en casa, nada de esto estaría pasando. Seguirían en el internado, a lo mejor no contentas pero sí seguras. Fuiste una egoísta al pensar solo en ti.

Los siguientes minutos pasan rápido. Llegamos al puente y un solemne Rolls Royce nos está esperando. ¿Será de alguien de los Barone?

—No podemos ir a casa con un coche robado —dice Leo mirándome—. Venga, deprisa, bajaos. Nos vamos en el de mi hermano.

Subimos al coche. Leo se sienta al lado de Pietro. Nosotras, atrás. Mientras vamos por la carretera hacia la casa, Leo le cuenta con todo detalle lo que acaba de suceder. Las gemelas se pegan más a mí y yo las rodeo con mis brazos. ¿Cuándo terminará este sufrimiento?

A través del retrovisor, intercambio una mirada tensa con Pietro que me deja incómoda. ¿Será porque me echa la culpa?

—Papá, Vincenzo y los demás van hacia la casa que han atacado —dice Pietro—. Ahora mismo no tenemos a Salvatore localizado. ¿Tú estás bien?

—Sí, nos fuimos a tiempo.

Al pensar en Salvatore, se me encoge el corazón. Que no le pase nada grave. Sin él me sentiré totalmente desamparada.

Después de un trayecto de unos quince minutos a través de la montaña, pasamos un control de seguridad y nos detenemos frente a una mansión espectacular. Imagino que será la de la familia. Tiene ventanales gigantescos y la puerta de entrada es enorme. La verdad es que impone. Hasta las niñas se quedan con la boca abierta.

Pietro nos abre la puerta. Bajamos y, de la mano de las gemelas, caminamos detrás de ellos.

—¿Dónde estamos, mamá? —pregunta Mónica.

—En casa de unos amigos —respondo sin mucha convicción.

En el umbral espera una mujer joven con las manos entrelazadas, de pelo moreno y largo.

—Esperanza os acompañará a vuestras habitaciones —dice Pietro.

—Si necesitas algo, pídeselo —dice Leo—. Nosotros volveremos cuando podamos.

Antes de que pueda decir algo, ya se han subido al coche. Son fríos conmigo. Sí, sin duda, me echan la culpa de lo que ha pasado. Resoplo con discreción para que las gemelas no me pillen en un gesto de inseguridad o miedo. Si transmito calma, se sentirán así.

—Bienvenidas —dice Esperanza sonriendo—. ¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Beatrice, y estas son mis hijas Mónica y Anna.

—Encantado de conoceros, ¿me acompañáis?

Entramos a un vestíbulo lujoso, decorado con buen gusto y con unos techos altísimos. Al fondo, a través de unas cristalerías, se extiende un jardín que brilla bajo el sol de la mañana.

De repente, aparece Máximo y, sin decir nada, se coloca detrás de nosotras. Bajamos por las escaleras al piso de abajo. Las gemelas miran a todas partes, llenas de curiosidad.

—No ha dado tiempo a preparar algo para las tres —dice Esperanza.

—Lo que sea estará bien para nosotras —digo.

Esperanza se detiene y con una mano señala una habitación. Entramos las tres. Máximo se queda fuera. Hay una cama grande, suficiente para las tres. La ventana, que da al jardín, está

abierta y tiene rejas.

—Ese es el baño —dice Esperanza señalando con la mano—. ¿Queréis beber o comer algo? ¿Habéis desayunado?

—Agua, por favor —respondo.

—Claro, ahora os traigo una botella fresca.

Al irse, cierra la puerta. Me siento en el borde de la cama entre las niñas, las abrazo y les planto un beso en la cabeza.

—¿El señor de afuera quién es? —pregunta Mónica.

—Alguien que cuida de nosotras —digo aunque tampoco sé si es cierto. Puede que, en realidad, nos vigile—. Estamos juntas, eso es lo importante.

—¿Cuándo va a venir Salvatore? —pregunta Anna.

—Sí, eso, ¿cuándo? —dice Mónica.

Preguntando por Salvatore, no me lo esperaba. Creo que también se sienten seguras con él.

—A mí también me gustaría saberlo, pero no lo sé. Seguro que muy pronto —digo aunque es más un deseo que una certeza.

CAPÍTULO 30

SALVATORE

Al abrir los ojos, veo a Pietro. Me mira fijamente, de pie. Enseguida me doy cuenta de que estoy en la habitación de un hospital. Estoy tumbado en una cama, vestido con la típica bata. Siento una fuerte debilidad por todo mi cuerpo.

—Estás despierto —dice, poniendo una mano sobre mi brazo.

Noto en el costado un fuerte dolor. Con la mano debajo de la sábana, me palpo con mucho cuidado. Lo último que recuerdo es estar empapado de sangre.

—Te han cosido la herida —dice Pietro—. Ha habido suerte, la bala entró y salió limpiamente. Pero perdiste tanta sangre que te han hecho una transfusión de urgencia.

—¿Cómo están Beatrice y las niñas?

—Bien, —responde como extrañado de que esas sean mis primeras palabras—, en casa.

—¿Y Leo?

—Perfectamente. Vin y él se han ido a hablar con la policía junto a la abogada de la familia.

—¿Amina Khalil?

—Sí, con ella.

—De momento, está todo controlado. Les diremos que no tenemos ni idea de quiénes han podido ser, y de que colaboremos con ellos en todo. Se han llevado al muerto para identificarlo.

Entonces me cargué a uno. Que se joda.

—Nadie va a molestarte —continúa mi primo—, vamos a levantar un muro en torno a ti y ellas.

—Pero aquí en el hospital llamarán a la policía.

—Estás en la clínica privada de Nueva Andalucía. Les hemos dado unos cuantos sobres con mucha pasta para que se lo tomen con calma. Que en sus registros pongan «accidente de caza» o lo que sea.

Asiento con la cabeza. Por suerte, mi familia está ahí para borrar mis huellas. Me incorporo lo suficiente para apoyarme sobre el cabecero. La ventana enmarca un atardecer y una bonita vista de un jardín con una fuente en los que pasean familiares y pacientes. Sí, debe de ser una clínica muy cara.

Tengo la boca pastosa. Sobre la mesita, hay un vaso de agua, así que hago el gesto para cogerlo pero Pietro me lo alcanza antes. Bebo un largo sorbo de agua que me sienta de puta madre.

Vuelvo a repasar lo sucedido. Encontrar el GPS, la muerte de Rafael y Toni y también la angustia de pensar que iban a por Beatrice y seguramente a por las niñas. ¿He dicho «angustia»?

Sí, angustia, preocupación e incluso miedo de que les pasara algo.

—¿Qué te pasa, estás bien? —pregunta Pietro—. Estás como ido.

—¿Eh? Estoy acordándome de lo que ha pasado. He estado cerca de perderlo todo.

Pietro asiente.

—Sí, menos mal que no le ha pasado nada a Leo, ¿verdad?

A Leo lo quiero como un hermano, pero la verdad no estaba pensando en él. Ese capullo sabe cuidarse muy bien.

—Sí, menos mal —Miento.

Dejo el vaso sobre la mesita. Así que Beatrice y las gemelas están en casa. Para ellas es la boca del lobo. A su alrededor habrá hostilidad de los padrinos, mis primos e incluso Vin, aunque ya no viva ahí. Están desamparadas. Me necesitan.

—¿Mejor? —pregunta Pietro.

—Sí, de hecho... —digo y lentamente retiro la sábana para levantarme—. Es hora de ir a casa.

—¡Ni de coña! —dice impidiéndomelo—. La médico dice que te quedas aquí para monitorizarte cuarenta y ocho horas.

—¿Cuarenta y ocho horas? Eso es una eternidad. Ni hablar.

Pietro me pone la sábana por encima. No te jode, solo le falta contarme un cuento y darme un beso de buenas noches.

—Primo, escúchame —dice solemne—. Tengo que marcharme. La clínica tiene seguridad privada, pero de camino viene uno de nuestros hombres de confianza. No se te ocurra moverte. ¿Me lo prometes?

—Hablas como tu madre.

—¿Me lo prometes?

—Prometido, no me moveré de aquí hasta que la médico lo autorice —digo sonriendo.

Por suerte, mi primo se marcha y me quedo solo maquinando cómo voy a salir de aquí. Tengo claro que no voy a dejar sola a Beatrice. Sin gestos exagerados, despacio, me levanto de la cama. Me doy cuenta de que no tengo ropa ni móvil. ¿Qué voy a hacer? No puedo avisar a nadie de la familia. Avisarían a Pietro.

Sobre la mesita hay un teléfono fijo. Se me enciende la bombilla. Lo levanto y oigo el tono para llamar. Bien, cuelgo. Después llamo a una enfermera con el botón de llamada y viene al momento. Las ventajas de estar en una clínica privada.

—¿Qué desea, Sr. Barone? —dice.

—Seguro que llevas el móvil encima.

—Sí —dice no muy convencida.

—¿Me lo dejas para encontrar un número de teléfono? Será solo un momento.

Con alguna duda, pero me lo deja. Busco la información en internet, memorizo el número de teléfono y le devuelvo el móvil. Cuando se marcha, marco desde el fijo.

—Club Beach Beats, ¿en qué le puedo ayudar? —responde una voz femenina.

—Tengo que hablar con Rulo, dile que Salvatore Barone quiere hablar con él. Urgente.

Transcurren unos segundos.

—¡Salvatore, amigo! Justo estaba pensando en ti. Esta noche, hay una fiesta magnífica. No te la puedes perder.

—Déjate de fiestas, Rulo —digo tajante—. Necesito un favor.

—Lo que sea.

—Ven ahora a la clínica privada de Nueva Andalucía. Trae ropa, un polo y unos vaqueros.

Lo que sea, pero de buena marca. Tengo que salir de aquí cagando leches.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Ya te devolveré el favor cuando pueda.

—Sin problema, Salvatore. En unos quince minutos estoy ahí.

Cuelgo y me sirvo otro vaso de agua. Increíble, pero esta simple conversación me ha cansado. Me tumbaré en la cama a esperarle. Qué extraño esa sensación de estar con ellas urgentemente, como si me fuera la vida en ello. Sí, creo que me han hechizado.

CAPÍTULO 31

BEATRICE

La casa Barone está en silencio. Las niñas se han quedado dormidas. Las beso en la cabeza. Pobres, lo que están pasando... Espero que tarde o temprano termine esta pesadilla. Tenemos que salir de esta. Lo de hoy ha sido horrible. Dios mío, qué pánico y angustia. Pensé que íbamos a morir.

Todo parecía ir más o menos bien, me sentía segura y, de repente, estábamos en una trampa. ¿Qué hubiera pasado si a Salvatore no le hubieran parecido sospechoso esas mochilas? Esos segundos de antelación fueron vitales para salir por la puerta del jardín.

Y ahora, ¿qué pasará con nosotras? ¿Cuánto tiempo estaremos aquí? No podemos irnos porque la policía y Ruud están al acecho. Pero en esta casa, no sé, tampoco me siento cien por cien segura. Como si en cualquier momento también se puede volver contra nosotras. Esa mirada de Pietro por el retrovisor todavía me da escalofríos.

¿Dónde estará Salvatore? Qué preocupación. Se quedó solo para enfrentarse a ellos para que nosotras pudiéramos escapar. Puso en peligro su vida por mí y las gemelas. Tal vez sea un ángel que exista para protegernos. Por Dios, que no le haya pasado nada grave.

La puerta se abre. Mi corazón da un vuelco. ¡Salvatore!

Me levanto de la cama de un salto. Sin decirnos nada, nos abrazamos.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja cogiéndome de las manos.

—Dentro de lo que cabe, sí. ¿Y tú?

—Lo más grave, ha pasado —dice buscando palabras tranquilizadoras—. ¿Y las niñas cómo están?

—Les ha costado dormirse. Con angustia, y preguntando muchísimo. Espero que esto no les cause ningún trauma.

—Mientras estés tú a su lado, será más llevadero.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien. Pensé que te había pasado algo...

Le vuelvo a abrazar.

—Cuidado —dice con un gesto de dolor y apartándose un poco.

—¿Qué te pasa?

—Me han dado puntos —dice señalando un costado—. Una bala entró y salió limpiamente.

—Han estado tan cerca de... —digo temblando al recordarlo todo.

—Ya ha pasado todo, ahora tenemos que mirar hacia delante —me dice aún en voz baja—. Vamos fuera, no quiero que se despierten.

Salimos del dormitorio. Me fijo que hay otro vigilando, igual de corpulento que el otro.

Salvatore le hace un gesto de la cabeza. Recorremos el pasillo hasta llegar a un pequeño saloncito. Me siento en el sofá y al sentarse él, hace otro ligero gesto de dolor.

—¿Y los médicos te han dado puntos y ya está? —le pregunto.

—Más o menos, pero no quiero hablar de eso ahora.

—Como quieras —digo y se crea un silencio incómodo—. ¿Qué ha pasado después? ¿Llegó la policía?

—Mi familia y la abogada se han encargado de todo eso. Vamos a tirar de todos nuestros contactos y recursos para que el *incidente* pase desapercibido para los medios. A nadie le interesa que se haga público porque es una mala imagen para Marbella. Lo que importa es que nadie sepa que tú y las niñas estabais en esa casa.

—Pero todas nuestras cosas están ahí.

—Las han recogido antes. Están en el garaje, en la furgoneta. Ahora mandaré que te las entreguen.

—¿Y los escoltas?

—Rafael y Toni han muerto —responde con un mohín de disgusto.

—Dios mío —digo cerrando los ojos.

—Sé que es frío decirlo, pero forma parte del trabajo —dice con resignación—. Hablaremos con sus familias y les daremos una generosa indemnización. Es lo mínimo que podemos hacer.

Recuerdo intercambiar con ellos alguna palabra. No los conocía a fondo, pero cuidaban de nosotros y siento lo que les ha pasado. Horrible.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —pregunto.

—No lo sé. Mi prioridad es protegerte a ti y a las gemelas. Ahora mismo el ambiente ahí fuera está muy caldeado. Hay que esperar a que se enfríe.

—¿Y tu familia está de acuerdo con que esté aquí?

—Claro, ¿por qué no?

—No sé, noto una energía muy tensa alrededor. A lo mejor son cosas mías.

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos. Es la primera vez que estamos a solas desde anoche, cuando nos dejamos llevar por la pasión y acabamos desnudos en la cama.

—Deja que vayan pasando los días —dice—. Están siendo muy complicados para todos.

Acaricia mi mejilla con el dorso de la mano, y distingo un brillo de deseo en su mirada. Sonríe en silencio. Tiene aspecto de cansado, la cara magullada, y le han cosido la herida de un disparo. ¿Será por eso que le veo más guapo que nunca?

Reclama mi boca y nos besamos o, más bien, nos devoramos. No puedo resistirme, en cuanto se me acerca, mis defensas caen con una facilidad que me asusta. Una completa locura lo que está pasando entre nosotros. Siento la embriagadora excitación palpitando dentro de mí. Es increíble que, en medio de una guerra, haya espacio para el deseo.

Su beso sabe tan bien como el primero. Hay peligro, misterio y desesperación. Ahora mismo es la única persona en la que confío. De repente, Salvatore deja caer su cabeza sobre mi hombro. ¿Qué está pasando? Parece que se ha desplomado.

—Salvatore —le digo dándole palmadas en la espalda.

No responde. Empiezo a sentir una humedad en mi ropa, a la altura del vientre. Palpo, sí, está húmedo. Al ver mi mano descubro con espanto sangre.

—¡Salvatore! —grito.

Sigue sin responder. Entro en pánico. ¿Inconsciente o... muerto? No, no quiero ni pensarlo.

—¡Ayuda! —grito desesperada.

El guardaespaldas llega corriendo. Me ve sosteniendo a Salvatore.

—¿Qué coño pasa?

—¡Está sangrando!

—¡Mierda! —dice quedándose pasmado.

—¡Busca ayuda! —Apremio—. ¡Hay que llevarlo al hospital!

Se aleja corriendo con el móvil pegado a la oreja. Llamará a los hermanos, los primos, qué sé yo. Pero alguien tiene que venir a ayudarlo. Los segundos pasan con una lentitud desesperante. Tengo miedo de moverme. Si lo hago, se desplomará del todo sobre el sofá. Si pudiera hacer algo mientras tanto...

—Aguanta, Salvatore, sé fuerte, tú lo eres —le susurro sin saber si me está escuchando.

Oigo pasos rápidos bajando escaleras y después acercándose por el pasillo. Qué bien, ya vienen. Aparecen Leo, Pietro y el guardaespaldas de antes.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pietro con cara de sorpresa.

—No sé, estábamos hablando y se desmayó de repente.

Pietro niega con la cabeza, cabreado.

—Qué cabezota. Le dije que se quedara.

—¡Vamos a llevarlo a la clínica! Si esperamos a la ambulancia tardarán media hora —dice Leo.

—Vale —dice Pietro.

—¿Voy con vosotros? —pregunto sin saber qué hacer.

—No, quédate —dice Pietro tajante.

Le coge de los hombros. Leo, de las piernas. En un abrir y cerrar de ojos, se lo han llevado en volandas. Me levanto, suspiro y me muevo inquieta, juntando las manos como si estuviera rezando. Qué fuerte. Estábamos aquí, tan tranquilos y de repente... Ha caído en redondo.

¿Qué hago, regreso al dormitorio? Sí, será lo mejor. Quizá las niñas se han despertado por el alboroto. Un momento, ¿qué es eso? En el sofá, en un resquicio, asoma una cosa de color negro. Al acercarme, veo una billetera. ¿Será de Salvatore?

La textura es fina, suave, de piel. Sí, de las caras. Curiosa, la abro para asegurarme de que es suya. Como todas las billeteras, tiene espacio para las tarjetas. Cojo la primera, seguro médico privado, dice su nombre. Salvatore Barone Rossi. Vale, es suya. Se la daré a alguien de su familia.

¿Qué más hay aquí? Unos cuantos billetes, tarjetas de crédito, una de un gimnasio, otra de un club de fiestas llamado Beach Beats. No me suena. ¿Y aquí? Una tarjeta de visita que parece antigua, de esas que ya no se hacen. Federico Rossi y debajo Gulia Rossi Barone. ¿Un matrimonio?

Debajo, una dirección de Catanzaro. Sí, Salvatore me dijo que la familia viene de la provincia de Calabria. ¿Serán sus padres? Guardo la tarjeta en su sitio, cierro la billetera y me la guardo.

CAPÍTULO 32

BEATRICE

En el sueño, vuelvo a la casa de mis padres, en Palermo. Estamos terminando de comer. Alguien llega y deja caer un periódico sobre la mesa. Todos miran la portada pero yo no puedo, estoy demasiado lejos. Soy una niña. De refilón, veo que hay una foto en blanco y negro. Mi padre sonríe, mi madre y mis hermanos le observan. Alguien coge el periódico y empieza a leer la noticia. Todos se quedan sorprendidos menos yo. Me siento ajena a mi familia. Mi padre abre la boca para decir algo y entonces me despierto.

Estoy a oscuras, sigue siendo de noche y a mi lado están mis hijas durmiendo. Siento la frente con algo de sudor. ¿Por qué he soñado eso? Debería llamar a mi madre y dar señales de vida, pero a ver cómo explico el lío en el que estoy metida.

Estiro el brazo hacia la mesita y cojo el billetero de Salvatore. Vuelvo a examinar la antigua tarjeta de visita. Federico Rossi y Gulia Rossi Barone.

Me levanto con cuidado de no despertar a las gemelas y voy al baño. Aún evoco el sueño como a través de una niebla. ¿Mi mente me está queriendo decir algo?

Reuniendo fuerzas como puedo, regreso a la cama, aunque sé que no voy a poder dormir. Miro a mis hijas que duermen como ángeles, y suspiro profundamente. Una lágrima se desliza por mi mejilla. Lo que más me preocupa es lo que les puede pasar a ellas.

Pasan las horas muy lentamente. Un amago de luz entra por las persianas. Al final he podido dormir algo, pero no creo que hayan sido ni dos horas. Las niñas están a punto de despertarse. Necesitan sus cosas. Me levanto de la cama para hablar con el guardaespaldas. Ah, este es Benito.

—Hola, Benito —digo.

Asiente con la cabeza, pero no va a decir nada más. Qué seco.

—Salvatore me dijo anoche que tenéis en el garaje cosas que son mías y de mis hijas. ¿Alguien me las podría traer?

—Veré lo que puedo hacer.

—Y mis hijas necesitarán desayunar.

—Lo comunicaré a la familia.

Cuando se despiertan Mónica y Anna, ya han traído las maletas.

—¿Habéis dormido bien? —les pregunto.

Una bosteza y la otra también. Anna se pone sus gafitas. Mónica estira los brazos. Ahora tengo que fingir delante de ellas que todo va bien, o al menos, no tan mal.

—¿Qué vamos a hacer ahora, mamá? —pregunta Mónica.

—Duchaos y arreglaos —respondo acariciando su pelo—. Se supone que han traído todo de la otra casa.

—¿Podemos guardar nuestras cosas en el armario? —pregunta Anna—. Ayer vi que estaba vacío.

—Aún no, tengo que hablar con... —digo y hago una pausa porque no sé con quién si Salvatore está en el hospital.

—¿Salvatore? —pregunta Anna.

—¿Ayer Salvatore nos salvó de los malos? —pregunta Mónica.

—Pues claro, ¿es que no lo viste? —dice Anna.

—¡Y tú qué sabes!

Lo que me faltaba, una discusión para empezar la mañana.

—Niñas, tranquilas, ¿eh? Haced lo que os he dicho. ¿Quién se ducha primero?

Anna dice que ella. Le digo que busque sus cosas de aseo y que yo le preparo su ropa. Anna coge su toalla y champú, y se mete en el baño. Casi enseguida oigo el ruido de la ducha.

—Me gusta más la otra casa —dice Mónica—, por lo menos teníamos una habitación para nosotras.

—Tenemos que adaptarnos a esta, cariño. No queda otro remedio.

—¿Fue por culpa nuestra, por ese GPS de la mochila?

—Ven aquí —le digo y le doy un abrazo—. No, no fue por culpa vuestra. Son cosas de adultos que ya te explicaré cuando seas mayor.

Llaman a la puerta. Les digo que pasen. Entra la amable Esperanza.

—Buenos días, —dice sonriendo—. Cuando os venga bien, el desayuno os espera arriba. Solo avisad a Benito y él os llevará. ¿Necesitáis algo?

—Estamos bien, gracias.

Esperanza se despide y se marcha.

—Ya la has oído, Mónica. Nos preparamos y vamos a desayunar.

—Qué guay, como un hotel, ¿verdad? —dice y, con ganas de jugar, me agarra por el cuello con los dos brazos.

Me echo para atrás y caemos de espaldas sobre la cama. Para mi sorpresa, estoy riendo.

CAPÍTULO 33

SALVATORE

La médico, bajita y de mirada severa, gesticula mucho y tiene un fuerte acento extranjero. Me echa la bronca por escapar de la clínica, pero casi ni la escucho. No hago más que pensar qué estarán haciendo Beatrice y las gemelas. ¿Se habrán despertado ya?

Anoche nos besamos y ya no recuerdo más. Seguro que se habrá llevado un buen susto. Qué ganas de volver a verla, de tenerla cerca, de estar dentro de ella...

Aún me siento cansado, pero no tanto como ayer. Quiero largarme de aquí, pero me da que hoy no podré llamar al Rulo para que me saque. Bueno, será mejor que atienda a la médico.

—Hemos vuelto a cerrar la herida y los resultados de los análisis son positivos —dice frunciendo el entrecejo—, usted es joven y fuerte, así que se va a recuperar pronto.

—¿Cuándo me dará de alta?

—Se lo diré cuando tenga el último resultado.

—Se lo advierto, no pienso pasar otra noche más aquí. Tengo muchas cosas que hacer.

La médico abre la boca, seguramente para llevarme la contraria, pero en ese instante aparece toda la comitiva Barone. El padrino, Vincenzo, Pietro y Leo. Y porque Riccardo está en el Ejército, si no también estaría. ¿La madrina? Vigilando a Beatrice, supongo.

—Buenos días —dice el padrino.

La médico asiente, un poco inquieta ante cuatro hombres hechos y derechos.

—¿La familia? —pregunta.

—Sí, y tenemos que hablar con el paciente —dice el padrino.

—Son demasiados. Al menos tres deberían esperar afuera.

—Gracias por su preocupación, pero es un asunto familiar y tenemos que estar todos —dice poniendo una mano en el brazo de la médico—. Serán solo unos minutos, después será todo suyo.

La médico ladea la cabeza, se da media vuelta y se marcha. Vincenzo cierra la puerta para mantener la privacidad.

—¿No me habéis traído flores? —pregunto sonriendo.

Todos me miran con seriedad. Vaya, parece que no están de buen humor.

—Te dije que te quedaras en la clínica —dice Pietro.

—Me encontraba de maravilla —digo—. No sé qué me pasó en casa, supongo que una bajada de tensión.

—Menos mal que estábamos mi hermano y yo en casa —dice Leo.

—¿Queréis una medalla?

—Tampoco te pongas chulo —dice Vincenzo dando un paso al frente.

—¿Para qué habéis venido?

La tensión se palpa en el ambiente. El padrino levanta las manos y nos quedamos en silencio.

—Lo primero es lo primero —dice con solemnidad—, ¿te encuentras mejor, hijo?

—Como una rosa. Esa médico no tiene ni idea, solo quiere aumentar la factura.

—Para curarnos en salud, vas a seguir su recomendación. Hasta que no te dé el alta, no te vas a mover de aquí —dice levantando un dedo—. Ya hay uno de los nuestros en la puerta, vigilándote. ¿Entendido, Salvatore?

—Entendido... —respondo a regañadientes.

—Una vez aclarado el primer tema —dice el padrino—, vamos al siguiente.

—Nino Spinazzo —dice Pietro.

—La hora de la venganza está más cerca —dice Leo.

—Hemos llegado a un punto en que necesitamos hacer algo pero ya —dice Vincenzo mirándome.

—El ataque de los holandeses no cambia nada —digo para dejar clara mi postura—. Hemos perdido a dos hombres valiosos, sí, pero todo va según lo previsto. Cada vez estoy más cerca.

—Pero ahora estás aquí y Beatrice en casa —dice Vincenzo, que ahora parece más en mi contra que a favor.

—Tenemos ya unas cuantas pistas —Me defiendo—. Lo de Corleone, su comida favorita en Palermo, se trata de ir estrechando el cerco. Ella está cada vez más confiada.

—No tenemos una eternidad para esperar, Salvatore —dice Vincenzo—. Nino puede cambiar de escondite o alguien se nos puede adelantar y matarlo.

—Y llevamos mucho tiempo esperando el momento de vengarnos —dice Pietro.

—Exacto —dice Leo.

—Pasemos al ataque de una puta vez —dice Vincenzo—. Contactamos con la familia de Spinazzo y le decimos que o nos entrega a Nino o nosotros entregamos a su hija y las niñas a los holandeses. ¡Así de claro!

—Estoy de acuerdo con Vincenzo —dice Leo—. Salvatore está renqueante por la herida de la bala, tiene que recuperarse y eso llevará tiempo.

—¿Desde cuándo eres médico? —le suelto a mi primo.

—Salvatore debería continuar con su plan —dice Pietro con los brazos cruzados—. Podemos darle un poco más de tiempo.

Asiento con la cabeza, agradeciendo su apoyo.

—¿La madrina qué opina? —pregunto buscando un aliado más.

—Opinará lo que tenga que opinar, pero ahora no está aquí —dice el padrino y alza la barbilla—. Después de escucharos, he tomado una decisión.

Se crea un silencio expectante.

—Vamos a contactar con la familia Spinazzo y decirles que tenemos en nuestro poder a Beatrice y sus hijas. A cambio de su libertad exigiremos a Nino. Si rechazan el intercambio, se las entregaremos a los holandeses.

Cierro los puños, cabreado de mil pares de cojones.

—¡Padrino, es un error monumental! —exclamo—. ¡Será declarar una guerra abierta! ¿Es que no lo ves, joder?

—Hijo, cuidado en cómo me hablas —dice con la cara ensombrecida de repente—. Yo tomo las decisiones en esta familia.

—Quiero veinticuatro horas más.

—Ya te las dimos en el muelle, ¿recuerdas? —dice Leo.

—No estoy hablando contigo —le digo fulminándole con la mirada.

—La decisión está tomada, Salvatore —dice el padrino—. El siguiente paso es encontrar un mediador para que le haga llegar el mensaje a los Spinazzo.

—Domenico el Silencioso puede ser un buen candidato —dice Vincenzo.

—¿El del Comité de Sabios? —pregunta Leo.

—El mismo.

—En marcha —dice el padrino, y me palmea el hombro—. Salvatore, esfuérzate en ponerte bien. Te mantendremos al corriente.

Me dejan a solas. Sacudo la cabeza, incapaz de creermelo el rumbo que han tomado los acontecimientos. Todo iba sobre ruedas hace un día. Beatrice, las gemelas... no saben lo que les espera. Su familia no aceptará el cambio porque Nino aún tiene influencia sobre ellos y, además, sus hermanos han perdido el contacto con ella. No, todo esto pinta muy mal para Beatrice y sus hijas.

CAPÍTULO 34

BEATRICE

Las gemelas desayunan, ajenas a lo que pasa a su alrededor. En el centro de la mesa tenemos un amplio surtido de cereales, leche y zumo de naranja. Les he peinado con coletas y les ha gustado. Tengo que esforzarme para aparentar la normalidad. Esperanza está haciendo sus cosas ahí atrás, en la cocina. ¿Quién más habrá en la casa ahora mismo?

—Mamá, ¿me pasas una magdalena? —pregunta Mónica.

Le acerco la bandeja para que ella se sirva. Qué gracia, sonrío como si fuera el gran tesoro de su vida. De repente me asalta el recuerdo de mi madre. Debería llamarla para decirle que estoy bien.

—¿Después qué vamos a hacer? —pregunta Anna.

—No lo sé, ya veremos. ¿Tenéis deberes?

—No —responde Mónica.

—Sí —dice Anna.

Inclino la cabeza y le suelto un gruñido a Mónica.

—Os pondréis con los deberes.

—¡Bien! —suelta Anna.

—Jo —se queja Mónica—. Yo quiero ver la casa.

—Estamos de invitados, así que no nos podemos mover como si fuera la nuestra, ¿vale?

Con mi café, tengo más que suficiente. Tantos nervios hace que mi estómago esté cerrado. Miro hacia el frente, distraída en mis pensamientos. ¿Escapar? Sería una locura con las gemelas. Estamos atrapadas, en las manos de los Barone.

Tengo que hablar con Salvatore y preguntarle qué va a pasar con nosotras. Esperanza sirve a las gemelas más zumo de naranja. Hasta me llega el fresco olor de la pulpa recién hecha. De refilón, veo que Benito desayuna de pie, frente a la encimera.

—¿Se sabe algo de Salvatore? —le pregunto.

—No sabría decirle —responde con una sonrisa diplomática. Quizá tenga órdenes de no decirme nada.

—Por suerte, está en buen estado —dice una voz femenina a mi espalda.

Me vuelvo y descubro a una mujer elegante, guapa, de unos sesenta años. Su cabello es castaño y lleva un collar de perlas. Esperanza y Benito se ha puesto tiesos como el palo de una escoba. Tiene que ser la señora de la casa.

—Me alegro —digo.

—Yo también, querida.

—¿Qué le han dicho los médicos?

—Que se pondrá bien. Salvatore está hecho de una madera especial —dice sonriendo y al acercarse huele su perfume caro.

—Hola, niñas —dice con corrección aunque detecto un tono distante.

—Hola —responden las dos.

—¿Habéis dormido bien?

Ellas asienten.

—Soy Francesca, la madrina y tía de Salvatore.

—Sois tantos que no sé cuál es el parentesco.

—Mis hijos son Pietro, Leo y Riccardo. Mis sobrinos Vincenzo y Salvatore son como dos hijos más.

—Creo que no los conozco a todos —y se me ocurre una idea—. Tengo curiosidad, ¿tienen un árbol genealógico?

—Por supuesto, pero ¿a qué viene tanto interés?

—Como he dicho, es solo curiosidad —digo sonriendo para rebajar la tensión—. Salvatore me contó que el origen de los Barone está en Calabria.

—Sí, en la capital, Catanzaro. ¿Ha estado alguna vez?

—No.

—¿Y tú, querida, dónde naciste?

Seguro que lo sabe, pero decido seguir el juego. Mi seguridad está en el aire.

—En Palermo. Sí, toda mi familia es de allí. Somos los Spinazzo —digo y estudio su reacción.

—Ah, sí, me suena —dice como sin darle importancia—, aunque ya hace mucho tiempo que vivimos en Marbella. Muy pocas cosas nos llegan de nuestra querida Italia.

—¿Se siente más española o italiana?

—Española con sangre italiana —responde—. ¿Y tú hace mucho que estuviste en Palermo?

—Fui una vez para que la familia conociera a las gemelas, y después no he vuelto. No he podido aunque me hubiera gustado —digo—. Francesca, ¿podemos hablar en privado?

—Sí, claro —y se vuelve hacia Esperanza—. Por favor, lleva a las niñas a la sala de juegos. Benito, acompáñalas.

Mis hijas intercambian una mirada llena de ilusión. Al verlas irse, se me encoge el corazón. No me gusta separarme de ellas, pero no tengo otro remedio. En cuanto nos quedamos a solas, Francesca se sienta delante de mí. Erguida, cruza las manos sobre la mesa.

—¿Qué va a pasar con nosotras? —pregunto directamente—. Había llegado a un acuerdo con Salvatore.

—El ataque de los holandeses ha hecho que las cosas cambien, querida. Cuando sea el momento, te comunicaremos nuestros planes. Mientras tanto, considérate una invitada.

—Muchas gracias, Francesca —digo intentando que suene a verdad.

—De nada —dice sonriendo—. ¿Alguna otra pregunta?

La frialdad se puede cortar con un cuchillo.

—Sí, bueno, una petición.

—¿Cuál?

—Una llamada al exterior.

—¿A quién?

—A mi madre.

—No, imposible. Por tu seguridad, querida, de momento es mejor que estés aislada por unos

días.

—Me gustaría decirle que estoy bien, que no se preocupe.

—He dicho que no.

Francesca se levanta y se marcha. Tal y como sospechaba. Sí, mis hijas y yo estamos atrapadas en esta casa. Algo no me encaja. Salvatore vuelve a ocupar mis pensamientos. Creo que el muy canalla me ha seducido para utilizarme, pero no tengo muy claro el motivo.

CAPÍTULO 35

BEATRICE

Pregunto a Esperanza dónde está la sala de juegos. Responde que en el ático. Salgo de la cocina, recorro el pasillo y subo las escaleras. Se me hace raro caminar sola, en casa ajena. De afuera me llega el ruido del cortacésped. ¿Cuántos empleados trabajarán aquí?

Una gigantesca ventana rectangular deja pasar la luz del sol. Curiosa, me detengo para observar un paisaje verde de calles y mansiones. La urbanización. Un entorno exclusivo y seguro. Se parece a Sotogrande, solo que esto es más montaña.

Las paredes, enormes y los techos, altos. La decoración es exquisita, llena de detalles como esa nube de espejitos. Supongo que en el segundo piso estarán los dormitorios. ¿Habrán alguien? Son tantos en la familia que vete a saber. Oigo voces y música, será la tele o una consola. Las gemelas estarán encantadas. Si es que para ellas, todo esto es diversión.

Al llegar al ático veo una mesa de billar, una televisión, un sofá y varios sillones de cuero. Anna está jugando a la consola, muy concentrada. Me quedo extrañada. Me falta una hija y además Benito no está.

—¿Dónde está Mónica? —le pregunto a Anna con inquietud.

—No sé, creo que se ha ido a explorar por ahí —responde sin dejar de estar pendiente del televisor.

Bueno, lo que me faltaba. Ahora, a buscarla.

—¿Y el guardaespaldas?

—Dijo que ahora volvía, y justo después se fue Mónica. Me dijo si quería ir con ella, pero es que estoy ocupada jugando.

—¿Tu hermana te dijo a dónde iba?

—Ni idea.

Sacudo la cabeza, molesta. Lo último que me apetece ahora es buscarla por la casa. Bajo por la escalera hasta la segunda planta. Me da reparo entrar en un área tan personal, pero no me queda más remedio. A saber por dónde andará Mónica. Enfilo por el largo pasillo. El suelo es de mármol y las paredes tienen ladrillos al aire. Sí, moderno y original.

—¡Mónica! —grito preocupada.

Nada, ni un sonido. Los Barone deben de haber salido, quizá al hospital a ver a Salvatore. Francesca estará por alguna parte. Voy a la planta baja y recorro el pasillo. En la cocina, Esperanza está haciendo sus cosas.

—¿Has visto a una de las gemelas? —le pregunto intentando aparentar normalidad.

—No, no la he visto.

—¿Dónde se ha metido esa niña? —me pregunto en voz alta.

—¡Estoy aquí, mamá! —la oigo a lo lejos, por fin.

Sigo el sonido de su voz hasta que llego a un despacho. Da al jardín, aunque no tengo tiempo de recrearme en las vistas porque Mónica está de pie, frente a la estantería. Observa un acuario con peces... Un momento, ¿pirañas?

—Mira, qué chulo —dice mi hija encantada de la vida—. ¿Les puedo dar de comer?

—Mónica, ¿cómo se te ocurre entrar aquí? Esta no es tu casa.

Sobre un estante, una foto enmarcada me llama la atención. Cuatro jóvenes posan sonrientes para la cámara. Parece que están en un centro comercial. Parece que son dos parejas. Ellos, un poco arrogantes, pasan el brazo por el hombro de sus chicas. Una de ellas me resulta familiar. Es guapa, con estilo. ¿Francesca? Sí, Francesca mucho más joven. ¿Veintitantos años? El que está a su lado debe de ser el tío de Salvatore. ¿Y la otra pareja? ¿Los padres de Salvatore?

—Venga, nos vamos —le digo a Mónica cogiéndola de la mano.

—Pero yo quiero ver los peces...

—Otro día —digo tirando de ella.

Camino a la puerta, paso cerca del escritorio. Hay desorden, libretas de cuero, plumas estilográficas, papeles con tachaduras... Un mapa en el centro. Aunque lo veo al revés, distingo el contorno de mi querida y añorada Sicilia. La isla más bonita del mundo. Eso de ahí, cerca de la costa, debe de ser Palermo.

—¿Qué hacen aquí?

El corazón me da un vuelco. Al volverme, me encuentro al grandullón de Benito.

—Dímelo tú —digo frunciendo el ceño—. Se supone que deberías estar vigilando a mis hijas.

—Ejem... Tuve una necesidad... urgente —Se disculpa, un poco avergonzado—. Fue solo un momento.

—Pues mi hija ha aprovechado para hacer una excursión. ¿Qué te parece?

—No se lo diga a los jefes, por favor.

Sin soltar a Mónica, vamos por el pasillo con Benito detrás. Ahora tengo que regañarla.

—Ni se te ocurra separarte de tu hermana, ¿vale? Os quiero siempre juntas. ¿Me has oído?

—Pero mamá...

—Ni pero ni pera —digo sonando como mi madre.

Subimos por las escaleras y llegamos al ático, donde Anna sigue jugando con absoluta calma. Mónica se tumba a su lado sobre la alfombra. Benito suspira de aburrimiento y se sienta a una prudente distancia, cerca de la mesa de billar.

Al sentarme en uno de los sillones, con mis hijas delante para no perderlas de vista, noto algo en el bolsillo del pantalón. La billetera de Salvatore. Se la iba a dar a Francesca, pero se me ha olvidado. Sin mucho que hacer, la abro y vuelvo a observar la tarjeta de visita. Federico Rossi y Gulia Rossi Barone. ¿Y ese mapa de la región de Sicilia que tienen en el despacho? ¿Buscan algo en Palermo, mi ciudad?

Una alerta se activa dentro de mí, pero no sé por qué.

Empiezo a unir fragmentos que flotan en mi mente. De repente, Salvatore aparece en mi vida y dice que quiere conocer los secretos de Jan, pero después no parece tan interesado.

Le cuento mis recuerdos en Corleone. Esos veranos en los que mi padre nos visitaba trayendo *panelle*.

Le cuento también cuando vi a mi padre matar a un hombre en el salón de casa.

Los padres de Salvatore murieron asesinados por una guerra de mafias.

Salvatore, tan interesado en saber cosas de mí, de mi pasado, de mi padre... Sus ganas de seducirme, de follarme... Solo puede significar una cosa. Va detrás de mi padre. Quiere saber dónde está, dónde se oculta. ¿Cómo he podido ser tan ciega?

Las rodillas me tiemblan. Dios mío, estoy a punto de desmayarme. Sé fuerte, Beatrice. No montes una escena.

Salvatore, qué cabrón, me está usando. ¿Por qué quiere saber dónde se esconde mi padre? Pues como todos sus enemigos, seguramente para matarlo. ¿Para qué otra cosa si no? Me cubro la cara con las manos. Quiero gritar pero no puedo.

—Mamá, ¿qué te pasa? —pregunta Anna a mi lado.

—Nada, hija, estoy bien.

—¿Seguro? Porque te veo enfadada.

—Anna, joder, te he dicho que estoy bien. Vete a jugar con tu hermana, maldita sea —digo cabreada.

Anna abre los ojos y se marcha cabizbaja. Con el corazón encogido de la pena y la rabia, me arrepiento enseguida. Aunque ahora tengo otras prioridades. Ahora que sé la verdad, ¿qué puedo hacer? Cruzo las piernas y sacudo la cabeza, sintiéndome entre la espada y la pared. Mi padre solo nos ha traído desgracias y muerte.

¿Qué harán conmigo? ¿Qué harán con nosotras? ¿Estamos secuestradas? ¿Me exigirán que les diga dónde está mi padre? No, esto no va a acabar bien. Necesito respuestas y ya.

—Benito, tengo que hablar con Francesca o con alguien de los Barone. En privado. Es urgente.

Asiente con la cabeza, saca el móvil y llama.

—La señora Beatrice quiere que hable en privado con alguien de la familia.

Me mira mientras recibe la respuesta. ¿Con quién hablará? Cuelga y se guarda el móvil.

—Hablarán con usted cuando ellos puedan.

—¿Cuándo va a ser eso?

Benito se encoge de hombros.

CAPÍTULO 36

SALVATORE

—Avisa a la doctora —le digo a la enfermera—. Me encuentro perfectamente y tiene que darme el alta.

La enfermera resopla.

—Se lo hemos dicho unas cuantas veces, Sr. Barone —dice, cansada—. La doctora le dará el alta cuando sea el momento, no antes.

—Dile que venga, quiero hablar con ella.

—Está ocupada con otros pacientes, y después se marcha a casa —dice muy seria.

—Seguro que esos pacientes no pagan lo que yo por estar aquí. Joder, que le digas que venga. Ahora.

La enfermera me lanza una mirada asesina. Sin decir nada, se marcha de la habitación. Al abrir y cerrar la puerta entreveo la espalda de Mateo, el guardaespaldas que ha puesto mi familia. Otro tío corpulento aunque más bajito que Benito. «Tengo órdenes estrictas de no dejarle salir», me ha dicho antes. Capullo...

Se me pasa por la cabeza darle un buen puñetazo, pero enseguida los empleados de la clínica llamarían a seguridad y se formaría un lío tremendo.

Cruzo los brazos y niego con la cabeza. Qué puto estado de ansiedad. ¿Qué me está pasando? No me reconozco. Soy capaz de remover cielo y tierra solo para estar con Beatrice. Pero si hace nada estaba con esta, Patri, sí, así se llama, y no recuerdo sentir nada parecido. Casi me alegraba de no verla por la mañana.

Beatrice es diferente a todas las que he conocido. Lo noté en cuanto me metí dentro de ella. Joder, nuestras miradas echaban chispas. ¿Cuándo te ha pasado eso antes, Salvatore? Nunca. Sí, así de rotundo. Nunca. Y esa manera de, por encima de todo, cuidar y amar a sus hijas. Es como si pudiera ver su esencia, su alma, qué sé yo.

Pero ahora mi familia quiere meterse en medio. Lo entiendo, no puedo estar enfadado con ellos. Yo también quiero vengarme, pero no a su manera, no con ella y las gemelas como moneda de intercambio.

Me da que la enfermera no va a llamar a la doctora. Presiono otra vez el botón con insistencia. Si al menos tuviera el móvil, llamaría otra vez al Rulo, pero estos cabrones se lo han llevado.

Llaman al hijo. Descuelgo con desgana. Vincenzo.

—Quiero asegurarme de que sigues en la habitación —dice.

—Así me devuelves la ayuda que yo te di para sacar a Chiara del Consejo de Sabios, ¿eh,

Judas?

—¡Fui yo quien te dio la misión! ¿Lo recuerdas? —dice resentido—. Lo que pasa es que te has encoñado con ella. Como si no te conociera...

—Si yo no llego a retener a Beatrice, ahora mismo ella estaría en Italia tan tranquila, y nosotros tendríamos una mierda.

—¿Quieres una medalla? —dice sarcástico—. Despierta, Salvatore. ¡Ella es la hija del gran enemigo de la familia! ¡Nada nos podrá detener de conseguir nuestra venganza! ¡Nada!

Cuelgo con muy mala leche. Cojo el fijo con las dos manos, lo arranco de la pared y lo tiro contra la pared de enfrente. Golpea un cuadro, que cae al suelo con estruendo.

Entra Mateo con cara de desconcierto. Mira el cuadro y después me mira.

—¿Qué coño quieres? —digo girándome hacia él.

—¿Se encuentra bien?

—¡Déjame en paz! —gruño.

Cierra la puerta. Me quedo con las manos en las caderas, respirando con fuerza. Las palabras de mi hermano resuenan en mi cabeza. ¿Qué se cree, que yo no quiero vengar la muerte de mis padres?

Parece que estoy en una prisión. Nada, la doctora sin venir. Seguro que la enfermera simpática no le habrá dicho nada. Tengo que salir de aquí. Supongo que ya habrán contactado con el Silencioso. Joder, vaya nombre para un mediador. No tengo el móvil, pero al menos ropa sí.

Me visto y salgo por la ventana. Atardeciendo. Unos pacientes que están sentados en el porche se quedan de piedra. Les hago un gesto de silencio con el dedo sobre los labios.

Tendría que haber ido antes, y ahora he perdido un tiempo valioso. Sin móvil, sin billetera, que no sé dónde estará, sin identificación, sin nada. Piso el jardín y doy un gran rodeo alrededor de la clínica. Sé que la autovía está cerca.

Bien, el edificio me queda atrás y salgo por la salida junto a la garita de seguridad. A simple vista, parezco un visitante cualquiera. Me alejo pensando que me van a decir algo, pero no. Mateo seguirá en la puerta. La cara que pondrá cuando vea que he desaparecido.

Por aquí hay casas y un pequeño hotel que siempre veo desde la autovía. Después de caminar unos minutos, llego a una parada de taxis. Me subo al primero de la fila.

—¿Adónde vamos, amigo? —pregunta la taxista volviéndose hacia mí.

—Al Beach Beats.

Arranca y me mira por el retrovisor.

—Uy, qué mala cara trae. ¿Se encuentra bien?

—Conduzca y no pregunte. No estoy para socializar.

Nos incorporamos a la autovía. Recorremos unos cinco kilómetros y entramos en Puerto Banús. Lleno de coches de lujo. La gente, bien vestida, camina hacia la zona de restaurantes y bares. Le digo a la taxista que aparque en la rotonda.

—Doce euros —dice la taxista.

—No tengo dinero, pero voy al bar de un amigo, le pido el dinero y regreso —digo sonriendo con fingida ternura.

—Mejor le acompaño.

Nos bajamos. El mar descansa a lo lejos y el cielo ya está oscuro. Se oye la música del club de playa. Pido al camarero en la entrada que busque al Rulo. Después de esperar unos minutos, sale, le cuento el problema y paga a la taxista.

—Te lo devolveré —le digo.

Rulo viste con una camisa hawaiana. Está forrado pero no le van los trajes. Le mola el rollo hippy pijo.

—Olvídate de eso —dice con un gesto de la mano—. Tienes mucho que contarme. Siéntate a la barra, tómame una copa o las que quieras y me vas contando. Voy a presentarte a una nueva camarera, francesa, guapa. Ya sabes lo que quiero decir.

—Déjate de rollos. Necesito un móvil y pasta. Ya.

—Tú siempre tan romántico —dice con ironía, rodeándome por el hombro.

CAPÍTULO 37

BEATRICE

—Mamá, estoy llena —dice Anna suspirando y llevándose las manos a la barriga—. No puedo más.

Delante tiene un plato medio vacío con arroz, ventresca y aceitunas. Las tres estamos cenando lo mismo. Esperanza está trajinando en la cocina y Benito come un yogur apoyado en la encimera. La noche ha caído sobre el jardín y la piscina se ha iluminado.

—Sí, yo también —dice Mónica resoplando.

—¿Podemos subir al ático a jugar? —pregunta Anna.

—Por hoy se acabaron los juegos, vamos al dormitorio a prepararnos para dormir. Si acaso vemos un poco la tele las tres juntas.

—Una buena peli no estaría mal, ¿verdad? —dice Mónica.

Esperanza nos sirve arroz con leche con un poquito de canela. Huele de maravilla.

—Seguro que esto os va a gustar —dice.

Las gemelas intercambian una mirada y agitan los brazos alegremente. Claro, les encanta el dulce. ¿A quién no?

—Gracias, Esperanza—digo y me quedo mirando a mis hijas, que comen cada cucharada como si fuese la primera vez que lo prueban.

Me viene bien refugiarme en su inocencia. No me olvido del drama en el que estamos, pero al menos me aísla unos minutos. Quién tuviera otra vez doce años para que las máximas preocupaciones fueran a qué jugar hoy.

—Señora —dice Benito aproximándose a la mesa—, los señores Barone ya están listos para hablar con usted. La acompaño al despacho.

—¿Dejo a las niñas aquí? —pregunto a Esperanza

—En cuanto terminen el postre las llevo abajo.

—¿Adónde vas, mamá? —pregunta Mónica.

—Tengo que hablar con los dueños de la casa —respondo levantándome—. Ahora nos vemos.

Seguido de Benito, me dirijo en silencio al despacho notando la rigidez de mi cuerpo. Tendré a los Barone cara a cara, y no va a ser una charla amistosa.

La puerta está abierta, así que me asomo y veo quiénes van a hablar conmigo. Francesca, Pietro y un hombre mayor que supongo que será el marido de ella, es decir, el tío de Salvatore. Le reconozco por la foto que vi esta mañana. Enseguida siento el peso de sus miradas sobre mí.

Benito cierra la puerta en cuanto piso el despacho. Me quedo sola ante el peligro, aunque es

una sensación que he tenido toda mi vida. Francesca está sentada delante del escritorio. Pietro se pone de pie y me señala una silla. El tío de Salvatore preside la reunión.

—No nos conocemos —dice el marido con una seriedad imponente—. Soy Giovanni, el patriarca de la familia. Ya conoce a mi esposa y mi hijo Pietro.

Asiento.

—Bien, usted ha pedido hablar con nosotros. Ha dicho que era urgente, ¿qué es lo que quiere?

—¿Y Salvatore?

—Ocupado. Se lo vuelvo a preguntar, ¿qué es lo que quiere?

Tomo un poco de aire.

—Sé lo que pretenden conmigo. Lo de los negocios de mi marido es mentira, quieren llegar a mi padre —digo pero Giovanni no se inmuta—. Así que quiero que dejen a mis hijas fuera de sus venganzas personales. Quiero enviarlas a Palermo mañana a primera hora.

Giovanni se queda en silencio, apoyado en el respaldo de la silla y con una mano en la barbilla. Si está sorprendido porque haya descubierto sus intenciones, no lo parece. Pietro sigue de pie con los brazos cruzados. Francesca se cruza de piernas. Finalmente, Giovanni niega con la cabeza.

—Soy yo quien tomas las decisiones —dice alzando la voz—, usted no nos va a decir lo que tenemos que hacer. Considérese afortunada de estar aquí y además siendo muy bien tratada.

—Cuando tengamos algo que decirte, querida, te lo diremos —dice Francesca—. Mientras tanto las tres os quedáis.

—Hablemos claro: soy su prisionera y mis hijas también —digo agarrándome con fuerza a los reposabrazos.

—¿Preferiría salir de aquí y caer en manos de la policía, o peor, en manos de Ruud Van Peters? —pregunta Pietro.

—Lo que quiero lo he dejado claro —digo mirándole con la cabeza bien alta—, que no metan a mis hijas en sus venganzas. Ellas no tienen la culpa de nada.

—Nosotros tampoco tenemos la culpa de que están aquí —dice Giovanni—. Pero esto no trata de quién tiene la culpa, sino de quién maneja los hilos. ¿Me ha comprendido?

—Al menos prométame que a mis hijas no les va a pasar nada —digo casi implorando.

—Mientras estén en esta casa, no les pasará nada. A diferencia de otros, tenemos un código moral que respetar.

Claramente se refiere a los Spinazzo, a mi padre. Su fama fue siempre la de no respetar a nada ni a nadie. Una ambición sin límite y eso al final le llevó a donde está ahora, dirigiendo su imperio en la sombra.

—Gracias —digo sintiendo la necesidad de mostrarme agradecida por mis hijas.

—Esta reunión ha terminado —dice señalándome la puerta—. Benito la acompañará a su dormitorio.

Al levantarme, miro a Francesca y después a Pietro. Benito ya ha abierto la puerta. Cabizbaja, recorro el pasillo recuperando el pulso. ¿Hay algo más que pueda hacer? Siento que he llegado a un callejón sin salida.

Bajamos las escaleras y, a la mitad, oigo las risas de las gemelas. Qué contraste, su alegría en medio del horror. Ahora entraré y fingiré que todo va bien. Cuesta un mundo, pero por mis hijas, lo que sea.

Benito se queda fuera y abro la puerta. En el umbral, me quedo de piedra.

Mis hijas están sentadas junto a Salvatore. ¿Qué está pasando aquí?

CAPÍTULO 38

BEATRICE

—Mamá, ven, Salvatore nos ayude con los deberes —anima Mónica de rodillas sobre la cama.

Tan sorprendida que no puedo ni responder. Ver a Salvatore estar con ellas me produce ternura, aunque solo un segundo, porque empiezo a sentir la furia corriendo por mis venas. Tengo que aguantarme hasta que estemos solos.

—¿Hace cuánto que has llegado? —le pregunto.

—Ahora mismo —dice y suelta la almohada—. Niñas, vuestra madre y yo tenemos que hablar.

Entre risas, Anna y Mónica le golpean con una almohada mientras se baja de la cama. Me entran ganas de regañarlas. Salvatore ya no es amigo.

—Vamos al salón —dice serio.

Les digo a mis hijas: Quedaos aquí y poned la tele. En el pasillo, me coge de la mano, pero me aparto sin mirarle. Solo de pensar que me toca me dan arcadas. Entramos al salón y cierra la puerta.

—Escucha... —dice.

Pero le interrumpo dándole la bofetada más fuerte que he dado en mi vida. No solo eso, sino que le doy otra. Él da un paso hacia atrás y se protege con el antebrazo. Da igual, le golpeo sin parar. Una y otra vez. Una y otra vez.

—¡Maldito cabrón mentiroso! —le digo desde el fondo de mi alma—. ¡Me has usado como has querido!

No opone resistencia. Solo gira la cara a un lado y me separa con las manos. Llena de rabia, sigo golpeando hasta que me quedo sin fuerzas.

—¿Terminaste? —me pregunta.

—¡No!

Levanto una mano para atizarle, pero me coge de la muñeca. Levanto la otra pero también me coge de la muñeca. Nuestras caras están a un palmo. Quiero matarle.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta—. ¿Vincenzo?

—¿Qué más da?

—¿Pietro, Leo?

—Lo que te habrás reído de mí, hijo de puta.

—Escúchame, Beatrice —dice con un centelleo de indignación en los ojos—. Al principio fue como un juego para mí, es verdad, pero todo ha cambiado. Me podrás creer o no, pero lo que siento por ti ahora es real.

Me aparto bruscamente. Tengo miedo de que vuelva a seducirme. Es tan fácil para él.

—¡Mentiroso! ¡Solo quieres saber dónde se esconde mi padre!

—¡Somos criminales! ¿Qué esperabas, bombones y un ramo de flores? Robamos, mentimos y matamos. Ese es nuestro trabajo. Tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Esa es tu excusa de mierda?

Se pellizca el labio inferior. Toma aire y suspira, como si quisiera empezar de nuevo.

—Beatrice, me equivoqué, sí, —dice conciliador— pero ahora no hay tiempo para el resentimiento. Mi familia está a punto de contactar, o ha contactado ya, con un mediador de Catanzaro para que vaya a Palermo a hablar con tu familia.

Me quedo callada. No quiero oír más su voz, pero tengo que saber lo que está pasando.

—Mi familia quiere cambiarte a ti y las gemelas por tu padre. Si tu familia no acepta, los míos te entregarán a Ruud. ¿Te das cuenta de lo que significa, verdad? ¿Te das cuenta de que Ruud va a matarte por lo que le hiciste a Jan?

Le doy la espalda. Basta ya, estoy harta, no quiero más presión sobre mí.

—Beatrice, —dice tomándome por los brazos—. Tienes que decirnos dónde se esconde tu padre.

—¡No sé dónde está! ¡Y mi familia no me lo va a decir! ¡Solo he hablado con mi madre!

Decepcionado, se coloca las manos en las caderas.

—¿No me crees? —le pregunto.

—¡Claro que te creo! —Me da la vuelta y nuestras miradas se cruzan—. Pero entre tú y yo tenemos que encontrarlo.

—Imposible, es muy cuidadoso.

—Con tus recuerdos y mis recursos tenemos una posibilidad. Es difícil, sí, pero hay que intentarlo.

—Tiene que haber otra solución. Se trata de mi padre.

—No, no lo hay.

Me dejo caer en el sofá, derrotada. Entregar a mi padre... Sí, es un asesino despiadado, un mal hombre que me obligó a casarme. A pesar de todo esto, sigue siendo mi padre, el hombre que nos traía *panelle* a la casa de verano. Comer en familia es uno de mis mejores recuerdos. ¿Por qué la vida me pone ante este dilema tan cruel?

—Tiene que haber otra solución, Salvatore —insisto.

—Ya te he dicho que no hay ninguna más —dice impaciente.

—¿Una compensación económica? Quizá yo pudiera negociar.

—Somos millonarios. El dinero no nos hace falta. Además, no cierra heridas.

Sí, me estremezco al recordar la siniestra mirada en el despacho de Giovanni, Francesca y Pietro. Sus heridas siguen muy abiertas.

—¿Estáis seguros de que fue mi padre quien mandó asesinar a los vuestros?

—Completamente —responde con firmeza—. Tu padre quiso aliarse con los Barone para entrar en Catanzaro y expandir sus negocios, pero mi padre y mi padrino lo rechazaron como socio. Tu padre no le sentó bien el rechazo y los amenazó de muerte delante de un montón de testigos. A los pocos días, mis padres murieron cuando explotó una bomba en su coche.

Parece obra de mi padre, sí. Ese es su estilo. Su única manera de responder a una ofensa es asesinando.

—Llevamos casi toda una vida esperando vengarnos —dice Salvatore—. Negociar una paz es inútil.

Siento la humedad de una lágrima. La freno con un dedo, pero surge otra. No tiene sentido

retrasarlo más. Para proteger a mis hijas y protegerme yo, solo tengo una opción: traicionar a papá.

—¿Ahora qué vamos a hacer? —le pregunto—. ¿Cómo vamos a encontrar a mi padre?

—Lo primero que vamos a hacer es casarnos. Ahora.

Siento que el suelo se tambalea y que voy a perder el equilibrio.

—¿Cómo?

—Es la única forma que puedo protegerte de mi familia. Ser una Barone.

—Pero... no comprendo.

—Beatrice, tenemos que ganar tiempo como sea —dice cogiéndome de la mano—. Ya te he dicho que mi familia ya habrá contactado con un mediador. El tiempo corre en nuestra contra. En nada hablarán con los tuyos y sabrán que estás aquí. Si te conviertes en una Barone detendrán su plan hasta que puedan valorar las consecuencias. Nos conviene.

—Pero todavía estoy casada con Jan —digo aún confusa e impactada.

—Está muerto. No necesitas divorciarte.

—A ver, que me aclare... —digo frotando las manos, nerviosa—. Vale, no necesito divorciarme, pero hará falta un certificado de defunción.

—Lo tengo. Mi amigo Rulo ha sobornado a uno de la funeraria para que nos lo entregue al momento. El notario lo guardará en sus archivos y nos aseguramos, pagándole muy bien, que se hará el despistado si ve algo extraño.

—¿El notario?

—Claro, ¿pensabas que ibas a casarte de blanco y por la iglesia?

—Por supuesto que no, no soy estúpida. Pero ¿qué les voy a decir a las gemelas? Las voy a traumatizar.

—No les digas nada, deja que pase todo esto y luego se lo cuentas.

—¿Mis hijas también estarán protegidas, serán también unas Barone?

—Vaya pregunta, por supuesto.

—Y tu familia, ¿qué va a decir?

—Me encargo de ellos, no te preocupes.

—Salvatore, estás loco. Yo, una Barone.

—Sí, es verdad —dice—. Solo un loco haría lo que estoy a punto de hacer. Vamos a enfrentarnos al mundo. Tú y yo, Beatrice.

—No lo sé.

—¿Qué ocurre? ¿Ya no confías en mí?

—No, no es eso —respondo aunque miento.

—Claro que es eso.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué quieres ayudarme? —pregunto de repente.

Se acerca a mí peligrosamente.

—¿Por qué crees tú que hago esto, Beatrice? ¿Por qué crees que dejo que casi me maten los putos holandeses? ¿Por qué me he escapado dos veces de la clínica, eh? ¿Por qué me enfrento a mi familia? Dímelo tú.

Me froto los brazos, de repente estoy temblando pero no de frío.

—No lo sé —digo bajando la vista.

Con un dedo, alza mi barbilla lentamente. Su mirada es vibrante y magnética.

—Por ti, Beatrice —susurra—. Solo por ti.

Nadie me ha hablado así. Jamás. Otra vez todas mis defensas se vienen abajo. Imposible mantenerlas firmes cuando me mira, me sonríe, me toca. Todo en él es fuego y pasión. Lo que la

vida me ha negado siempre.

Suspiro. Una voz me dice que tengo que darle una nueva oportunidad.

CAPÍTULO 39

BEATRICE

Después de un rato sola en el saloncito, Salvatore regresa acompañado de un hombre. Ha ido a por él a la entrada de la residencia. Me presenta al notario Martín. Resulta que ya lo había avisado antes de hablar conmigo. Me sudan las manos. Sigo pensando que es una locura, pero ¿qué puedo hacer?

El notario viste un traje caro y lleva un maletín. Tiene una melena canosa, gafas y aire de intelectual. No parece muy sorprendido por dar fe de un matrimonio en el sótano de una mansión por la noche. Quizá no sea la primera vez. Los millonarios son gente caprichosa, mientras le paguen muy bien su actitud será la de ver, oír y callar. ¿Quién se lo puede reprochar?

—Necesito el documento de identidad de cada uno —nos dice.

Le entrego el pasaporte con mi verdadero nombre. Salvatore le entrega el carné italiano. El notario se apoya en su maletín para rellenar en silencio el registro. Salvatore y yo cruzamos las miradas, expectantes. Difícil de creer que nos estamos casando en secreto en la casa de los Barone. Y mis hijas, durmiendo en la habitación de al lado. No, este año no me darán el premio a la madre del año.

—¿El acta de defunción del señor Jan Van Peters? —pregunta Martín.

—Se lo paso por bluetooth a su móvil —responde Salvatore.

A los segundos, el notario lo examina y asiente. Casi me hace gracia observar la meticulosidad del hombre en un momento tan surrealista como este. Pero no, en el fondo no tengo ganas de reír sino de llorar.

—Tienen que firmar todas las hojas —dice Martín.

Con la pluma estilográfica del notario, primero firmo yo y después mi marido. Mi marido... cómo suena eso. Salvatore Barone, mi marido. Seguimos rodeados de un silencio sepulcral. Salvatore le devuelve las hojas firmadas.

—Una copia es para ustedes —dice.

El notario guarda los papeles en su maletín de cuero. Cierra la tapa y con un chasquido metálico cierra los seguros, que son con clave.

—Hemos terminado —dice mirándonos con una sonrisa de oreja a oreja—. Legalmente, son marido y mujer. Enhorabuena.

—Gracias, Martín —dice Salvatore.

Creo que más tarde me daré cuenta del verdadero impacto de todo esto. Salvatore saca del bolsillo trasero de su pantalón un fajo de billetes enrollados, y se lo tiende al señor notario. ¿Cuánto dinero habrá?

Con una ligera inclinación de cabeza, Martín lo coge y se lo guarda en el interior de su chaqueta. Ni siquiera lo cuenta. Un tío elegante. Se levanta y nos estrecha la mano.

—Le acompaño a la salida —dice Salvatore al notario—. Vengo enseguida, Beatrice.

No me salen las palabras de la garganta, así que asiento con la cabeza. A solas, suspiro largamente. Si tuviera que contárselo ahora a las gemelas que acabo de casarme, no sabría ni por dónde empezar para que me comprendieran. Pero no es solo eso. Casarme con Salvatore también es otra traición para mi familia. Qué complicado es todo. Quizá algún día entenderán que no lo hago por gusto, sino para sobrevivir.

Cierro los ojos y vuelvo a revivir todo lo sucedido desde aquella fatídica tarde en mi piso de Sotogrande. Hice la maleta, bajé al aparcamiento, subo al coche y ahí está Jan para impedirme escapar. ¿Debería haberme quedado? ¿Ceder por enésima vez? ¿Seguir viviendo de cerca el infierno de las drogas?

Ahora es tarde para arrepentimientos. Esto es lo que hay y tengo que ser resiliente.

Salgo del saloncito, recorro el pasillo, saludo a Benito y entro en el dormitorio. Solo la luz de la mesita de noche está encendida. Las gemelas duermen como unas benditas.

Beso sus cabecitas y ni se inmutan. Quién pudiera dormir como ellas. Hijas, vuestra madre acaba de cometer una locura, pero una locura necesaria. Ahora no os puedo contar más. Cuando seáis un poco más mayores, os lo contaré todo.

No sé cómo, pero ahora voy a ayudar a los Barone a encontrar a vuestro abuelo. También cuando seáis más mayores os contaré cosas de vuestro abuelo, un hombre capaz de lo mejor y lo peor. Un asesino aunque también un padre de familia. A veces cariñoso pero también tiránico, como cuando me obligó a casarme con vuestro padre solo para aliarse con la mafia holandesa. No atendió a mis súplicas y le di mi virginidad a un hombre desconocido.

Lo irónico es que de ese matrimonio forzado salisteis vosotras, así que me alegro de que sucediera. Porque sois lo que más quiero en este mundo.

Vuelvo a darles un beso en la cabeza. Mientras estemos juntas, todo estará bien.

CAPÍTULO 40

SALVATORE

En la entrada de la casa, me despido del notario. Sube a su coche y se marcha. Le veo alejarse mientras pienso en mi siguiente movimiento. Informar a mi familia de que Beatrice es mi esposa. La reacción será tremenda, así que más vale que me vaya preparando.

No puedo posponerlo a mañana. Tengo que impedir que el mediador contacte con los Spinazzo. Mañana puede ser demasiado tarde, así que voy en dirección al despacho. Palpo el bolsillo trasero de mis pantalones. Sí, tengo la copia del notario. Noto los músculos tensos. Vamos a tener una de esas conversaciones inolvidables.

A medida que me voy acercando, oigo con más claridad las voces que salen del despacho. Sí, son las del padrino, Vincenzo y Pietro. Respiro con calma y profundidad. ¿Sabrán que ya no estoy en la clínica?

Entro como si el lugar me perteneciera, sin ánimo de pedir perdón ni doblegarme. Los tres callan de golpe y levantan la cabeza al mismo tiempo.

—Lo tuyo no tiene remedio, Salvatore —dice el padrino quitándose las gafas. Está sentado en medio de los dos—. Si quieres irte de la clínica sin el permiso del médico, por mí no hay problema. Pero no pienses que vamos a volver a llevarte si te ocurre algo. Ahora te las apañas tú solo.

Sobre el escritorio hay un mapa. Parece que lo examinaban antes de que entrase. Cierro la puerta y me acerco al borde de la mesa.

—Tengo que hablar con vosotros —digo muy serio, ignorando el comentario del padrino.

—¿Tiene que ser ahora? —pregunta Vin—. Estamos muy liados.

—Sí, el momento no es bueno —dice Pietro.

—Desde el principio yo he estado a cargo de esta misión —digo sin tener en cuenta tampoco sus comentarios—. He seguido mi plan. Puede que no haya sido perfecto, pero quiero llevarlo hasta el final.

—Tu misión era la de recabar toda la información sobre ella —dice Vin—, lo que ha venido después ha sido una concesión, solo eso.

—De todas formas, ¿a qué viene eso ahora? —interviene Pietro—. Nosotros tenemos ahora el control. Ya hemos contactado con el Silencioso y le hemos dicho cuáles son nuestras intenciones para los Spinazzo.

—Sí, y está de acuerdo en ayudarnos —dice Vin—. Él mismo será quien hable con ellos.

El padrino asiente. Quizá incluso él mismo hablase con el Silencioso, ya que la última vez que se vieron fue en Marbella.

—Hay un cambio importante —anuncio—, por eso estoy aquí para informaros.

—¿Cuál? —pregunta el padrino extrañado.

—Beatrice y yo nos hemos casado. Ahora ella es una Barone.

La cara de los tres se vuelve blanca. El padrino alza sus cejas espesas y canosas. Pietro abre los ojos, incrédulo. Mi hermano cierra los ojos y se lleva una mano a la frente, como si le doliera de pronto la cabeza.

—¿Estás drogado, verdad? —pregunta el padrino poniéndose en pie.

Saco la copia y la planto encima del mapa.

—No —digo señalando el documento—. Nos acabamos de casar.

—¿Cómo se te ocurre semejante locura? —pregunta Pietro agitando los brazos, colérico.

No tengo tiempo de responder, Vincenzo se abalanza sobre mí con un puño amenazante. Nos enzarzamos en una pelea. Gritos, rabia y testosterona. Lo esquivo y le doy uno en el estómago. Él me da otro muy cerca de la herida. Suelto un aullido de dolor. Aún no estoy recuperado completamente.

—¿De qué lado estás, maldito cabrón? —pregunta Vin.

—¡Del nuestro!

Pietro acude a separarnos. Me empuja hacia un lado y a Vincenzo hacia otro. Me llevo una mano al costado, creo que está sangrando y me siento de repente muy cansado. Respiro con fuerza, igual que mi hermano.

—¿Has perdido la cabeza? —pregunta el padrino fulminándome con la mirada.

—Todo lo contrario, padrino —digo colocándome bien la ropa—. La tengo mejor que nunca.

—No lo parece, Salvatore —dice Pietro—. Estás saboteando a tu propia familia.

—¡Anula ese matrimonio ahora mismo! —exclama el padrino.

—¡No! Primero tendréis que prometerme que no vais a usar a Beatrice ni a las gemelas como moneda de cambio por Spinazzo.

—¡Jamás! —exclama mi hermano—. ¡Hemos tardado veinte años en tener una pista! ¡No lo vamos a echar por tierra solo porque te has encaprichado de ella!

—¡Yo también quiero vengarme del hombre que mandó asesinar a nuestros padres! —grito.

—¡Silencio los dos de una puta vez! —interviene el padrino—. Escuchadme, no solo eran vuestros padres, también era mi hermana, mi cuñado, los tíos de Pietro, Leonardo, Riccardo. No lo olvidéis. Salvatore, te lo vuelvo a repetir. Mañana mismo quiero que anules el matrimonio con esa. ¿Me has entendido?

—Ella nos va a ayudar a localizar a su padre.

—Está jugando contigo —dice Vin—. Eres un pardillo.

—No, no lo está. La conozco. Está dispuesta a hacerlo.

—No me importa lo que pienses. Mañana anulas el matrimonio —insiste el padrino—. No lo quiero repetir.

—No lo voy a hacer —digo con firmeza—. Estoy convencido de lo que hago. Nunca lo he tenido tan claro.

El padrino suelta un puñetazo sobre la mesa.

—Bien, desde este momento, vas a dejar de comunicarte con ella —dice el padrino.

—Ni de coña.

—¡Salvatore, no me desafíes o lo pagarás muy caro!

Me quedo callado. Considero que es inteligente no empeorar las cosas.

—Ahora mismo vamos a dar instrucciones precisas para que ni Benito ni Mateo permitan que te acerques a ella —dice mi hermano.

—Estáis cometiendo un grave error. Si no rectificáis, estaremos a las puertas de una guerra.

—No, eres tú quien lo está cometiendo —dice Pietro—. Recapacita y piensa con la mente fría, no con la bragueta.

—Voy a avisar a Benito de las nuevas órdenes —dice mi hermano y se marcha del despacho.

—Dadme veinticuatro horas y prometo que tendré resultados —prometo.

Mi padrino se gira de perfil con un brazo levantado.

—Vete a tu cuarto, Salvatore. No quiero ni verte —dice con desprecio—. Me has decepcionado como ningún hijo lo haría.

Se sienta al escritorio. Pietro sostiene la puerta, dispuesto a cerrarla en cuanto salga. Con los puños apretados, me doy media vuelta y salgo del despacho.

CAPÍTULO 4I

SALVATORE

En el pasillo de arriba, me cruzo con la madrina. Camina con ansia. Debe de haber salido de su dormitorio. En su cara, angustia.

—¿Qué está pasando, Salvatore? —pregunta—. He escuchado voces que venían del despacho.

—Nada, una discusión familiar —digo, y al llevarme una mano por debajo de la camisa siento humedad.

—¿Qué te pasa, te encuentras mal?

Saco la mano y hago una mueca de fastidio, está otra vez manchada de sangre. Mierda, se han abierto los puntos.

—¡Salvatore! —dice cogiéndome del brazo inmediatamente.

—Estoy bien, madrina. Voy a mi cuarto a cambiarme de ropa.

—¿Pero tú no estabas en la clínica?

—Más o menos.

—¿Como que más o menos?

—Esos médicos solo quieren hacer pruebas y más pruebas. Una pérdida de tiempo.

—Qué cabezota eres —dice y ladea la cabeza—. Venga, te acompaño a tu cuarto porque últimamente no se te puede dejar solo.

—Gracias por tu confianza —digo en modo irónico.

—A ver cuando sientas la cabeza, Salvatore. Eso es lo que tienes que hacer, que ya tienes una edad...

—Madrina, que no soy un viejo.

En mi dormitorio, bajo su atenta mirada, me tumbo lentamente sobre la cama. Suelto un suspiro profundo. Joder, estoy destrozado.

—Voy a llamar al médico —dice.

—Estoy bien, madrina. No te preocupes.

—No te muevas de ahí —dice y sale ignorando mi comentario.

Solo venía a ponerme otra camisa y después bajar al sótano para hablar con Beatrice. O al menos intentarlo, porque Benito me lo impedirá. No me esperaba esta reacción de mi familia. Bueno, sí, esperaba que se cabrearán pero ¿impedirme hablar con Beatrice? Pues no, y eso complica las cosas.

Espero que ella ya se haya puesto a buscar una pista en los recuerdos sobre su padre. Va a ser jodidamente difícil, aunque hay que intentarlo. Soy optimista. Solo necesitamos una pequeña

pista para que mi familia entienda que es inteligente detener su plan. ¿Dará tiempo? Que Beatrice sea mi esposa les dejará confundidos unos días. Pedirán al Silencioso un periodo de reflexión antes de que contacte en persona con los Spinazzo.

La madrina regresa con un botiquín de emergencia. Sabía que hay uno en casa, pero no sé dónde. Su cara es un poco más seria que antes.

—El médico me ha dicho que vendrá lo antes posible, pero que vaya cambiando la venda —dice y se sienta en el borde de la cama—. ¿Puedes quitarte la camisa?

Lo hago, aunque con un poco de esfuerzo.

—También me ha dicho que te dé esta pastilla —me dice y la deja sobre la palma de mi mano.

—¿Qué es?

—Ibuprofeno.

Abre el botiquín, saca alcohol y unas gasas.

—Ya me han contado la que has armado —dice mientras limpia la herida—. Ay, Salvatore.

—Mi plan puede funcionar, madrina.

Suspira largamente, como cansada de todo.

—Somos una familia y deberíamos hacer las cosas unidos, no cada uno metido en una guerra por su cuenta —dice y noto enseguida su sutil manera de presionarme—. Cuando tus padres faltaron, os adoptamos a ti y a Vincenzo precisamente por eso, porque somos una familia unida. Ya erais mayores, pero no queríamos que por vengaros perdierais la vida, por eso nos fuimos de Catanzaro. Sabíamos que tarde o temprano llegaría la oportunidad de la venganza. Aquí hemos levantado un imperio, y tenemos los recursos suficientes para cerrar ya esa herida abierta del pasado.

La madrina sigue curando la herida, mientras sus palabras van cayendo en mi interior como granadas que explotan y arrasan con todo.

—Me sabe mal que estéis todos cabreados conmigo —digo—, pero dime una cosa, madrina. ¿Es justo que Beatrice y sus hijas paguen los pecados de Nino Spinazzo?

Me pone una venda nueva y la sujeta con un esparadrapo. Le acabo de dar algo en lo que pensar.

—No, no lo es —admite—, pero nadie dijo que nuestro mundo fuera justo.

—Claro que no lo es. A Beatrice la obligaron a casarse.

—Yo también me casé obligada, cariño.

—Lo sé, pero no te alejaron de tu familia, te quedaste en Catanzaro con el padrino. A Beatrice la alejaron y la casaron con un drogadicto. No lo ha tenido fácil.

Ladea la cabeza, como dándome la razón pero sin querer expresarlo.

—Esto ya está —dice.

—Madrina, habla con ella y cuéntale lo que ha pasado. Tiene que saber que me impiden verla.

Se me queda mirando como si hubiera visto algo en mí que no esperaba. Una emoción, un sentimiento...

—Está bien, se lo diré —dice no muy convencida.

—Y quiero que le pases una nota.

—¿Cómo? ¿Qué nota?

—Indicaciones de lo que podría ser útil para encontrar a su padre.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo? ¿Te han prohibido cualquier comunicación con ella? ¿Y quieres que yo traicione a la familia?

—Madrina, —digo mirándola a los ojos, sabiendo que me la juego—alguien de esta familia tendrá que estar de mi lado. ¿No te parece?

—No, ni hablar —dice tajantemente—. Te quiero con toda mi alma, pero no lo voy a hacer. Si acaso le diré que ya no va a hablar más contigo en contra de tu voluntad. Con eso ya cumplo.

—Madrina, nadie se va a enterar. Puedes confiar en Beatrice.

—Lo voy a saber yo, ¡eso es más que suficiente!

Estoy a punto de recordarle que ella misma, antes de casarse, en Catanzaro, ayudaba a su hermano cuando él estaba en prisión, transmitiendo sus secretos mensajes a su banda. Pero recordarle el trágico final de su hermano sería injusto y doloroso.

—Como quieras, madrina —digo sin ocultar mi desilusión.

CAPÍTULO 42

BEATRICE

¿Dónde se ha metido Salvatore? Dijo que volvía enseguida. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Media hora? Qué angustia dar vueltas en la cama con las gemelas al lado. Voy a preguntarle a Benito. Sí, buena idea, a lo mejor sabe algo.

Lentamente, abro la puerta y la dejo entreabierta. Benito se levanta de la silla como empujado por un resorte. Levanto la mano para pedirle calma.

—Estoy esperando a Salvatore. ¿Sabes dónde está?

—No, no lo he visto desde hace un buen rato.

—¿Puedes llamarlo?

—Lo siento, pero me han ordenado que entre ustedes no haya comunicación.

—¿Cómo, entre nosotros? ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Yo solo soy un mandado —dice—. A no ser que sea algo urgente, yo esperaré hasta mañana por la mañana para hablar con alguien de la familia.

Supongo que Salvatore ha contado que nos hemos casado. Incomunicarnos es la manera de reaccionar de su familia.

—Sí, está bien. Gracias —digo y vuelvo a la habitación.

Cierro la puerta y suspiro profundamente. Solo espero que no le haya pasado nada grave. Se preocupa tanto por mí y las gemelas... ¿Puedo hacer algo? Poco, o mejor dicho, nada.

Sobre la mesita aún está su billetera. Siempre se me olvida dársela. La cojo y paso la yema de los dedos sobre la superficie. Vuelvo otra vez a mirar las tarjetas de crédito, la del *beach* club, la tarjeta de visita... Como tenerlo a él entre mis manos.

Si tuviera un ordenador, móvil o tablet podría empezar a buscar a mi padre. Podría consultar un mapa de Palermo. ¿Dónde se puede haber escondido? ¿En Corleone, en la casa familiar de los veranos? ¿O en otro lugar? Repaso quién de mi familia podría saberlo. ¿Mi madre? ¿Quién de mis cinco hermanos? Uno a uno voy repasando la relación con mi padre. Eleonora. Carlo, el mayor. Benedetto. Enrico. Stefano.

Ahora me doy cuenta de que estoy muy desconectada de ellos. Vale, ellos tampoco se han molestado en saber mucho de mí, solo que estoy viva y punto. Ni siquiera se acordaban de los cumpleaños de las gemelas. En fin, la distancia también influye.

Tal vez puedo pedirles hablar con mi padre, hacer que salga de su escondite. ¿Con qué excusa? Contarle lo que pasó con Jan. Es normal que solo se lo quiera contar a él. Al fin y cabo eran socios. Y sé que se comunicaban en la distancia. Seguro que a estas alturas ya tiene que

saber que Jan ha muerto. O a lo mejor no.

Lo que sé es que se esconde solo y que tiene comida para aguantar una eternidad. Quizá está en un búnker o en el sótano de alguna casa. En la de Corleone, seguro.

La puerta se abre de repente y entra alguien. Alarmada, me giro. Francesca. ¿Qué hace aquí? Ve que las gemelas están dormidas, así que me hace un gesto con la mano para que la acompañe. Sin pensarlo dos veces, la sigo.

Han cambiado de guardaespaldas. Ahora está Máximo. Me hace un gesto seco con la cabeza. Continúo hasta llegar al saloncito. En cuanto entro, Francesca cierra la puerta.

—Siéntate —dice señalando el sofá con la barbilla.

Nos sentamos y me quedo expectante.

—En la familia ya sabemos lo de vuestra boda exprés —dice seria.

Asiento con la cabeza, nerviosa.

—Te podrás imaginar cómo nos ha sentado —dice removiéndose en el sofá—. Pero no estoy aquí por eso. Estoy aquí para decirte que Salvatore y tú a partir de ahora estáis incomunicados.

Se queda callada para estudiar mi reacción.

—¿Lo sabías?

—No —respondo para proteger a Benito. Odiaría que estuviese en un lío por mi culpa. Ha sido respetuoso conmigo.

—Pues no pareces sorprendida —dice con desconfianza.

—Bueno, siendo quien soy, me lo esperaba.

Inclina la cabeza, como si mi respuesta fuera lógica.

—Salvatore confía en ti —dice.

Se forma un silencio. Francesca se pellizca el labio inferior. Algo está reflexionando. Finalmente, del interior de su blusa saca un papel doblado. Con un poco de reticencia, me lo tiende.

—Me lo ha dado Salvatore para ti.

Sorprendida, cojo el papel y lo desdoble con cuidado. ¿Una nota manuscrita?

Amor:

Por desgracia, ahora no puedo estar contigo. Tienes que ponerte ya a buscar pistas que puedan conducirnos al escondite de tu padre. No descartes cualquier cosa por simple que sea. Une puntos, ideas.

Por ejemplo, su postre favorito. ¿Cada cuánto lo come? A lo mejor alguien lo compra en una pastelería de Palermo, y se lo lleva a su escondite. ¿Alguien de tu familia? ¿Cada cuánto se hace chequeos médicos? También nos podría servir un número de teléfono o un correo electrónico.

Pide a mi madrina lo que necesites. Por si acaso, destruye esta nota.

Cumplo con lo que me pide y rasgo la nota en varios pedazos. Los guardo en el puño. Francesca no parece muy sorprendida. ¿Ella ha leído la nota? Supongo que sí.

—Me vendría bien un dispositivo con conexión a internet —le digo.

—¿Para qué?

—Para hacer un listado de los médicos de cabecera de Palermo. A lo mejor me suena alguno. Me parece una buena idea lo que sugiere Salvatore. Mi padre tiene sobrepeso, le encantan los dulces, nunca se ha cuidado. Seguro que con la edad que tiene necesitará supervisión médica con frecuencia.

—Está bien —dice convencida—. Veré lo que puedo hacer. ¿Algo más?

—De momento no se me ocurre más. Es una curiosidad.

—Dime.

—En el despacho vi una fotografía enmarcada en la estantería.

—Ah, sí. Gulia, Federico, Giovanni y yo —dice con un tono de nostalgia—. En el centro comercial de Catanzaro, cuando éramos jóvenes.

—Gulia y Federico son los padres de Salvatore, ¿no?

La expresión de Francesca se vuelve de repente luminosa.

—Qué bonita pareja hacían. Todo el mundo lo decía. Gulia era tan buena y Federico una persona leal, la quería mucho. Bueno, se querían mucho. Los hijos los unieron aun más. Entre los suyos y los nuestros formábamos los Barone. Respetados, queridos y temidos por toda la ciudad.

Durante un ratito, Francesca me sigue contando cosas de la familia. Resulta sorprendente y agradable sentirla como aliada. ¿Qué le habrá dicho Salvatore para convencerla?

CAPÍTULO 43

BEATRICE

Por la mañana, después de tomar el desayuno, paseamos por el jardín. Como siempre, Benito es nuestra sombra. Ahora está sentado en el porche sin quitarnos ojo, fumando con calma. Las gemelas y yo pisamos el césped, disfrutando de respirar aire puro. Las nubes tienen un color de ceniza, y no me extrañaría que chispeara de un momento a otro.

—Qué grande es el jardín —dice Anna.

—Enorme —digo yo.

—Me gustaría vivir en una casa así de grande —dice Mónica.

—La piscina es brutal —dice Anna ajustándose las gafas.

—Pues a mí me gusta más el mar —dice Mónica para llevar la contraria a su hermana.

—Pues a mí la piscina. La arena no me gusta, ¿sabes?

Oigo unas pisadas justo a mi espalda. Al girarme, para mi sorpresa veo a Vincenzo. Viene directo hacia mí.

—Niñas, id a ver las plantas, que son muy bonitas.

Para allá que se van mientras siguen discutiendo que si mejor la playa o la piscina. A pesar de todo, se llevan mejor que muchas hermanas que conozco. Por la cara de Vincenzo no parece que vayamos a mantener una conversación de cortesía. He hecho bien en alejar a las niñas para que no nos oigan.

Hace el gesto de aplaudir con teatralidad.

—Enhorabuena, Beatrice —dice con sarcasmo.

Guardo silencio. Lo mejor será aguantar el chaparrón.

—Has engañado completamente a Salvatore —Su mirada está llena de furia—. Lo tienes bien apretado por los cojones, ¿eh?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, no te hagas la ingenua. No sé cómo lo haces, pero siempre consigues salir de los problemas de pie. Tienes siete vidas como los gatos.

De reojo, veo que las niñas están lejos. Bien, no nos escuchan.

—Si te crees que estoy disfrutando con todo esto, estás muy equivocado.

—Mamá, ven, hay una lagartija —interrumpe Mónica a lo lejos, agachada sobre el césped.

—Sí, es pequeña —dice Anna—. Habrá que ponerle un nombre.

—Ahora no puedo —les digo y me vuelvo hacia Vincenzo—. ¿Qué quieres de mí?

De repente, sopla una brisa fría que arrastra unas hojas secas.

—Nada —dice sonriendo con arrogancia—. Solo informarte de que el Silencioso, el

mediador, ya ha contactado con Enrico, tu hermano, y muy pronto recibirá la noticia de que estáis aquí. Si pensabais que vuestra supuesta boda iba a retrasar nuestro plan, estabais equivocados.

Disimulo la sorpresa como puedo. El tiempo corre en nuestra contra cada vez más rápido.

—Gracias, me doy por enterada.

—A él le has engañado, pero a mí no.

Me alejo de él con la excusa de que las gemelas me reclaman. Me enseñan lo que han descubierto, unas bonitas orquídeas. Aunque mi mente está centrada en las palabras de Vincenzo. No lo puedo evitar, es como un veneno que actúa lentamente y que ya no podré quitarme de la cabeza.

Después de un rato, les digo a las niñas que tenemos que regresar al dormitorio. No tengo tiempo que perder. A ver si Francesca me ha conseguido el dispositivo electrónico. Ojalá que no se haya echado atrás. De la mano, entramos a la casa y bajamos al sótano. Benito se queda en la puerta.

—Quiero subir al ático a jugar —dice Mónica.

—De aquí a un rato. Ahora, estudiad un poco lo que queráis.

—Mamá, mira, una tablet —dice Anna señalándolo—. ¿Podemos usarla?

Me acerco a la mesita de noche y la cojo. Bien, enciende. ¿Wi-Fi? Sí. Señal fuerte. Francesca tiene que haberlo dejado, mientras desayunábamos o cuando estábamos en el jardín.

—Esto es solo para uso exclusivo de mamá —Las miro para que vean que lo digo en serio—. Venga, poneos a estudiar un rato. En silencio, ¿eh?

Sacan sus libros y cuadernos, y se sientan en el suelo. Yo me tumbo en la cama e intento concentrarme. Afuera, escucho al jardinero podando.

Con la ayuda del buscador de internet, consigo una lista de médicos de Palermo. La idea de Salvatore no es mala. Buscar un eslabón débil en la cadena que rodea a mi padre. Voy repasando uno a uno. Luigi Galvani. Battista Morgagni. Camillo Golgi. Carlo Urbani. Renato Pierot. Vaya, no me suena ninguno.

Por si acaso, repaso la lista de médicas. Quizá el apellido me suene. Ha pasado mucho tiempo, a lo mejor el médico se ha jubilado y ha pasado la consulta a su hija. A ver, Montalcini, Benini, Brandi, Montessori... Un momento. ¿Montalcini?

Rita Montalcini. Dejo la tablet sobre la cama y me levanto. Las gemelas están sentadas, leyendo no sé el qué. Me miran extrañadas de que pasee por el dormitorio. Montalcini, Montalcini... Me suena, sí. Busco y rebusco entre mis recuerdos de infancia, adolescencia. Seguro que mis padres tenían a un médico de confianza. Como entre una niebla, veo un portal, una consulta. Montalcini. ¿Dónde está?

Me abalanzo sobre la tablet y busco en internet. Via Maqueda. Pleno centro. La calle atraviesa el casco histórico de Palermo. Sí, puede ser una buena pista. ¿Con qué frecuencia mi padre la visitará? ¿Una vez al mes? Seguro que por la noche, a escondidas.

Se lo tengo que decir a Salvatore. Me vuelvo a la cama, y hago algo parecido pero con las pastelerías. Esto es más fácil porque el recuerdo no se me ha ido. Dolce Palermo. La busco en internet y compruebo que sigue abierta. Aquí intuyo que alguien de mi familia, como Enrico, compra el tiramisú y lo deja en un sitio para que luego mi padre lo recoja.

—Mamá, ¿hablas sola?, ¿qué haces? —pregunta Anna.

—Nada que te importe, a lo tuyo.

Montalcini, Montessori... Ahora ya no estoy segura de cuál es el apellido correcto. Qué lío en la cabeza. Serán los nervios...

—Cuando termines, ¿me dejas la tablet? —me pregunta ahora Mónica—. Quiero ver fotos.

—¿Fotos? ¿Qué fotos?

—Las de la nube.

—Aquí no puedo ver ninguna fot...

Me quedo callada de golpe. Si meto mi usuario puedo ver fotos de la familia. Tenemos una cuenta familiar que hace siglos que no consulto, pero a lo mejor...

CAPÍTULO 44

SALVATORE

Bebo un largo sorbo de ron y dejo la copa sobre la barra. Me aflojo el nudo de la corbata. Paseo la mirada por el Beach Beats. Está a medio gas, pero es normal por la hora. Mediodía. Necesitaba hacer una parada antes de regresar a la casa. Me viene bien tomar el aire y estar solo con mis pensamientos.

La mañana ha sido productiva. La reunión con la abogada de la familia fue positiva. Le mostré el vídeo que grabé en el aparcamiento del ático de Sotogrande. Quería una opinión legal sobre el accidente de Beatrice con Jan. No va a estar toda la vida escondiéndose de la policía.

—Sr. Barone —dijo la abogada Khalil en su despacho—, si lo que usted explica se ajusta a la realidad, es decir, que su marido era un drogadicto y que la amenazó con una pistola, son circunstancias que puedan actuar como atenuantes en favor de Beatrice. Que huyera de la escena es grave, pero se puede defender alegando un miedo insuperable. Que salga absuelta del juicio es una posibilidad, sí. Se puede defender.

Qué ganas tengo de contárselo a Beatrice, ¿a mi mujer? Aún no me hago a la idea, y eso que se me ocurrió a mí. Hasta yo estoy sorprendido de lo lejos que he ido por ella. Jodida locura. Sí, eso es lo que es. Pero no puedo evitar sentirme cómo me siento cuando estoy con ella. Una mezcla de amor, deseo y protección. De repente, tengo una gran responsabilidad y, joder, me gusta.

Me da igual que sea una de las hijas de Spinazzo. Cuando la veo no pienso en eso, sino en una mujer espectacular, con ovarios y personalidad.

—Sabía que estarías aquí —dice una voz familiar a mi espalda.

Leo, mi querido primo. Me da una palmada en el hombro y se sienta al lado. La camarera se acerca y le pide un cóctel, un Negroni. Ginebra, Campari y vermú rojo.

—No respondes a mis mensajes, cabrón —me reprocha.

—He estado liado.

—¿Has salido sin escolta teniendo en cuenta que la mafia holandesa nos tiene ganas?

—Ni me he dado cuenta —digo y tomo otro sorbo de alcohol—. Tengo la cabeza en mil sitios. Fíjate, hasta he perdido la billetera.

—Entonces he hecho bien en venir.

Llaman al móvil de mi primo. Lo saca del interior de su chaqueta, comprueba quién llama y después se lo guarda sin responder.

—¿La familia? —pregunto.

—No, una chica. Hemos follado unas cuantas veces y quiere más.

—Te lo tenías callado, ¿eh?

—No quería avergonzarte. Ya sabes que solo salgo con modelos.

—Ah, pues a Beatrice, justo antes de que nos atacaran los holandeses, la mirabas con unos ojos... Babeabas por ella, chaval.

—Perdona, pero ella quien me devoraba con la mirada —dice muy chulo—. Reconozco que no está nada mal, aunque no es mi tipo.

Suelto una carcajada. Mi primo es el más arrogante de los cinco. Nadie le quitará el puesto.

—Ahora es mi esposa, así que mucho cuidado. No te voy a pasar ni una —y levanto el índice—. Lo digo en serio.

—¿Tú, casado?

—¿Por qué no?

—Para empezar no llevas ni anillo.

Siento como si me dieran un puñetazo en toda la cara. Joder, qué puto desastre soy. Aun así, no le voy a reconocer a mi primo del alma que no me he dado cuenta.

—Lo he encargado al mejor joyero de Marbella. Estará listo en unos días.

—Sí, claro —dice escéptico—. Como si no te conociera... Además, que sepas que sé que te fuiste de marcha cuando se suponía que vigilabas a la hija de Spinazzo.

—Anda, no digas gilipolleces.

Se saca el móvil.

—¿Te enseño la cuenta de Instagram del Beach Beats? Son unos vídeos muy currados. Apareces en más de uno...

—Vale, vale... —admito a regañadientes—. Solo fue un rato. A ver, ¿qué quieres para cerrar la boca?

La camarera sirve la copa para mi primo. Lo agradece y la sigue mirando cuando se va alejando por la barra. Toma un sorbo y se humedece los labios.

—Nada, solo trato de entender qué está pasando por tu cabeza.

—¿Por qué?

—Joder, ¿cómo que por qué? Porque soy tu primo-hermano, y me preocupo por ti. Estás cambiado, aunque no para mejor. ¿Sabes bien dónde te metes? Una mujer con dos hijas y, encima, una Spinazzo.

—No las conoces como yo, Leo. No lo sé, a lo mejor es lo que necesitaba desde hace tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro de que puedes confiar en ella? ¡A lo mejor es una espía! ¡Una espía metida en casa!

—Créeme, estoy dispuesto a arriesgarme. Si está actuando, es que es una gran actriz. Asumiré las consecuencias.

—Esa mujer te tiene sorbido el coco, tío.

—Pues sí. ¿Y eso es malo?

—Tienes a todos en pie de guerra. Veinte años esperando esto y ahora vas y te encaprichas de la hija de nuestro peor enemigo.

—No es un capricho.

—¿No estarás enamorado?

—Es complicado.

Niega con la cabeza y bebe otro sorbo de su Negroni. Llega un bullicioso grupo de parejas jóvenes y se sientan a la barra.

—Te veo blando, primo.

—Me da igual cómo me veas —digo haciendo una mueca de indiferencia.

—¿De verdad estás dispuesto a arriesgarlo todo por ella?

—Ya te lo he dicho, sí.

—Como Spinazzo se escape, no te lo perdonaremos. Tendrás que marcharte y no volver nunca. Serás un fantasma andante.

CAPÍTULO 45

BEATRICE

Son cientos y cientos de fotos de mi madre, hermanos y no sé quién más. Repasarlas me llevará unas cuantas horas. La mayoría no me suenan. En algunas debo de aparecer yo. Sí, cuando fui a Palermo a presentar a las gemelas. La última vez que estuve con mi familia.

—Mamá... —dice Anna reajustándose sus gafitas.

—¿Qué? —respondo sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Por qué no podemos salir de la casa?

—Sí, es verdad —dice Mónica—. ¿Por qué no podemos?

Dejo la tablet a un lado y me levanto. Todo esto para ganar tiempo en responder algo que no las preocupe demasiado.

—Amores, sí que podemos salir a la calle. Lo que pasa es que no es seguro.

—Los malos siguen ahí fuera —dice Anna.

—Sí, siguen enfadados, y tenemos que estar aquí hasta que se les pase el enfado.

—¿Por qué están enfadados? —pregunta Mónica.

—Cosas de adultos que ahora no os puedo explicar.

—¿Por qué no llamamos a la policía? Así nos ayudan —pregunta ella otra vez.

—Porque ahora no es el momento, corazón.

—¿Y Salvatore? —pregunta Anna.

—Trabajando.

Se quedan pensativas. Antes de que continúe el interrogatorio, decido tomar la iniciativa. Las abrazo y les doy un beso en las frentes, disimulando la angustia que me corroe el alma.

—¿Qué os parece si les decimos si podemos subir al ático?

Por supuesto, responden que sí, encantadas. Tienen muchas ganas de jugar. Pero antes les pido que estudien un poco más. Anna dice que vale. Mónica resopla.

Aprovechando que dispongo de unos minutos de tregua, continúo con la investigación. Mis hermanos Carlo y Eleonora son los más que salen en las fotos. Les encantaban las excursiones familiares a la playa. Qué bonita la de Palermo.

Enrico y Stefano salen menos. Y Benedetto, casi nada. Ay, cómo echo de menos a Benedetto. Con el que mejor me llevaba. Seguramente por la edad. Somos los pequeños. Eso pasará en todas las familias. Si ellos supieran que estoy a punto de traicionarles. ¿Qué harían ellos en mi lugar?

En esta foto mi madre y yo, paseando alegremente con las gemelas por el centro de Palermo. Las niñas apenas tenían tres años, tan adorables. Fue una visita breve, solo unos días. Hacía tanto que no volvía a casa...

Lo que más me impactó fue descubrir que mi antigua habitación se había convertido en una especie de gimnasio casero. Tuvimos que dormir en un hotel cercano. Recuerdo la punzada de tristeza que sentí al darme cuenta de que ya no tenía un lugar en esa casa. Era como si nunca hubiera vivido allí. Fue una señal clara de que todo cambia.

En fin, sigo revisando imágenes. Qué sorpresa, Jan aparece en una foto. ¿De cuándo es esto? A ver, hace un año. Comen en un restaurante de Palermo. Veo a Enrico, Carlo y Eleonora. Sospecho que era una visita para reunirse en secreto con mi padre.

Jan... En la imagen sonrío, pero una sonrisa que oculta muchas cosas. Si caigo en las manos de su hermano, me matará sin dudar. Estaban muy unidos. Lo conocí en nuestra boda. Me llamó la atención porque tenía una melena larga que le llegaba hasta los hombros, bigote y perilla. Parecía un mosquetero francés. No me cayó bien. A mí me miraba por encima del hombro.

Tampoco ha mostrado mucho interés en las gemelas en todo este tiempo. Nunca les compró un regalo por su cumpleaños o les trajo un detalle cuando iba a Sotogrande.

No quiero distraerme. Vuelvo a estudiar la fotografía del restaurante. ¿Dónde se verían Jan y mi padre? Está claro que debían de verse en persona, si no, ¿por qué ir a Palermo?

Supongo que quedarían por la noche, en las afueras de Corleone. El pueblo es tan silencioso por la noche... Dos sombras pueden reunirse y hablar de sus negocios criminales con tranquilidad. Se estrecharían las manos, se darían palmaditas en la espalda. ¿Papá preguntaría por mí? ¿Por sus nietas? Tal vez sí, tal vez no.

En la foto del restaurante, Jan tiene un móvil sobre la mesa, muy cerca de él. ¿Era el suyo? A él le gustaban los móviles de pantalla grande, último modelo. El de la foto es pequeño, de color naranja chillón, y no parece un último modelo. A ver si sale en más fotos... No, solo sale en esa.

¿Por qué lo llevaría a Palermo? Solo se me ocurre una respuesta lógica.

Para comunicarse con mi padre.

Un móvil exclusivo para comunicarse con él. A través de mensajes de texto o llamadas de voz. Sí, tiene sentido. Debían hablar de su alianza para importar droga y venderla por toda la región de Sicilia.

¿Dónde estará ese móvil?

Me quedo pensativa mientras observo a las gemelas leyendo y subrayando un libro de Matemáticas.

O lo tiene la policía, o está escondido en la casa. En el lugar secreto donde guardábamos lo más valioso. Pasaportes, dinero en metálico, la pistola de Jan... Había una caja fuerte en su despacho, pero allí no había nada importante, solo en el escondite.

Tengo que hablar con Francesca. Urgente.

CAPÍTULO 46

SALVATORE

En la furgoneta, Leo y yo vamos en dirección a Sotogrande. Joder, siento la adrenalina hirviendo por todo mi cuerpo. Ya es de noche. El cielo es de una oscuridad profunda. La autovía de la Costa del Sol tiene algo de tráfico, pero circulamos con fluidez. Voy al límite de la velocidad permitida, bueno, a veces un poco más. No andamos sobrados de tiempo. Si el mediador ya ha contactado con el hermano de Beatrice para citarse en Palermo, significa que es cuestión de horas que los Spinazzo sepan que la tenemos a ella y a las gemelas.

Le explico a mi primo qué es lo que vamos a hacer en el ático de Beatrice. Será una visita rápida, coger el móvil naranja del escondite y salir pitando.

—¿Cómo has hablado con Beatrice? —pregunta Leo extrañado—. Se supone que no os dejan hablar.

—Digamos que he conseguido un intermediario —respondo pensando en la madrina.

—¿Quién?

—Te lo diré en otro momento —digo y cambio de tema—. Leo, lo importante es que tenemos una pista sólida. Si conseguimos ese móvil, obtendremos un número de teléfono, que podremos rastrear en Palermo. ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Coño, claro que sí. Podremos saber por dónde se mueve con más exactitud ese cabrón de Spinazzo. Y si hay mensajes de texto, los leeremos.

—Incluso podríamos intervenir esa línea telefónica.

—Buena idea, aunque eso nos llevaría unos días. Además, tampoco creo que Spinazzo esté todo el día hablando por el móvil. Oye, ahora que caigo, ¿cómo vamos a entrar al piso?

—Beatrice me ha dado las llaves. Además, se ha hecho pasar por una vecina y ha llamado a la garita de seguridad para que nos dejen entrar a la urbanización.

Leo abre la guantera y saca un trapo. Después mete la mano en su chaqueta, saca su pistola y la limpia con meticulosidad.

—Por si acaso tenemos que usarla —dice mirándome de refilón.

—Sí, puede que los holandeses estén cerca vigilando la entrada. Estarán deseando dar con nosotros.

—¿Traes tu pistola?

—Por supuesto —respondo con la mirada fija en el tráfico—. Como tardaré como mucho diez minutos, prefiero que te quedes abajo, esperándome. Yo subo al piso, voy al escondite, cojo el móvil y bajo a toda ostia.

—Está bien, aunque no es el mejor plan del mundo.

—Si quieres llamamos al Ayuntamiento y organizamos un concurso de ideas —digo con ironía.

—Muy gracioso, pero ahora en serio. Espero que no sea una trampa.

—¿Una trampa? No, no lo es. Ya te lo dije, confío ciegamente en Beatrice.

—Si tú lo dices...

Unos minutos más tarde, llegamos a la urbanización donde vivían Jan y Beatrice. Detengo la furgoneta en la garita de seguridad. Un joven con uniforme nos mira con cierta desconfianza. Me fijo en que lleva una pistola colgando del cinturón.

—Vamos al bloque 3, piso A-1 —digo con firmeza—. Nos ha dicho la dueña del piso que os avisó de nuestra llegada.

El joven me escucha, consulta la información y finalmente levanta la barrera de seguridad. Bien, un problema menos. Avanzo hasta que me detengo en el bloque. Ahí está la entrada al aparcamiento, el lugar donde vi a Beatrice por primera vez. Andaba con prisa llevando la maleta. Parece que fue hace mil años.

—Ponte al volante —digo y abro la puerta para salir—. Aparca en la cuesta del aparcamiento. Es un buen sitio para no llamar la atención.

—Ten cuidado, primo.

—Lo tendré.

Alzo la vista para observar la fachada. Hay luces en otros pisos, pero en el ático no. Se oye el ladrido de un perro y música española, pero a saber de dónde. Con las llaves que me ha dado Beatrice, abro el portal. De momento, todo bien.

Subo por las escaleras. Silencio. Llego a la puerta e introduzco la llave. Abro y entro en sigilo. Huelo a aire estancado. Enciendo la luz y me encuentro un desorden increíble en el pasillo. Ropa, libros, cojines, una lámpara, cuadros por el suelo, un peluche. Joder, nada parece en su sitio.

El escondite está en el tercer peldaño de la escalera. Eso fue lo que me dijo la madrina.

Supongo que será contando desde abajo. A ver, uno, dos, tres. Tiene que ser este. Espero que Leo esté bien. No me ha vibrado el móvil, así que de momento no hay novedades. Tiro del saliente del peldaño. Cuesta pero lo consigo. Se abre como una tapa, es un cajón de madera. Muy ancho. Sí, un buen escondite, pero no veo el móvil naranja.

—Mierda —susurro.

Solo hay unos cuantos papeles. ¿Tendrán algún valor? De repente, escucho a mi espalda el sonido metálico del percutor de una pistola. El corazón me da un salto mortal.

Al girarme, veo a un tipo barbudo que me mira con cara de odio. Debía de estar escondido en alguna habitación. Me apunta con una pistola.

—Quieto, amigo, o te vuelo la tapa de los sesos —dice con un fuerte acento holandés—. Levanta las manos.

Obedezco. No es momento para desafiar a la autoridad. Tengo mi pistola en la pierna, pero no me daría tiempo a cogerla y disparar.

—¿Quién eres? —pregunta.

—Salvatore.

—¿Has venido solo?

—Sí.

—Ya lo veremos.

Saca un móvil del interior de su chupa de cuero, pulsa la pantalla y se lo pone en la oreja.

—Dile al jefe que hemos pillado a uno de los Barone. Venid para acá cagando leches. Ah, no

creo que haya venido solo —dice, cuelga y me mira—. Tumbate en el suelo bocabajo, con las manos y las piernas separadas. Vamos a esperar a que venga Ruud.

Unos minutos después, me vibra el móvil en el pantalón. Ese es Leo. Supongo que para avisarme que ha visto gente entrando al bloque. Demasiado tarde. Ninguno de los dos sospechó que a lo mejor habría alguien dentro ya.

Pasa unos minutos más. La puerta de entrada se abre y oigo unos pasos decididos. Lo primero que veo son unas botas sucias de montaña. Al levantar la vista, un hombre melenudo con bigote y perilla me mira con ojos penetrantes. Tendrá unos cincuenta y tantos años.

—Así que tú eres uno de los perros Barone —dice con voz ronca.

—Yo también estoy encantado de conocerle —digo tirando de ironía.

Como agradecimiento, recibo una agradable patada en el estómago. Suelto un gruñido pero nada más. No les voy a dar ninguna satisfacción.

—Con mucho gusto, ahora mismo te ponía una bala entre ceja y ceja —dice Ruud—. No habéis hecho más que retrasar mis planes. Por suerte, dejé uno de mis hombres aquí por si acaso alguien se presentaba a husmear.

—Resultará que tienes cerebro y todo —digo y me llevo otra patada de regalo.

—Ruud, vamos apretados de tiempo —dice el que me apunta con la pistola.

—Lo sé, idiota.

Se agacha para hablar conmigo. Del bolsillo de su chupa, saca un móvil naranja con una funda transparente. El móvil de Jan.

—¿Es esto lo que buscabas? —me pregunta proyectando su apestoso aliento.

—Di una cantidad, te lo compro.

—Jan no tenía secretos para mí. Éramos uña y carne, por eso sé para qué sirve este móvil. ¿Para qué lo quieres?

—No es de tu incumbencia.

Recibo otra patadita por mi insolencia.

—¿Qué relación tienes con Nino Spinazzo? —pregunta Ruud.

—Tenemos viejas cuentas que saldar.

—Claro, ahora lo entiendo todo —dice Ruud mirando a su compinche—. Por eso tenéis a esa asesina y sus hijas.

—Jefe, hay que marcharse ya —dice el otro—. Los vecinos pueden haber llamado a la policía.

Ruud le dedica una mirada fulminante. El otro se encoge de hombros, avergonzado.

—Vamos a llegar a un acuerdo muy simple —dice Ruud y se pasa su asquerosa lengua por los labios—. Me dais a Beatrice a cambio del móvil.

La quiere para matarla. Nunca lo permitiré.

—Ni de coña —digo—. Repito que te compro el móvil. Solo di una cifra y cerramos el negocio.

—¿A qué viene tanto interés por esa fulana? ¿Te has encoñado, eh?

—¡Cabrón, lávate la boca para hablar de ella! —le digo enfurecido por hablar así de mi mujer.

Ruud suelta una repugnante carcajada.

—Reconozco que mi cuñada me ha sorprendido —dice—. Siempre pensé que era una mosquita muerta y, mira, resultó ser una asesina.

—Déjate de dramas, ¿cuánto quieres por el puto móvil? —insisto.

El holandés lo deja caer al suelo, y lo pisa con fuerza escuchándose el crac de la pantalla.

Mierda.

—Tu oferta me la paso por el culo —dice sin dejar de destrozar la carcasa del móvil.

—No sabes lo que estás haciendo —digo lamentándome.

—Claro que sí —dice y mira a su compinche—. En vista de que has rechazado mi propuesta, voy a cambiarte a ti por mi cuñada.

—Bien pensado, jefe —dice el pelota de su lacayo.

—Regístrale en busca de un móvil.

Desde el suelo, veo las piernas de alguien aproximándose en silencio. Por los zapatos y los pantalones reconozco enseguida a Leo. Hice bien en pedirle que me acompañara.

—Quietos —dice apuntándolos con su pistola—. Tú, dame la pistola. Los dos, de rodillas y con las manos en la cabeza. Ahora.

Me incorporo mientras los holandeses obedecen mansamente. Cojo el móvil destrozado y me lo guardo en el bolsillo del pantalón.

—¿Está bien? —me pregunta Leo guardándose la pistola del lacayo.

—Mejor, imposible —respondo y le guiño un ojo.

—Vámonos, Salvatore —dice apuntando hacia ellos.

—Dame su pistola.

Me la entrega. Es una Jericho 941, de peso ligero y acabado excelente. Su nombre se debe a que se puede usar munición de calibre 9 mm o 41.

—Una buena marca —digo al lacayo—. Te felicito.

—Que te jodan.

Sonrío y me dirijo a Ruud.

—Tienes que aprender a no hablar mal de las mujeres y mucho menos de mi esposa.

—¿Tu esposa? —pregunta sorprendido.

—Sí, perdona que no te invitara a la boda.

Sin más, le disparo a la frente y cae al suelo como un muñeco. Después, es el turno del otro, apunto y disparo. También se desploma. Antes de irnos, miro a los dos cadáveres, cada uno con un agujero del que empieza a salir sangre. Ya nadie irá detrás de Beatrice. Un problema menos para mi mujer.

CAPÍTULO 47

SALVATORE

En el despacho, planto sobre la mesa el móvil naranja. Su aspecto es lamentable. Pantalla rota, carcasa doblada y no enciende. El padrino, Pietro y Vincenzo lo miran sin comprender.

—Jan lo usaba para comunicarse con Spinazzo. Solían quedar para verse las caras y hablar de negocios —les digo dirigiéndome a los tres—. Ahí dentro tiene que haber conversaciones entre los dos, datos que nos pueden ser muy útiles.

—¿Cómo estás seguro de eso? —pregunta mi hermano.

Saco mi móvil de la chaqueta. Busco en la galería de Fotos la imagen que me envió la madrina. Jan comiendo con los Spinazzo en Palermo. Se la muestro a Vincenzo.

—Mira lo que hay sobre la mesa, el móvil naranja.

—Vale —dice serio.

—Aún hay más —digo.

Meto la mano en el bolsillo de mi chaqueta y con cuidado de que no se caiga, saco la tarjeta SIM y la coloco al lado.

—Estaba dentro del móvil —continúo hablando ante la estupefacción de mi familia—. La saqué de la bandejita. Con el número de teléfono y sabiendo las fechas, que saldrán en los mensajes, podemos usar la geolocalización para ver donde quedaban Jan y Spinazzo. Seguramente en Corleone, pero habrá que asegurarse.

—Pero el móvil está destrozado —dice el padrino arqueando sus espesas cejas.

—Por eso hay que contactar con un experto informático para que extraiga el disco duro y vuelque la información en un *pendrive* —digo apoyando las manos en la mesa, lleno de confianza en mí mismo.

El padrino, como sabe de tecnología lo justo, mira a Pietro y Vincenzo. Los dos asienten. Sí, es posible.

—Pagándole muy bien, tenemos la información en veinticuatro horas —dice Pietro.

El padrino asiente, pensativo, mientras tamborilea sobre la mesa. Todos estamos pendientes de sus palabras.

—Encárgate, Pietro, de contactar con el mejor. Dale lo que pida —dice el padrino, y se gira hacia mi hermano—. Vincenzo, llama al Silencioso, que posponga la reunión con el hijo de Spinazzo. Invéntate una excusa razonable. Necesitamos unos días para analizar este giro de los acontecimientos. Si podemos matar a Spinazzo sin alertar a su familia, mucho mejor.

Pietro y Vincenzo se dirigen hacia la puerta. Mi hermano y yo cruzamos una intensa mirada. El padrino y yo nos quedamos a solas.

—Ruud, el holandés, ya no será un problema.

—¿Por qué?

—Está muerto, me lo he cargado.

—Buen trabajo. ¿Algo más?

—Quiero hablar con mi mujer. Me lo he ganado —digo con firmeza.

El padrino se echa sobre el respaldo y me clava su mirada de perro viejo, de quien está de vuelta de todo.

—Está bien, hijo —concede—, pero más vale que este móvil, lo que hay dentro, nos lleve a Spinazzo. Si no, esa mujer y sus hijas se marchan de esta casa.

No sin preocupación, salgo del despacho y bajo al sótano. Le digo a Benito que estoy autorizado a hablar con Beatrice, y sigo caminando hacia el saloncito. Me llegan voces.

—¿Ya tendrían que estar aquí, no? —pregunta Beatrice

—Tranquila, están a punto de llegar —responde la madrina.

Al oírme llegar, se vuelven hacia mí. Beatrice salta del sofá y nos abrazamos. Siento un estremecimiento al juntar mi cuerpo con el suyo. Tengo que hacer un esfuerzo por controlarme delante de la madrina. Si no estuviera ella delante, ya estaríamos desnudos.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunta mi mujer.

Les cuento con detalle lo que ha pasado en Sotogrande. Cuando le confieso que Ruud está muerto, Beatrice se lleva las manos a la cara, sorprendida y aterrada.

—Entonces... —dice.

—Sí, ya no tienes que preocuparte por él.

En su expresión hay un alivio profundo por ella y sus hijas.

—Gracias, Salvatore —dice con una mano en el corazón—. Parecía capaz de todo con tal de vengarse de mí. Siento que me quito un peso de los hombros.

—Ahora solo queda la policía —dice mi madrina—, que te sigue buscando.

—Lo arreglaremos —digo—. Poco a poco, porque están siendo unos días caóticos. Nos vendrá bien algo de reposo.

La madrina se despide y nos deja a solas.

—Estaba preocupada por ti —dice Beatrice poniendo su cabeza sobre mi pecho.

—Pues yo no he dejado de pensar en ti ni un minuto —digo rodeándola por el hombro y besándola en la coronilla—. Esta noche vas a dormir en mi cuarto, que para eso eres mi mujer.

—Vale —susurra.

Su cuerpo suave y sexy es la mayor debilidad que he tenido en mi vida. No puedo aguantar más, y de la mano la llevo arriba, en silencio. Entre nosotros flota la erótica vibración de lo que va a pasar. El dormitorio se incendiará de una pasión incontrolable.

—No puedo creer que por fin estemos solos —me dice al llegar.

Cierro la puerta con el pie y la arrincono contra la pared.

—Una hora más sin tocarte y me tiro de un puente —le digo y empiezo a besarla por el cuello—. Todavía tengo adrenalina por todo mi cuerpo.

Paso la mano por su cabello, y ese gesto tan simple hace que me ponga todavía más cachondo. Me da igual si nos oyen los demás, ya está bien de aguantarse los jadeos y gemidos de dos amantes follando. Que se pongan tapones en los oídos.

—Yo también —dice rodeándome con sus brazos—. Estoy más despierta que nunca. Llévame a la cama y échame un buen polvo. Lo necesito.

En volandas, la llevo y la dejo caer. Nos empezamos a desnudar como poseídos por una fiebre incontrolable. Al ver su cuerpo desnudo se me olvida quién soy y cómo me llamo. Una

obra de arte. Sus perfectos pechos, su vibrante cadera y esas sedosas piernas. Todo en ella es puro fuego.

Sobre la cama, estoy empalmado en toda su longitud y dureza.

—Te está esperando —digo.

Veo en sus ojos un brillo de lujuria. Se acerca gateando, pero con la cabeza alta y dibujando una sonrisa traviesa. Joder, cómo me pone. Si por mí fuera, la estaría follando toda la vida. Se abalanza sobre mi polla, desesperada, salvaje, hambrienta.

Ah, se acelera mi respiración al sentir la humedad de su boca envolviéndome. Coloco una mano sobre su cabeza y le acompaño en su movimiento de arriba abajo. Su culo en pompa es una visión celestial.

—Así, muy bien, amor —le digo.

Siento su lengua y sus labios estremeciendo el glande.

—¡Joder! —digo entre un gemido.

Beatrice alza la vista y conectamos. Saborea la punta con un lametazo aquí y allá. Sí, bien. La sensación de poder es indescriptible y única. Ahora estoy en la cima del mundo. Cierro otra vez los ojos y echo un poco la cabeza hacia atrás. No se cansa, sigue chupando y lamiendo. Le encanta. Es una adicta.

—Dame por atrás, por favor —me suplica.

—¿Estás desatada, eh? Eso me gusta, que te dejes llevar.

Con mi miembro bien lubricado y brillante, la agarro bien por las caderas y se la meto hasta el fondo. Antes de embestirla, le doy un par de azotes en el culo. Después lo manoseo con las manos. Nunca me he sentido más cachondo.

Ella se yergue y se inclina ligeramente de espaldas, con las manos hacia atrás. Sé lo que desea. Colmo mis manos con sus pechos y casi me quedo sin aliento. Le mordisqueo el hombro. Todos mis sentidos se llenan de ella.

CAPÍTULO 48

BEATRICE

Levanto las caderas y me la mete un poco más. Se me escapa un gemido. Dios mío, qué caliente estoy. Con otro golpe de pelvis, siento su polla en toda su extensión dentro de mí.

Sin pensar en lo que hago, solo obedeciendo mi instinto, me acaricio entre las piernas, pero aparta la mano. Después la pone detrás de mi espalda y tira un poco hacia arriba de mi brazo. Me penetra otra vez, quedándose bloqueada entre el placer y el dolor.

Me suelta y apoyo las dos manos el edredón. Sí, a cuatro patas. Sus embestidas hacen que pierda el equilibrio y cae mi cara sobre la almohada. Cierro los ojos y me dejo enloquecer por la virilidad de mi esposo. No para, es una máquina del sexo. Lo que me he perdido tantos y tantos años.

—Sí, domíname... —susurro totalmente ida—. Hazme lo que quieras...

Me sorprende cuando gimo al correrme, convirtiéndome en una materia sin sentido que se transforma en una pulsión puramente carnal. El corazón bombea con fuerza sangre a todas las partes de mi cuerpo, y solo oigo las palpitaciones, como si perdiera la consciencia.

Salvatore se corre justo después. Se desploma con un gruñido de plena satisfacción. En el dormitorio solo se oyen nuestras respiraciones jadeantes. Me acerco a él y le doy un beso en su agitado pecho, justo en la B grabada a fuego vivo en su piel. Con la yema de los dedos, acaricio el relieve. Es salvaje y morbosa la forma de representar la lealtad de esta familia.

Estira un brazo y me rodea, y al descansar la cabeza escucho los latidos de su corazón. Nos quedamos así un ratito, recuperándonos, volviendo a ser personas normales.

Me estrecha un poco más contra él, haciéndome sentir que soy suya, pero de una forma sensual, adictiva y romántica. Es la primera vez que experimento algo así, y me sorprende un poco, tanto, que no sé si estar alegre por el descubrimiento, o un poquito triste por no haberlo disfrutado antes. Supongo que las cosas llegan cuando llegan, no cuando una quiere.

En esta calma se rebela una complicidad, una íntima conexión en la magia de la noche. Da igual si soy una Spinazzo y él un Barone, eso son etiquetas. Somos dos almas que de repente cruzan caminos y viven el presente a tope.

—Eres preciosa, amor —susurra.

—Gracias —digo con los ojos cerrados.

—Tu cuerpo me vuelve loco, es una jodida maravilla.

—El tuyo tampoco está nada mal —digo para picarle un poco.

—Oh, qué amable por tu parte al expresarlo con tiernas palabras —dice con ironía.

Nos reímos. Después de todo lo que he pasado, reírme se me hace tan extraño, pero lo

necesito. Debería reír un poco más.

—Me haces sentir tan... diferente —le digo dejándome llevar—, fuerte y frágil a la vez.

—¿Qué quieres decir? —pregunta mirándome, interesado.

—No lo sé. Grande y pequeña, como si fuera capaz de hacer cualquier cosa, pero al mismo tiempo necesitara después un abrazo. Lo sé, no tiene ni pies ni cabeza.

—No tiene por qué tenerlo. Las personas somos contradictorias —dice y me besa en la boca. Aún noto el aire cargado de sexo.

—Cómo me gustaría que todos los problemas hubiesen terminado ya.

—Ojalá, pero todavía tenemos que hablar con la abogada. Sin falta, urgente —dice acariciándome el hombro—. Ahora al menos podemos movernos con más libertad por la calle.

—Prométeme una cosa.

—Lo que sea, amor —dice devorándome con sus bellos ojos.

—Que cuando ocurra lo de mi padre, no me des los detalles. Solo dime «ya está». Solo eso, ¿vale?

—Vale.

Nos volvemos a besar.

—Voy a dormir con las gemelas, por si acaso se despiertan y se preguntan dónde estoy.

Hace un mohín de disgusto.

—Te quiero en mi cama, Beatrice. Todas las noches.

—Y yo quiero estar aquí, pero me debo a mis hijas, ya lo sabes.

—Voy a hacer que preparen la antigua habitación de Vincenzo para ellas, así al menos estaréis más cerca.

—¿Cómo va a reaccionar tu familia? —digo preocupada, con la mente en sus padrinos, hermano y primos.

—Hablaré con ellos —dice con determinación—. Somos un matrimonio y tienen que entender que nos amamos.

Me pellizco el labio inferior, emocionada. Qué hombre, no para de luchar por mí.

—Quiero que seamos una familia, los cuatro —dice sin asomo de duda.

El corazón se me llena de una alegría inmensa. Oírle hablar de esa manera, me deja impactada y cada vez más enamorada.

—Salvatore, amor mío, no sé qué decir —digo y le doy un buen achuchón.

—No será fácil al principio, habrá un periodo de transición pero lo superaremos —dice con su habitual seguridad en sí mismo.

—Antes de que te vayas, necesito echarte otro polvo o moriré aquí mismo —dice Salvatore con una erección enorme.

Se la cojo con una mano y le miro sonriendo.

—Me has leído el pensamiento —digo traviesa, muy traviesa.

CAPÍTULO 49

SALVATORE

Mientras las gemelas se quedan en la salita de espera, Beatrice y yo entramos en el despacho de la abogada Amina Khalil. Nos estrechamos la mano y nos sentamos frente a su escritorio. A través de la ventana, se contempla la avenida Ricardo Soriano, con el tráfico habitual de cada mañana. Los cristales deben de ser gruesos porque apenas se escucha un murmullo de la calle.

Sobre la mesa, la abogada tiene una copia del expediente de la policía del caso de Jan Van Peters. Hay informes de agentes, peritos forenses y fotografías. Beatrice me mira de reojo, preocupada.

—Después de estudiar todos estos documentos —dice poniendo una elegante mano sobre el expediente—. Me reafirmo en la estrategia que sugerí al Sr. Barone, legítima defensa. Hay muchas posibilidades de éxito, aunque no está asegurado, por supuesto.

—Tenemos un vídeo donde aparece todo lo que ocurrió en el aparcamiento —dice Beatrice.

—Sí, me lo mostró el Sr. Barone la última vez que nos vimos.

—Eso nos puede ayudar.

La abogada hace un gesto dubitativo.

—El fiscal preguntará cómo han conseguido ese vídeo, quién lo grabó y qué hacía allí. Honestamente, son preguntas muy incómodas y que pueden peligrar toda la estrategia. Desaconsejo usarlo.

—Entiendo —dice—. Otra pregunta, ¿qué va a pasar con mis hijas?

—Nada, usted seguirá teniendo la custodia. Sus hijas están al margen a no ser que sea condenada, cosa ahora mismo improbable. Como mucho, les preguntarán sobre las adicciones de su padre —Hace una pausa para asegurarse de que Beatrice no tiene más dudas—. Lo que tiene que prepararse es para presentarse hoy mismo en la comisaría para declarar su versión de los hechos.

—¿Cómo?

—Sí, no puede retrasarlo más tiempo. Cuantos más días falte, más sospechoso será para la policía. Pero no se preocupe, yo la acompañaré en todo momento.

—¿Voy a ir a la cárcel?

—Eso dependerá del juez, pero lo dudo mucho. Usted se presenta voluntariamente, no tiene antecedentes y además es madre. Como mucho, le quitarán el pasaporte y tendrá que abonar una fianza. Será un proceso de un par de horas, después volverá a casa.

Beatrice me mira, preocupada.

—¿Qué les tengo que contar?

—Todo lo que recuerde de ese día, pero sobre todo hacer hincapié en que salió de ahí por el miedo insuperable que sintió. Y que usted y sus hijas han estado refugiadas en la casa de los Barone porque temía la reacción del hermano, Ruud Van Peters, otro mafioso.

Beatrice resopló, como si fuera una tarea imposible.

—Has estado en situaciones peores —le digo para animarla.

—Tiene derecho a no contestar a las preguntas de la policía —dice Khalil—, además yo estaré a su lado parando los pies a los agentes.

Vibra mi móvil en el pantalón. Llama Vincenzo. La abogada y Beatrice siguen conversando, así que me levanto y voy a un rincón cerca de la ventana.

—¿Todo bien? —pregunto al descolgar.

—Tengo noticias sobre Spinazzo y pensé que te podría interesar. ¿Puedes hablar?

—Sí.

Me giro hacia la calle. Veo el parque de la Alameda, la fuente y palomas que revolotean.

—Después de leer todos los mensajes del móvil naranja, hemos descubierto uno muy interesante. Spinazzo tiene una cita con un amigo común de Ruud y Jan, en Corleone, de aquí a una semana.

—Noticia cojonuda —digo sintiendo un subidón de alegría.

—No te vengas arriba, veremos si se presenta o no. De momento, he pedido al mediador, el Silencioso, que se vaya de vuelta a Catanzaro. Riccardo en breve se pondrá en marcha, y llegará a Corleone para inspeccionar el terreno.

—¿Le han dejado salir del cuartel?

—Ha tenido que dar una buena *propina* al médico, para que le dé la baja temporal.

—Es decir, de aquí a una semana llegará el gran momento. Un cabrón menos en el mundo.

—Ya estás enterado —dice y cuelga.

Me hubiera gustado que reconociera que mi plan era mejor que el suyo, pero nada, no lo va a hacer. El maldito orgullo de los Barone. Guardo el móvil y vuelvo a sentarme con ellas. Beatrice agarra con fuerza el reposabrazos, así que para aliviarle un poco la tensión pongo mi mano encima de la suya.

—¿Cuándo quiere acudir a la comisaría? —pregunta la abogada.

Beatrice suspira largamente.

—Podemos preparar tu testimonio esta tarde en el yate, tranquilamente tú y yo mientras las gemelas echan una siesta o juegan —digo mirándola—. Después, a última hora de la tarde, las dejamos en casa y vamos a la comisaría con la Sra. Khalil.

—Por mí, no hay inconveniente —dice la abogada.

Beatrice asiente con la cabeza.

Una hora después, embarcamos en el Calabria. Por supuesto, las gemelas están encantadas. Además, les he dado una pequeña función al zarpar, que quiten las defensas del barco. Ellas, muy diligentes, obedecieron recogiendo los elementos que impiden que el casco golpee el muelle.

—Ya somos marineras —asegura Mónica.

—En todo caso, grumetes —replica Anna.

—Sí, porque tú lo digas —dice Mónica.

Mientras ellas se relacionan como lo que son, hermanas, Beatrice y yo nos quedamos en el puente de mando. La brisa agita su pelo moreno y rizado. Me vuelve loco cuando se lo aparta de la cara.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Un poco preocupada por la declaración —responde.

—Saldrá bien —digo con confianza—. Khalil es la mejor abogada de Marbella, por eso cobra lo que cobra.

Salimos del puerto en medio del aroma a sal. Las gaviotas chillan, y las gemelas se sientan en la cubierta con los pies colgando sobre el mar.

—Gracias por encargarte.

—No tienes por qué darlas. Somos marido y mujer —digo tomándola por la cintura—. Lo que me recuerda una cosa.

—¿El qué?

Pongo el piloto automático, y meto la mano en el bolsillo. Saco un estuche de terciopelo y lo tapo con las manos.

—Con todo lo que ha pasado —digo fijándome en su mirada llena curiosidad—, no he tenido tiempo ni para respirar, pero un matrimonio sin anillo no es un matrimonio.

Destapo el estuche y se lo muestro. Un anillo de oro blanco de dieciocho quilates, con un pedazo de diamante como ningún otro que brilla bajo la luz del sol.

—Es precioso, Salvatore —dice con una sonrisa luminosa—. Me sabe mal, yo no tengo nada para ti.

—Ya habrá tiempo para eso, no te preocupes.

Lo saco del estuche y se lo pongo con cuidado en el dedo corazón. Ella lo mira y remira con la boca abierta. Incapaz de contenerse, me abraza de repente.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Anna con las manos en las caderas, y una mirada perspicaz.

—Sí, eso, ¿qué está pasando?, ¿por qué te abraza?—pregunta también Mónica.

Beatrice duda qué decir.

—Es el momento de hablar madre-hijas —le digo por lo bajo.

Ella cierra los ojos, como si llegara el momento que tanto temía.

—Tenemos que hablar —dice al fin, un tanto nerviosa—. Venid, sentaos conmigo.

Se sientan a mi espalda, mientras yo sigo manejando el timón con la mirada puesta en el horizonte. El mar está en calma y eso es una buena señal.

—Niñas, hemos pasado unos días complicados desde que vuestro padre ya no está con nosotras, así que gracias por comportaros tan bien —dice con una voz calmada—. Vuestro padre siempre será vuestro padre y no habrá nadie que lo reemplace, ¿vale?

Me giro y veo cómo las gemelas asienten con la cabeza.

—Era una persona con sus problemas, y esos problemas lo alejaron de nosotras, también de mí.

—Por eso fuimos a un internado —dice Mónica.

—Sí, así es —dice emocionada—, pero ahora todo ha cambiado de repente. He conocido a Salvatore y me hace sentir bien, y he visto que os trata con cariño, ¿o no?

—Sí —responden las dos.

—Salvatore se ha portado muy bien con nosotras, y me gusta estar con él, por eso va a estar con nosotras más tiempo. Él no es vuestro padre, pero podéis pensar en él como un amigo, un buen amigo. A veces nos veréis abrazados, o dándonos un beso de cariño, y eso está bien. ¿Preguntas?

—¿Vamos a vivir juntos? —pregunta Anna.

—Eso está por ver, cuando sea el momento os lo contaré —dice—. ¿Alguna más?

—Ya decía yo que te veía más sonriente —dice Mónica.

—Sí, es verdad —apoya Anna.

—¿Ah, sí? —dice Beatrice con un tono de sorpresa en su voz—. ¿Qué os parece si vais sacando las patatas y los refrescos para tomar un buen aperitivo?

Las gemelas gritan que sí, encantadas, y se meten dentro a prepararlo todo. Beatrice se acerca sacudiendo con la cabeza.

—Buen trabajo, mamá —digo—. Eres una valiente, como siempre.

—Qué duro ha sido —dice—, pero una parte de mí se siente aliviada.

La rodeo por la cintura y le beso en la boca.

—Van a necesitar tiempo, lo sabes, ¿no? —dice.

—Lo sé.

CAPÍTULO 50

BEATRICE

Son casi las diez de la noche cuando salimos de los juzgados de Marbella. Salvatore y Khalil están junto a mí, satisfechos porque se ha cumplido lo que esperábamos. No voy a pisar la cárcel a cambio de depositar una fianza. Resoplo de alivio, alejando de mí toda la preocupación de separarme de las gemelas.

—Ella lo ha hecho francamente bien, muy convincente —dice Khalil a Salvatore, que se vio obligado a esperar fuera del despacho.

—No he dudado ni por un segundo que sabría hacerlo de puta madre —dice Salvatore, mirándome con un brillo de orgullo en sus bonitos ojos.

—¿Y ahora qué hay que esperar? —pregunto ansiosa a la abogada.

—Dejemos que la jueza haga su trabajo, que evalúe el caso con tu testimonio y se pronuncie —dice muy segura—. En el peor de los casos, puede que te acuse de omisión de socorro, pero ya veremos.

—Si eso pasa, ya miraremos cómo defendernos —dice Salvatore—. Esta noche es para celebrarlo.

Me sonrío y me rodea por la cintura. La abogada se despide con un fuerte apretón de manos. Dice que estaremos en contacto. La vemos subir a un taxi y alejarse en dirección a la autovía. Ha hecho un trabajo excelente, y con ella a mi lado no dudo de que todo saldrá bien.

—Vamos a cenar a un restaurante del centro que hacen el mejor pescado de Marbella —dice Salvatore.

—Vale.

Caminamos por las calles de Marbella, cogidos de la mano. No muy lejos nos sigue la escolta por si acaso, pero aun así siento una paz alrededor que me renueva por dentro. Hacer algo tan normal como dar un paseo, es maravilloso.

—Espero que las gemelas estén bien. Es la primera vez que las dejo solas en la casa.

—Tranquila, la madrina y Esperanza cuidarán de ellas. Cualquier cosa, nos llamarán.

—Tu madrina se ha volcado con las gemelas.

—Le encantan los niños. Es su debilidad —dice y se para de repente—. Por cierto, se me olvidaba, cariño.

—¿El qué?

Mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Saca mi móvil y me lo entrega. No lo dice, pero es un claro gesto de confianza. Un paso más para volver a la normalidad. ¿Llegará el día en que todo lo que ha pasado quede definitivamente atrás?

—Tengo que llamar a mi madre —digo a Salvatore—. Ella estará esperando que de un momento a otro aparezca en Palermo.

—Sí, lo comprendo. ¿Qué le vas a decir?

—Que estoy bien y las niñas también.

—Cuidado con lo que dices, no sería raro que la policía tuviera pinchada la línea.

—No había caído en eso.

Salvatore entra al restaurante y yo me quedo afuera. Necesito privacidad. Antes de llamarla, pienso un instante en qué palabras voy a usar. No va a ser una conversación fácil, pero tengo que hacerlo. Con el corazón en un puño, pulso el contacto y oigo los tonos de llamada. Resoplo para liberar la tensión.

—Beatrice, ¿dónde estás? —dice nada más descolgar.

—Sigo en España todavía.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—Murió Jan.

—¿Está muerto, cómo?

—Un accidente de coche —digo siendo consciente de que no puedo entrar en detalles—. Mamá, escucha, ahora todo ha cambiado. No voy a ir a casa. Las niñas y yo estamos en casa de unos amigos, y nos quedaremos una temporada.

—¿Unos amigos, quiénes?

—No los conoces, pero estamos seguras. Eso es lo importante. No tienes por qué preocuparte por nosotras.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte con ellos?

—No lo sé, ahora mismo estoy como en la resaca de una tormenta. Necesito calma y estar con mis hijas.

—Si es lo que quieres...

—Te volveré a llamar.

—Está bien, hija. Cuídate mucho, ¿eh?

—Sí, tú también.

Cuelgo y siento los ojos empañados de lágrimas. Si ella supiera que he ayudado a los Barone a... Ni siquiera puedo pronunciarlo en mi mente. Si ella supiera que no tenido otra que traicionarles. Supongo que no me lo perdonará jamás. Recomponiéndome, guardo el móvil en el bolso y entro al restaurante. Al fondo veo a Salvatore, ya sentado.

Un camarero saluda con cortesía, me entrega la carta y se marcha. Echo una ojeada rápida alrededor. Hay unas cuantas mesas ocupadas, parejas sobre todo y veo una estantería llena de botellas de vino. Un lugar con clase.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Salvatore.

—Pues sorprendida por la muerte de Jan, claro. Le he dicho que estábamos bien y que la volvería a llamar. De momento, no tengo fuerzas para contarle todo. Solo lo esencial.

Salvatore estira la mano sobre el mantel, y entrelaza sus dedos con los míos. Como si fuera un bálsamo, sentir su piel me tranquiliza, me relaja, me enamora.

—Todo saldrá bien —dice sonriendo de esa manera irresistible—. Poco a poco, las cosas se irán asentando.

—Eso es lo que quiero, normalidad.

Salvatore cierra la carta y la deja a un lado de la mesa.

—Cuando me lo digas, buscamos colegio para las niñas, así no tendrán que regresar al internado. Tendrán el mejor de la Costa del Sol. Bilingüe, trilingüe, lo que sea —dice

bromeando.

Sonrí. El corazón se me hincha de felicidad cuando le oigo hablar sobre las gemelas. Como siempre, se nota que se preocupa por ellas.

—Beatrice —dice con las pupilas brillantes—, ¿qué necesitas para ser feliz? Solo dímelo y pondré el mundo a tus pies.

La emoción me impide hablar. Pensé que tener un marido que se preocupara por ti era para otras, no para mí. ¿Puede ser que al final yo también pueda ser feliz?

—Con que solo me hagas esa pregunta, ya lo soy, amor mío —digo con el corazón palpitando de alegría.

—Entonces, me lo pones fácil —dice ladeando la cabeza.

—Por ahora sí —digo sonriendo, con la copa en la mano—. ¿Me sirves un poco de vino?

—Claro —dice y coge la botella de vino tinto.

Mientras me sirve, disfruto con el murmullo del vino derramándose en la copa. Bebo un sorbo, y siento mi paladar fresco y con un ligero sabor afrutado. Salvatore me mira entre curioso y expectante.

—Mi vino favorito —dice Salvatore.

—Me encanta —digo disfrutando de este instante de paz.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir?

—No, ni siquiera he abierto la carta.

Antes de examinar la carta, intercambio una mirada con Salvatore y después suspiro profundamente.

—Esta es nuestra primera cita —digo—. ¿Qué raro, verdad?

Curva sus carnosos labios en una arrebatadora sonrisa.

—Somos diferente a los demás, cariño. Me gusta, sí —dice y toma otro sorbo de vino—. Por cierto, estás guapísima esta noche.

—Gracias, corazón —digo y ahora soy yo quien entrelaza mi mano con la suya.

Un rato después, nos vamos del restaurante, llegamos a casa y directos al dormitorio con la libido por las nubes. Cierro la puerta y Salvatore, sexy, salvaje y travieso, me arrincona contra la pared.

—Un minuto más sin tocarte y me tiro de un puente —me dice mientras empieza a besarme por el cuello.

Pasa la mano por mi cabello y ese gesto tan simple me vuelve loca. No me importa si nos oirán, ya es hora de dejarse llevar por los jadeos y gemidos.

—Yo también —le digo mientras lo rodeo con mis brazos—. Estoy más despierta que nunca. Échame un buen polvo, lo necesito.

En volandas, me lleva y me deja caer sobre la cama. Empezamos a desnudarnos como poseídos por una fiebre incontrolable. Al ver su cuerpo desnudo, siento una oleada de calor entre mis muslos. Sus tersos músculos, su pecho esculpido y sus firmes piernas. Una obra de arte.

Está empalmado en toda su longitud y dureza.

—Te está esperando —dice.

Sonríe y veo en sus ojos un brillo de lujuria. Me acerco gateando sobre la cama, pero con la cabeza alta y dibujando una sonrisa pícara. Dios, cómo me pone. Si por mí fuera, estaríamos follando toda la vida. Me abalanzo sobre su miembro, desesperada, como si fuera mi alimento vital para sobrevivir.

Coloca una mano sobre mi cabeza y acompaña el movimiento de arriba abajo.

—Así, muy bien, amor —me dice.

Paso mi lengua sobre la húmeda punta.

—¡Joder! —dice entre un gemido.

Alzo la vista y conectamos. Saboreo con un lametazo aquí y allá. Sí, bien. La sensación de poder es indescriptible, única e insaciable. Ahora él está en la cima del mundo. Cierra otra vez los ojos y echa un poco la cabeza hacia atrás. Le encanta mi mamada.

Se corre en mi boca con un gruñido. Voy al baño a limpiarme y regreso con más ganas todavía. En la cama, colma sus manos con mis pechos. De donde puede, saca la energía para mordisquearme el hombro mientras me acaricia el coño. Todos mis sentidos se llenan de esta barbaridad de hombre.

Me pongo en pompa y meneo el culo.

—Dame por atrás, por favor —le suplico.

—¿Estás desatada, eh? Eso me gusta, que te descontroles.

Con su miembro bien lubricado y brillante, me agarra bien por las caderas y me la mete hasta el fondo. Antes de embestirme, me da un par de azotes en el culo. Después lo manosea con las manos. Nunca me he sentido más deseada.

—Eres mía, Beatrice —susurra con una voz que encierra posesión y delirio—. Y quiero que seas mía para siempre. Si huyes, te perseguiré hasta el último rincón del mundo.

Empieza a embestirme. Dios, me encanta. Soy un volcán a punto de explotar. Me agarra suavemente del pelo y sigue metiéndomela con un poderío sobrehumano. Salvatore es todo fuerza y pasión, una máquina. En el dormitorio, reinan el sonido de la piel contra la piel y nuestros jadeos. Primero, me corro yo con un gemido largo y agudo, casi al instante, él.

Estoy muerta y he resucitado, sí. Nuestros cuerpos se funden en un abrazo apasionado. Nuestras respiraciones agitadas poco a poco se van calmando. Salvatore me estrecha contra su pecho, sintiendo el calor de su piel y el latido de su corazón. Qué sensación de amor y plenitud, que no se acabe nunca.

CAPÍTULO 51

SALVATORE

En mitad de la noche, me despiertan unos golpecitos en la puerta de nuestro dormitorio. Por un momento pienso que son imaginaciones mías pero no, los golpecitos vuelven. Consulto el reloj del móvil. Las dos de la mañana. Me levanto en sigilo de la cama con un gruñido para ver quién coño es.

Abro la puerta. Leo en pijama.

—¿Qué pasa? —digo en voz baja.

—Mi padre nos ha convocado a todos. Urgente.

—Vale.

Cierro la puerta con cuidado para no despertar a Beatrice, y emprendemos el camino hacia el piso de abajo.

—¿Te ha dicho el motivo de la reunión? —pregunto a Leo.

—No.

En el despacho, nos esperan mis padrinos y Pietro, de pie. También en pijama. Sea lo que sea, ha pillado de improviso a la familia.

—Bien, ya estamos todos —dice el padrino sentado a la mesa.

—¿Y Vincenzo? —pregunto.

—Estoy aquí —responde a través del altavoz del móvil de mi madrina.

—En su casa —me dice Pietro.

El padrino se levanta de su silla y con gesto solemne nos mira.

—Familia, tengo noticias sobre Nino Spinazzo —dice y hace una pausa para ver nuestra reacción—. Como sabemos, gracias a los mensajes interceptados, supimos que había un encuentro clandestino en Corleone entre Spinazzo y un enlace de la mafia holandesa. Pues bien, Riccardo me ha enviado esto hace escasos diez minutos.

En el móvil, nos muestra la foto de Nino Spinazzo con un reguero de sangre en la cara. Tiene un agujero de bala justo en la frente. Siento una súbita corriente de inmensa felicidad.

—Después de veinte años, lo hemos conseguido —dice el padrino, emocionado—. Hemos vengado la muerte de mi hermana y mi cuñado. Salvatore y Vincenzo, eran vuestros padres. Y vuestros tíos, Pietro y Leo.

—No puedo creerlo, por fin —digo.

—Me gustaría pensar que lo último que pensó fue maldito el momento en que mandé asesinar a los Barone —dice la madrina con los ojos empañados de lágrimas.

Nos damos abrazos y besos. Un momento inolvidable para los Barone. El ambiente flota la

satisfacción del deber cumplido, de un enorme peso que nos quitamos de los hombros.

—Riccardo está bien, por seguridad no puede hablar por el móvil —dice el padrino—. Ahora irá de regreso a Catanzaro y después a Roma, a continuar en el Ejército. Le he pedido que venga a Marbella cuanto antes para celebrarlo.

—Le llamaré mañana —dice Pietro.

Cojo el móvil de la madrina para hablar con mi hermano.

—Lo hemos logrado —digo invadido por la felicidad.

—Por fin, Salvatore. Nuestros padres ahora sí que descansan en paz.

Su voz es vibrante y pletórica de energía.

—Desde luego que sí —digo y hago una pausa—. Buen trabajo, hermano.

—Buen trabajo, hermano. Gracias a tu testarudez, ha salido todo bien. Has estado a la altura.

Me acerco a la estantería y cojo la fotografía de mis padres y mis padrinos cuando eran jóvenes. En el reflejo del cristal veo mi sonrisa llena de emoción. La madrina me coge del brazo y contempla también la imagen.

—Si estuvieran vivos, estarían orgullosos de vosotros —dice.

Asiento lentamente con la cabeza. Matar a Spinazzo no les devuelve la vida, pero es como si me quitaran una espina del corazón. Dejo la foto en su sitio y pienso que es el momento de hablar de Beatrice.

—Padrino, quiero hablar contigo —le digo.

—¿Ahora? ¿No puedes esperar hasta mañana?

—Sí, ahora.

Después de que la madrina y Pietro se marchan, nos sentamos. Afuera, el profundo silencio de la noche.

—Ahora que Nino ha muerto, quiero que Beatrice y sus hijas sea tratadas como unas Barone más.

Sus cejas espesas y canosas se contraen.

—¿Crees que es tan sencillo olvidar los viejos rencores?

—No, no soy ingenuo. Pero ella nos ha ayudado a localizar a su padre. Ha demostrado de que lado está.

—Tampoco tenía muchas opciones.

—Podía habernos dado pistas falsas, avisar a su padre de alguna manera... Confío en ella, padrino.

—¿Confías o estás enamorado de ella?

—Las dos cosas —respondo sin dudarlo.

El padrino frunce los labios, pensativo.

—Si ella es lo que tú necesitas para que asientes la cabeza de una vez, no me opondré, pero yo no puedo ordenar a la familia que confíe en ella. Eso dependerá de cada uno. Tal vez con el tiempo... O tal vez no.

Terminamos la charla y vuelvo a mi dormitorio. Me quedo de pie en silencio, mirando a Beatrice en la cama. Estoy casado con una de las hijas de nuestro mayor enemigo. Es parte de lo que me une a ella, un vínculo de luz y oscuridad.

—¿Qué haces ahí parado? —pregunta Beatrice con voz somnolienta.

Hinco una rodilla en la cama y voy gateando hacia ella. La abrazo por detrás permitiendo que su aroma me embriague por completo.

—Me dijiste que cuando pasara lo de tu padre, te dijera: ya está, hecho.

—¿Mi padre está...? —pregunta girándose.

—Sí, muerto —susurro.

Ella vuelve a descansar la cabeza sobre la almohada. En el silencio, oigo su respiración.

—Supongo que tiene lo que se merece —dice con la voz muy frágil—. Vivió la vida al filo del abismo y ahora lo ha pagado caro.

—Tarde o temprano le hubiera sucedido. Había muchos que querían acabar con él.

—Solo espero que no haya sufrido, que haya sido rápido.

—Desde ahora nunca más hablaremos más sobre este tema. Por nosotros y las gemelas.

—Me parece bien.

—Beatrice, quiero una boda por la iglesia. La mejor boda de la historia. No repararé en gastos, tendrás al mejor en todos los puestos. Tu vestido será a medida y con el mejor diseñador del mundo. Ese día estarás radiante. La novia más bella del mundo.

—Me gustaría tanto —dice, entre sollozos, con una enorme ilusión.

—Ya lo estoy viendo: cuando vayas a entrar a la iglesia, las gemelas te ayudarán con la falda del vestido.

—Casarme enamorada —pausa para que sorba la nariz—, eso tiene que ser emocionante.

—Amor mío, después de todo lo que hemos pasado, nos lo merecemos —digo besándola en la mejilla.

CAPÍTULO 52

BEATRICE

Estoy soñando pero parece tan real... En la casa familiar de Palermo, sentada a la mesa del comedor. No sé qué hago aquí. Mis hermanos y mi madre niegan con la cabeza, indignados y decepcionados. El ambiente es irrespirable. Tengo frío y me tiemblan las manos. Noto que me ahogo. Mi padre, con la cara ensangrentada, me clava una mirada de profundo desprecio.

—¡Eres una traidora! —grita apuntándome con el dedo.

—¡Sí, traidora! —exclama mi madre levantándose.

Mis hermanos Eleonora, Carlo, Enrico, Stefano y Benedetto también me acusan de traición. Quiero salir de ahí, escapar pero no puedo moverme de la silla. Estoy completamente paralizada de miedo.

—¿Cómo has podido convertirte en una Barone? —dice mi padre, rabioso.

—¡Qué bajo has caído! —Mi madre entorna los ojos, avergonzada, con los ojos llorosos.

—¿No dices nada? ¡Defiéndete! —grita Benedetto.

Siento el horrible peso de sus miradas como puñales atravesándome el alma.

—Yo... —digo intentando defenderme, pero tengo un nudo en la garganta.

—¡Te condenamos! —gritan mis hermanos al mismo tiempo.

Mi padre se acerca lentamente proyectando su temible sombra sobre mí. Su cara es terrorífica, con el agujero de bala en la cabeza y toda la sangre reseca y oscura. Es escalofriante, como un muerto viviente.

Estira los brazos y me coge de la ropa, zarandeándome con violencia. Huele mal, a humedad y tierra.

—¡Habla, maldita sea! —exclama furioso—. ¡Habla o lo pagarás muy caro!

—¡Traidora! —insiste mi madre.

De repente, suelto un grito espeluznante. Cuando me doy cuenta estoy despierta, con el corazón a punto de salir del pecho y empapada de sudor. Me cuesta respirar. No sé ni dónde estoy. ¿En Palermo, en Marbella o...?

Siento unos brazos fuertes que me rodean y protegen.

—Amor, tranquila, ha sido una pesadilla —susurra Salvatore.

En medio de la penumbra, reconozco el dormitorio. Sí, estoy en la casa de los Barone. Descanso mi cabeza sobre su pecho, buscando consuelo y amor.

—Ha sido horrible —digo entre sollozos—. La peor pesadilla de mi vida.

—Ya está, ha pasado —dice y me besa en la frente.

Poco a poco, mi corazón va recobrando su ritmo habitual. Salvatore enciende la luz de su

mesita de noche.

—Mi familia me acusaba de traición, y yo me sentía fatal —digo aun notando la frente húmeda—. La culpa me ahogaba y no me dejaba respirar.

—Espera, voy a traerte un vaso de agua —dice y sale de la cama.

Le oigo salir del dormitorio. Me quedo a solas, con la espalda apoyada sobre el cabecero. Resoplo intentando liberarme de toda la tensión. Dios, seguro que con el grito he despertado a toda la casa. ¿Y las gemelas? ¿Se habrán despertado?

Me masajeo las sienes mientras pienso que nada de eso ha sido real. Solo mi mente imaginando cosas. ¿Y esa cara llena de sangre de mi padre? De película de terror. No tuve elección, papá. O mis hijas o tú.

¿Cómo habrán recibido la noticia de la muerte de papá? ¿Cómo habrá sido el velatorio? Seguramente solo la familia habrá estado. Mi madre habrá llorado. Mi padre muerto y enterrado, qué fuerte.

Salvatore regresa con el vaso de agua. Lo bebo con las dos manos, un sorbo largo y ansioso que refresca mi garganta.

—¿Mejor? —pregunta.

Asiento con la cabeza y le sonrío un poco, agradecida por su cuidado. Dejo el vaso sobre la mesita de noche.

—Ven aquí —dice y me acurruco en él.

—Siempre llevaré esa carga conmigo —digo con remordimiento.

Me besa en la coronilla.

—Hiciste lo que tuviste que hacer, Beatrice —dice con voz firme—. Tú no elegiste vivir en este mundo, naciste en él y lo sufriste cuando te obligaron a casarte con ese drogadicto y abandonar la familia. Nadie te puede culpar por pensar en ti y tus hijas, y si lo hacen es puro egoísmo. Mírame.

Me vuelvo hacia él y me engancha a sus hermosas pupilas grises.

—¿Qué no harías tus hijas? —pregunta.

—Nada, lo haría todo —respondo sin dudar—. Incluso mataría.

—¿Ves? Todo empezó porque querías un mundo mejor para ellas, y decidiste luchar por conseguirlo. Lo que pasa es muchas veces las victorias provocan sacrificios.

Sus palabras me llegan al corazón. Qué hombre. Sí, quiero uno así conmigo, siempre.

—¿Crees que vas a poder dormir? —me pregunta.

—No lo sé, cariño, pero puedo intentarlo.

—Mis brazos no te van a soltar en toda la noche, amor mío —susurra Salvatore.

Cierro los ojos y me esfuerzo en relajarme. La luz de la mesita sigue encendida. Siento el amor de mi marido envolviéndome. Eso hace que piense en Salvatore y las gemelas, como una familia unida. Esa imagen hace que mi corazón se llene de ternura.

Sin embargo, hay algo que nos acecha, una sombra, un mal presentimiento, una angustia lejana. Siento oscuridad. Una tormenta a lo lejos, pero que se acerca por el horizonte directa a nosotros. Tengo que hacer algo para evitarlo. ¿El qué?

De repente, una idea se enciende en mi cabeza. Algo arriesgado pero necesario.

Tengo que volver a Palermo.

CAPÍTULO 53

BEATRICE

Desde el cementerio de Palermo, se observa una vista sobrecogedora. La ciudad con el mar Tirreno lamiendo su orilla. Allí, el casco histórico y la Catedral. Y eso de ahí debe de ser el Teatro Massimo. Qué recuerdos, la primera ópera que vi. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la visité. Siento los nervios a flor de piel mientras camino entre las tumbas y los mausoleos.

Reconozco algunos nombres familiares en las lápidas, amigos de la familia que han fallecido. El silencio es profundo y respetuoso, solo roto por el leve susurro del viento entre los cipreses.

Avanzo con paso lento, leyendo los epitafios y deteniéndome ante algunas tumbas adornadas con flores frescas. ¿Quién habrá venido a dejarlas? Cada lápida es un recuerdo de alguien que existió, que amó, que sufrió y que finalmente descansa en paz.

Observo a lo lejos una figura pequeña en frente de una tumba. Está de pie, no se mueve y tiene la cabeza gacha. Conteniendo el aliento, camino hacia mi madre. Lleva su cabello recogido en una coleta, como siempre. Va vestida de riguroso luto.

Mi corazón late con fuerza mientras me acerco. Cada paso me cuesta un mundo, como si mis pies pesaran toneladas. El nudo en mi garganta se aprieta más y más. ¿Cómo reaccionará al verme? ¿Me abrazará o me rechazará?

Cuando estoy a unos metros escasos, mi madre se vuelve. Sus ojos se abren de par en par, sorprendidos.

—Mamá —susurro con voz quebrada.

—Hija, ¿qué haces aquí? —pregunta con una mano sobre el corazón.

Doy un paso más hacia ella, y nos fundimos en un abrazo. El cabello, que solía ser de un castaño intenso, ahora está salpicado de canas. Sus hombros parecen más encorvados, como si cargaran un peso invisible. Pero lo que más me impacta son sus ojos. Esos ojos, que siempre habían irradiado fuerza y determinación, ahora están enrojecidos e hinchados.

—¿Por qué no has avisado de que venías?

—No he podido —digo aunque no es verdad.

—¿Por qué?

—Mamá, he venido a despedirme.

Sacude la cabeza, impactada y confusa.

—¿A despedirte? No lo entiendo, ¿y las niñas?

—Están bien, no te preocupes —respondo para calmarla, hago una pausa para reunir fuerzas

—. Después de la muerte de Jan, he conocido a un hombre y vamos a vivir con él.

Parpadea, otra vez sorprendida.

—¿Tan pronto, quién es?

Me muerdo el labio inferior y de reojo observo la lápida de mi padre. De mármol, imponente. Hay un ramo de flores frescas, que imagino acaba de poner ella, como todos los días desde que murió hace un mes. Siento una punzada de remordimiento.

—No lo puedo decir, créeme, es mejor para todos. Lo importante es que me quiere y quiere a las niñas.

—¿Por qué no lo puedes decir, Beatrice? Soy tu madre.

—Porque no —digo y rompo a llorar.

Al abrazarme, siento la calidez de su cuerpo menudo.

—He hecho algo horrible, lo siento —susurro.

Silencio. No debería haberlo dicho, pero ya está hecho.

—¿Tiene que ver con tu padre?

—Sí —respondo con voz frágil.

La oigo suspirar mientras acaricia mi espalda. Mi corazón pende de un hilo.

—Y has tenido la valentía de venir aquí a decírmelo —Hace una pausa—. Está bien, hija, te perdono.

Cierro los ojos, agradecida. *Te perdono*. Sí, lo ha dicho.

—Tu padre nunca debió casarte con Jan —dice mirándome con resignación—. Eso te alejó de la familia, y ahora has encontrado la tuya, ¿y sabes? Me alegro por ti.

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. Me acaricia la mejilla y sonríe con tristeza.

—Vete tranquila, y da un beso a las niñas de mi parte —dice entornando sus pequeños ojos—. No te preocupes, llevaré tu secreto a la tumba.

Con un último abrazo, nos despedimos. Sus ojos, húmedos pero serenos, me siguen mientras me alejo. Al cruzar las puertas del cementerio, el taxi me sigue esperando como le pedí. El taxista me saluda con un gesto silencioso.

—De vuelta al aeropuerto, por favor —digo.

El taxi se pone en marcha. Cuando desde la ventanilla veo Palermo, cada esquina, cada plaza, cada edificio parece susurrarme recuerdos de una vida pasada. Una vida que ya no me pertenece.

Unos minutos después, llegamos al aeropuerto privado. Pago la carrera y salgo del vehículo. Paso la aduana sin problema, con mi pasaporte que la jueza finalmente me devolvió una vez que decidió no presentar cargos contra mí.

Camino hacia la pista donde el jet privado espera. Salvatore está de pie junto a la escalerilla, su figura esbelta recortada contra el cielo siciliano. Al verme, sus ojos se iluminan con una mezcla de alivio y preocupación.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Bien, mejor de lo que esperaba —respondo sonriente.

—¿Vamos a casa?

—Sí, a casa.

Salvatore me besa en la boca, y me guía hacia el interior del avión. Una vez dentro, me desplomo en uno de los asientos de cuero. Qué cansada me siento, física y emocionalmente. Salvatore me coge de la mano. Sabe que hablaré de mi encuentro con mi madre, pero dentro de un rato.

El avión comienza a moverse, preparándose para el despegue. Miro por la ventanilla: Palermo, mi ciudad natal, mi pasado, todo lo que dejo atrás.

El rugido de los motores llena la cabina, mientras el avión se eleva hacia el cielo azul. Me

alejo de la Beatrice que fui y me acerco a la que seré, junto a mis hijas y al hombre de mi vida.

CAPÍTULO 54

BEATRICE

—No tienes por qué hacerlo, ¿lo sabes, verdad? —me pregunta Salvatore en nuestro dormitorio, frente al espejo de cuerpo entero.

—Lo sé, cariño, pero quiero hacerlo, fue idea mía —respondo con determinación—. Quiero mostrar mi lealtad. ¿Ya es la hora?

—Sí, están todos abajo esperando. Bueno, todos menos Riccardo que sigue en Italia.

Me besa en el cuello. Sonrío y me vuelvo hacia él. Intercambiamos una mirada cómplice y nos besamos con pasión. Necesito su fuerza para lo que va a pasar en unos minutos. Tiemblo de miedo, pero no voy a dar marcha atrás. Estoy decidida a ser una Barone con plenos derechos.

—Venga, vamos —me dice, masajeándome la espalda.

Tomo aire y respiro.

—Vale.

Bajamos al jardín. La noche ha caído sobre la casa y hace algo de fresco. Las vivas llamas de la fogata contrastan con la oscuridad. Alrededor, hay figuras que están ocultas por las sombras. El silencio es solemne y tengo que respirar con calma para relajarme.

Miro a mi marido y él asiente, confiado. A medida que nos vamos acercando al fuego, voy distinguiendo las caras. Francesca, Giovanni, Pietro, Leo, Vincenzo y Chiara. Todos están delante de mí, de pie, expectantes.

—¿Estás lista? —pregunta Giovanni.

Asiento con decisión. No quiero que me vean dudar.

—Siéntate en el césped, querida —dice Francesca.

—Y quítate el pantalón —dice Giovanni.

Con Salvatore cogiéndome por los brazos, obedezco. Doblo el pantalón y lo dejo a un lado. Quedo con las piernas al aire. Las llamas de la fogata danzan vibrantes en la noche. La madera cruje y desprende un intenso calor.

Al mirarles desde abajo, los Barone parecen más imponentes. Giovanni, con las manos enguantadas, coge el largo y fino hierro que se estaba calentando en la fogata. El pulso se me dispara. Dios mío, creo que me desmayaré del dolor.

Salvatore me agarra de los brazos por detrás. Una de mis manos cubre la suya, buscando desesperadamente su contacto. El extremo del hierro con forma de B desprende una columna de humo. Dios, eso tiene que arder como un infierno.

Muevo la pierna a un lado para que sea más fácil. El silencio es sobrecogedor. Francesca se agacha y me coge con fuerza de la rodilla. Entre los dos me tienen bien agarrada. Cierro los ojos

y me pellizco el labio inferior. El pulso se me acelera.

—Por lo que más quieras, no te muevas —susurra Salvatore.

Asiento con la cabeza. Giovanni da un paso más sosteniendo en alto el hierro. Me mira, hace una pausa y presiona el candente hierro sobre mi piel.

Suelto un grito de dolor y espanto que resuena en toda la Costa del Sol.

Voy a morir, sí. Rompo a llorar y dejo caer la cabeza hacia un lado. Giovanni retira el hierro y da un paso atrás. No me atrevo ni a mirar. Es como si hubieran echado lava sobre una parte de mi muslo.

Pasado un instante, Chiara aplica una crema sobre la quemadura, después la cubre con un papel fino y transparente, pero el alivio es muy poco. Sigue doliendo de una manera monstruosa.

—Bienvenida a la familia —dice Giovanni.

Pietro, Leo y Vincenzo dicen lo mismo, pero no tengo fuerzas para contestar. Les oigo como a lo lejos. De refilón, veo que Chiara entrega el bote de la crema a Salvatore. Giovanni deja el hierro en la fogata. Entre Pietro y Vincenzo apagan el fuego con un cubo de agua. La breve y salvaje ceremonia ha terminado.

—¿Puedes ponerte en pie? —pregunta Francesca.

Salvatore me coge de los hombros y ayuda a levantarme. Lentamente camino de regreso al interior de la casa. Ya está. Hecho. Adiós a ser una Spinazzo. Ahora oficialmente soy una Barone.

—Mi esposa tiene un par de ovarios —dice Salvatore con orgullo, llevando mi pantalón.

—No sé cómo no me he desmayado —digo.

—Ya somos dos con la marca —dice Francesca orgullosa.

Al pasar por el antiguo dormitorio de Vincenzo, ahora el de las gemelas, nos detenemos. Salvatore comprueba que siguen durmiendo a pierna suelta. Llegamos a nuestro dormitorio y me tumbo en la cama de lado. Por primera vez, estudio la marca. La B ahora está roja, muy roja y el dolor no desaparece.

—En un par de horas te doy más crema —dice Salvatore.

—Creo que será una noche muy larga para mí —digo observando las curvas de la letra que estará conmigo el resto de mi vida.

—Voy a intentar que sea placentera —dice con un brillo de lujuria en sus ojos.

—No sé si hoy voy a poder, cariño. No puedo mover la pierna.

—No hace falta. Voy a comerte por detrás. Solo mantente de lado —dice subiendo a la cama y colocándose a mi espalda.

—¿Seguro?

—Apoya la cabeza en la almohada y cierra los ojos. Como siempre, déjate llevar.

Enseguida siento suaves mordisquitos en el culo aquí y allá. Su mano me sujeta por las rodillas. Después la lengua recorre cada sinuosa curva dejando un rastro de erótica humedad. Noto que emerge un calor interno entre mis piernas. Una mezcla de dolor y placer invade mi cuerpo, que casi parece enfermizo.

—Quédate quieta —susurra en mi oído—. Deja que yo me encargue de todo.

Llevo una mano hasta mi sexo y me acaricio el clítoris con la palma. Con la otra mano, tengo agarrada la sábana. Al no poder moverme, es como tener una sensación nueva y delirante.

Soy incapaz de pronunciar palabra, estoy aturdida. El dolor en el muslo sigue presente, pero la excitación que Salvatore está despertando en mí es mucho más fuerte.

Esa lengua es una asesina, sabe dónde atacar. Gimo. Salvatore conoce exactamente cómo y dónde tocar para llevarme al borde del éxtasis.

—Estabas destinada a ser mía, Beatrice —susurra para calentarme aun más—. Completamente mía para follarte cuando me apetezca.

Sus palabras me emocionan y excitan. Aumento el ritmo de mi mano sobre el clítoris. Siento cómo el orgasmo se va formando en mi interior, amenazando con estallar en cualquier momento. Dios, voy a quedar destrozada.

—Córrete para mí. Di mi nombre cuando lo hagas.

Él no se detiene, sigue con su lengua explorando los rincones más oscuros, prolongando mi placer hasta que soy incapaz de soportarlo más.

—Salvatore... —gimo al correrme.

Estoy temblando y jadeando, con el cuerpo cubierto de sudor. Salvatore se tumba a mi lado y me abraza con ternura, besando mi frente.

—Te quiero, Beatrice Barone —susurra.

—Yo también te amo, Salvatore Barone —respondo.

El dolor de la quemadura parece insignificante comparado con la felicidad y el amor que siento. Mientras tenga a Salvatore a mi lado, podré con todo.

Por la mañana, a primera hora, bajamos a desayunar con las gemelas después de arreglarnos. Salvatore y yo hemos planeado algunas actividades con ellas para que conozcan bien la Costa del Sol.

En cuanto me recupere de la herida, iremos con el coche al centro de Marbella a tomar algo y después al centro comercial. En los próximos días, visitaremos colegios privados. Se acabó eso de estudiar a miles de kilómetros de la familia. Siento una mezcla de alivio y ansiedad al pensar en tener a mis hijas cerca, pero también me preocupa cómo se adaptarán a este nuevo entorno.

Antes de llegar al comedor, ya huelo a café y tostadas. Mi corazón late con fuerza mientras nos acercamos. La familia de Salvatore ya está sentada a la mesa. Observo cómo mis hijas miran a todos sin saber muy bien qué hacer.

Salvatore saluda con un "Buenos días" y yo asiento, sin poder evitar que la punta de mi lengua asome sobre mi labio superior, mi gesto involuntario cuando estoy pensando o nerviosa.

El padrino y la madrina presiden la mesa. Pietro y Leo se sientan donde siempre. Noto sus miradas sobre nosotros y me tenso ligeramente.

—Buenos días —dice el padrino—. Sentaos, hay espacio para todos.

Las gemelas se sientan junto a mí, y Salvatore al otro extremo, a su lado. Francesca habla con las gemelas, bajo las atentas miradas de Pietro y Leo. Intercambio una mirada cómplice con Salvatore, sintiendo una mezcla de esperanza y aprensión.

Es la primera vez que desayunamos todos juntos, y tengo la intuición de que no será la última, sino la primera de muchas.

CAPÍTULO 55

SALVATORE

Llego al Beach Beats después de almorzar. Está tranquilo a esta hora, con solo unos pocos clientes desperdigados por la terraza. Suspiro al recordar las innumerables fiestas que he disfrutado hasta las tantas de la mañana.

Descubro a Rulo detrás de la barra, conversando con una camarera entre risas y guiños.

—¡Salvatore, amigo! —me saluda con una sonrisa—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Me siento en un taburete justo frente a él. La camarera se va a atender a unos clientes.

—Tengo noticias, tío —le digo, sin poder contener una sonrisa.

Rulo arquea una ceja, intrigado.

—Venga, suéltalo ya.

—Me casé.

La mandíbula de Rulo casi toca la barra.

—¿Qué? ¿Tú? ¿El eterno soltero?

Me río y saco el móvil del bolsillo.

—Mira —le digo, mostrando una foto de Beatrice y las gemelas en el yate—. Esta es mi familia ahora.

Rulo coge el teléfono y observa la imagen, boquiabierto.

—Joder, Salvatore. ¿Quién eres y qué has hecho con mi viejo amigo?

—Sigo siendo yo. Solo que... diferente.

—Ya lo creo que eres diferente. ¿Y esas niñas?

—Son nuestras hijas.

Rulo me mira fijamente, como si intentara descifrar un acertijo.

—¿Estás de coña? ¿Tú, el que decía que jamás tendría hijos?

Me encojo de hombros.

—La vida da muchas vueltas, colega.

—Ya veo, ya —murmura Rulo, devolviéndome el móvil—. Bueno, pues felicidades, supongo.

—Gracias, amigo.

—¿Es ella por quien has montado estos últimos líos?

—Sí, por ella —Admito.

Rulo silba de admiración.

—Bueno, esa mujer tiene que valer su peso en oro —dice—, ¿y cuándo voy a conocer a tu nueva familia?

—Vengo a invitarte a la boda. Nos casamos por lo civil deprisa y corriendo, y ahora queremos hacerlo con más tranquilidad, por la iglesia.

—¡Cuenta conmigo!

Nos damos un abrazo fuerte y sincero.

—Vaya, ahora eres un hombre casado. Las chicas te echarán de menos —dice y los dos nos reímos.

Un rato después, aparco el coche frente al colegio privado y espero a que salgan las gemelas. Cuando las veo cruzar las puertas, sonrío al ver sus caras iluminadas.

—¡Salvatore! —gritan al unísono.

—¡Hola, chicas!

Abren las puertas de atrás y se acomodan en los asientos, dejando las mochilas a un lado.

—¿Qué tal el día? —les pregunto.

—¡Ha sido genial! —exclama Mónica mientras arranco el coche—. En clase de ciencias hicimos un experimento con bicarbonato y vinagre que explotó dejando todo perdido.

Me río. Joder, es más traviesa que yo a su edad.

—La profesora nos hizo ponernos batas de laboratorio —dice Anna ajustándose sus gafas—. ¡Parecíamos científicas de verdad! Y en matemáticas resolvimos problemas de fracciones.

—Un rollo que no veas —dice Mónica.

—Salvatore, ya tenemos un grupo de amigas —dice Anna, contenta.

—Sí, ya estamos invitadas a un cumpleaños —dice Mónica.

No ha sido fácil cambiar de colegio a mitad de curso, pero lo están haciendo de puta madre. Mientras conduzco, no puedo evitar sentir una oleada de cariño hacia estas dos niñas que han entrado en mi vida de forma tan inesperada.

¿Quién me iba a decir hace unos meses que estaría aquí, llevando a dos niñas del colegio a casa como si fuera lo más natural del mundo?

Cuando llegamos, veo a Beatrice abrazándolas en el salón, sus ojos brillando de felicidad. Joder, qué guapa está.

Me quedo en el umbral, observando la escena. Antes solo pensaba en divertirme. Ahora... ahora tengo algo mucho más importante.

Beatrice levanta la vista y me ve. Su sonrisa se ensancha y siento que el corazón me da un vuelco. ¿Cómo es posible que me enamore más de ella cada día que pasa?

Las niñas se van a hacer los deberes y Beatrice se acerca. La rodeo con mis brazos y aspiro su aroma que tanto me pone.

—Te he echado de menos —le susurro al oído.

Ella se ríe suavemente.

—Solo has estado fuera unas horas.

—Demasiado tiempo.

Nos besamos y siento que ahora, por fin, todo está en su lugar.

EPÍLOGO I

BEATRICE

Meses después...

—Mamá, qué guapa —dice Anna.

—Sí, es verdad —dice Mónica.

—Gracias, corazones —digo intentando que no se me corra el rímel—. Vosotras también. Parecéis dos princesas.

Las tres estamos frente al espejo de la suite reservada para prepararme para la boda. Las gemelas brillan como dos soles. Me encantan sus vestidos de tono marfil, la falda hasta las rodillas y el toque del lazo en la cintura es todo un acierto. Ah, y la diadema de color rosa con lentejuelas es una pasada. Son la combinación perfecta de elegancia y dulzura.

Francesca y Chiara me echan una mano. Aun así, los nervios me devoran por dentro.

—¿Cuánto queda? ¿Qué hora es? Llegamos tarde, seguro —digo.

—Tranquila, la novia siempre llega tarde —dice Francesca.

—Estás radiante —dice Chiara, con la que he hecho muy buenas migas desde que la conocí en el ritual de marcarme con la B.

—Gracias.

—El vestido es una obra de arte, una joya —dice Francesca acariciando la textura de la falda.

—El adorno de perlas de Swarovski es una preciosidad, me encanta —dice Chiara mirándome a través del espejo del tocador.

No fue fácil decidirme, pero el escote con forma de corazón creo que es una elección acertada. Francesca me entrega los pendientes largos y un brazalete de diamantes.

—A ver, mamá, ponte el velo —dice Anna.

—¡Sí, venga! —exclama Mónica.

Les hago caso y todas lanzan un oh de admiración que me sobrecoge. Me doy los último retoques de maquillaje. Imagino que en la iglesia ya estarán los invitados. No serán muchos porque va a ser una ceremonia íntima. Qué diferencia a la boda con Jan. Fue mucha más gente, sí, pero el sentimiento en mi interior era tan, tan diferente al de hoy... Amor puro, creo que no hay mejores palabras que lo definan. Algo que pensé jamás sentiría.

Un rato después, Benito me lleva a la iglesia en el Rolls Royce de Pietro. Me acompaña Giovanni, que será quien me lleve al altar. Al bajar del coche, las gemelas me ayudan con la cola. Echo un vistazo a la fachada de la iglesia de la Encarnación, en el casco histórico de Marbella.

—Aquí no llegan los coches, pero he movido unos hilos —dice Giovanni, vestido impecable con su traje y chaleco.

Colgada de su brazo, con el pulso a mil por hora, entramos y caminamos lentamente. Con el velo puesto, veo todo como en una ensoñación. Los invitados llenan solo los primeros bancos, pero me gusta más así, en familia.

Al llegar al altar, veo a Salvatore esperándome. Qué guapo con su chaqué oscuro y la corbata plateada. Cuando nuestras miradas se cruzan, siento que todos los nervios desaparecen y me inunda una profunda paz. Sí, este es el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida.

—Estás bellísima, amor mío —susurra.

—Gracias, tú también —digo temblando como un flan.

El cura, de unos cincuenta años con cabello canoso y ojos amables, nos dedica una sonrisa amable. Lleva una sotana blanca decorada con bordados dorados en las mangas. Mónica y Anna custodian los anillos cuidadosamente colocados en un cojín de terciopelo rojo. Todo está saliendo a pedir de boca.

La ceremonia empieza, y el cura hace una breve introducción sobre el amor y la familia. Cada una de sus palabras resuenan en mi corazón. Me aferro al ramo de rosas blancas y respiro profundamente, grabando cada instante en mi memoria. Qué momento, irrepetible.

—Estamos aquí para unir en sagrado matrimonio a Salvatore y Beatrice —dice el cura sonriendo—. Que este día sea un nuevo comienzo lleno de amor, respeto y confianza mutua.

Salvatore toma mi mano y me guiña un ojo.

—Las gemelas, Mónica y Anna, tienen los anillos —anuncia el cura, y las niñas dan un paso adelante.

Mónica se acerca a Salvatore con el anillo destinado a mí. Él se inclina un poco para facilitarle la tarea. Anna hace lo mismo conmigo; me entrega la alianza. Qué bien han aceptado a Salvatore. Intuyen que aunque no sea su padre biológico, actuará como si lo fuera.

—Repíte después de mí —le indica el cura a Salvatore—: Yo, Salvatore Barone, te tomo a ti, Beatrice, como mi esposa, para amarte y respetarte, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida.

Salvatore repite cada palabra con una voz segura, mirándome directamente a los ojos con un brillo de amor.

Ahora es mi turno, y el cura me guía con las mismas palabras. Después coloco el anillo en su dedo, y él hace lo mismo. Mi mano tiembla ligeramente.

—Con el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer —anuncia el cura con solemnidad—. Salvatore, puedes besar a la novia.

Entre el clamor de los invitados, levanta mi velo con delicadeza y me mira con tanta intensidad que siento un nudo en la garganta. Me regala un beso apasionado, de esos que no se olvidan.

Todo se siente irreal y mágico.

Mientras salimos de la iglesia, bajo una lluvia de pétalos de rosa, siento una felicidad inmensa. Las dificultades no han terminado, lo sé, pero por primera vez en mucho tiempo, tengo esperanza y confianza en el futuro.

El banquete es en el hotel de lujo donde me he preparado. El salón es gigantesco, con grandes cortinas y lámparas de cristal. Los camareros van vestidos con chaleco y pajarita. Tendremos incluso música en vivo, y por supuesto, un reportaje con fotos y vídeo. Si es que no falta de nada...

Vincenzo y toda la familia se acerca a felicitarme. Sonrío al ver a Salvatore y las gemelas

bailando en la pista. Les pido que hagan una foto y me la envíen al móvil. Que no sé ni dónde está. Mientras los invitados comen, se levantan, hablan y se sientan.

—Qué ganas tengo de que empiece la noche de bodas —me dice Salvatore con un brillo pícaro en su mirada—. No vamos salir de la suite en todo el fin de semana. Si no nos echan del hotel por escandalosos, será un fracaso.

Me rio de lo salido que está. Él sabe que siempre estoy dispuesta a un revolcón con él donde sea.

—Eres insaciable, amor —le digo.

—Pero si te encanta —dice cogiéndome de la mano—. Te quiero, Beatrice.

—Yo también, Salvatore.

—Ahora eres mía para siempre —dice abrazándome.

Emocionada, aspiro su viril fragancia a hombre.

—Y tú eres mío, también para siempre.

EPÍLOGO 2

BEATRICE

Meses después...

En nuestro baño del dormitorio, Salvatore está detrás de mí, sus brazos rodean mi cintura, y siento su aliento en mi cuello. Ambos estamos nerviosos, casi temblando. La espera se hace eterna.

—¿Crees que ya ha pasado el tiempo? —pregunto con un hilo de voz, sin atreverme a mirar el cronómetro.

—Todavía no, amor —responde él, con una voz que intenta sonar firme, pero sé que está tan inquieto como yo.

—Qué angustia... —susurro mientras mis manos acarician las suyas sobre mi vientre.

Sus dedos juegan distraídamente con el borde de mi bata de seda. Intento concentrarme en su tacto para calmar mis pensamientos. Los minutos parecen estirarse interminablemente.

—Va a salir positivo, Beatrice —dice Salvatore intentando infundirme ánimos—. Lo siento en el corazón.

—Ojalá —murmuro.

Aprieta un poco más sus brazos alrededor de mí, transmitiéndome su esperanza.

—Las gemelas estarían encantadas de tener un hermanito —dice.

—Sí, se volverían locas de alegría —digo y me muerdo las uñas—. ¿Y si no...?

—No pienses eso ahora.

Escucho el sonido del cronómetro. Es la hora.

—Mira tú que yo no puedo —le pido, nerviosa.

Salvatore se inclina sobre el lavabo y coge el test de embarazo. Me fijo en su cara conteniendo la respiración. Su primera reacción es resoplar, y mi corazón se detiene por un segundo. Pero después, una sonrisa se extiende por su rostro, de oreja a oreja. La sonrisa más luminosa que he visto en mi vida.

—¿Positivo? —pregunto con un hilo de voz, aunque ya sé la respuesta.

—Sí, mi amor —dice Salvatore emocionado—. Estás embarazada.

Suelto un grito de felicidad y me lanzo a sus brazos. Salvatore me levanta del suelo y me hace girar en el aire.

—¡Vamos a tener un bebé! —exclamo entre lágrimas de felicidad.

Salvatore me baja y toma mi cara entre sus manos.

—Te amo tanto, Beatrice —susurra antes de besarme con pasión.

Apoyo mi frente contra la suya, disfrutando de este momento íntimo y perfecto. Un nuevo capítulo en nuestras vidas está a punto de comenzar, y qué ganas de que empiece ya.

—Las niñas se van a volver locas cuando se enteren —digo.

—Van a ser las mejores hermanas mayores del mundo —asiente Salvatore.

—¡Vamos a contárselo! —digo.

Salvatore se acerca a la ventana y la abre de par en par. El aire fresco de la mañana entra en la habitación.

—¡Mónica! ¡Anna! ¡Subid un momento! —grita Salvatore.

No puedo creer que esté a punto de compartir esta noticia con mis hijas. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios.

Escucho los pasos apresurados de las gemelas subiendo las escaleras. En cuestión de segundos, aparecen en la puerta de nuestro dormitorio, con las mejillas sonrosadas y la curiosidad brillando en sus ojos.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Por qué nos llamáis? —pregunta Mónica.

Anna, siempre más observadora, se ajusta las gafas.

—¿Ha pasado algo? —pregunta con un tono de preocupación.

—Niñas, tenemos una noticia muy especial que daros —empiezo, con la voz temblando de emoción—. Venga, sentaos a mi lado.

De reojo, veo que Salvatore está grabando. Seguro que será de nuestros vídeos favoritos. Lo veremos cientos de veces.

—¿Estamos castigadas o qué? —pregunta Mónica.

Salvatore suelta una carcajada.

—No —digo y trago saliva—, vais a tener un hermanito o una hermanita. Mamá está embarazada.

El silencio reina en el dormitorio. Las gemelas procesan la información, se miran entre ellas, después otra vez a mí. Como si hubieran ensayado, las dos estallan en gritos de alegría al mismo tiempo.

—¡Un bebé! ¡Vamos a tener un bebé en casa! —exclama Anna, dando saltitos de emoción.

Mónica se lanza a mis brazos.

—¡Qué ilusión, mamá! ¿Cuándo va a nacer? ¿Ya sabes si es niño o niña?

—¿Cómo se va a llamar?

Las lágrimas empañan mis ojos mientras abrazo a mis hijas. Salvatore, guarda el móvil y se une para completar la escena. Dios mío, no podemos ser más felices.



Consigue ya el tercer libro de Los Barone. El inolvidable romance de Pietro y Elizabeth. Matrimonio forzado, hijo secreto y pasión sin límite. No podrás parar de leer. [>>Haz clic aquí](#)

Si te ha gustado la novela, por favor, considera dejar una reseña para que a otras lectoras les ayude a decidir leerla. [>>Haz clic aquí](#)

Subscríbete a mi newsletter para avisarte de las novedades. [>>Haz clic aquí](#).